

UN FILO DE LUZ
ANDREA
CAMILLERI



Lectulandia

Como en anteriores ocasiones, una pesadilla provoca en el comisario Montalbano un malestar profundo, una aciaga sensación que lo deja receloso y aprensivo. Por desgracia, una vez más, los acontecimientos parecen darle la razón. Primero entra en escena Marian De Rosa, milanese, propietaria de una galería de arte, mujer elegante y con experiencia, una auténtica *femme fatale* ante la que Montalbano cae rendido de inmediato. En su fuero interno, Salvo sabe que su atracción por Marian no es una aventura cualquiera; se trata de algo distinto, como una fuerza invisible que lo trastorna y amenaza con trastocar su lucidez. Livia pasa a ser solo una voz al otro lado del teléfono y Salvo es incapaz de sincerarse con ella, recurriendo a tácticas y subterfugios para postergar una decisión. Y mientras se debate en el torbellino de sus sentimientos, tres casos importantes requieren su atención: por un lado, la jovencísima esposa de Salvatore di Marta, dueño de un supermercado, es víctima de un atraco; por otro, dos tunecinos que trabajan en una finca agrícola desaparecen en lo que aparenta ser un asunto de tráfico de armas; y por último, una operación delictiva de altos vuelos aterriza en Vigàta.

Así pues, el siniestro sueño de las primeras páginas resultará premonitorio. En el desenlace de sus investigaciones, alguien muy querido para Montalbano resurge tristemente en su vida, y su relación con Livia recupera un cariz olvidado.

Con la nitidez con la que un filo de luz recorta la zona de sombra, un comisario Montalbano más vulnerable que nunca afronta su destino con el alma convulsa.

Lectulandia

Andrea Camilleri

Un filo de luz

Comisario Montalbano - 24

ePub r1.1

Titivillus 14.09.15

Título original: *Una lama di luce*
Andrea Camilleri, 2012
Traducción: Teresa Clavel Lledó

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

La mañana, ya desde las primeras luces del alba, había sido voluble y caprichosa. Y tal vez por ello, debido a un efecto de contagio, aquel día el humor del comisario Montalbano sería también, como poco, inestable. En esos casos sabía que lo mejor era ver al menor número de personas posible.

A medida que pasaban los años, su estado de ánimo se volvía más sensible a las variaciones climáticas, de la misma forma que un mayor o menor grado de humedad influye en el dolor de las articulaciones de un viejo. Cada día le resultaba más difícil controlarse, ocultar el exceso de alegría o de mal humor.

En el tiempo que había tenido que invertir para llegar desde su casa de Marinella hasta el barrio de Casuzza —unos quince kilómetros como mucho, pero todos de pistas solo aptas para tractores o de caminos de tierra tan estrechos que apenas cabía un coche—, el cielo había pasado del rosa claro al gris, y luego del gris al celeste pálido, para acabar quedándose en un blancuzco nevoso que difuminaba los contornos y engañaba la vista.

Recibió la llamada a las ocho de la mañana, cuando estaba a punto de salir de la ducha. Se había levantado tarde porque sabía que ese día no tenía que ir a la comisaría, y se puso de mala uva en cuanto sonó el teléfono. No esperaba que nadie lo llamara. ¿Quién querría tocarle las pelotas?

Teóricamente, en la comisaría no debería haber nadie, salvo el encargado de la centralita, porque aquel era un día especial en Vigàta.

Y era especial porque el señor ministro del Interior, de regreso de su visita a la isla de Lampedusa, en cuyos «centros de acogida para inmigrantes» (¡sí, señor, tenían el valor de llamarlos así!) ya no cabía ni un niño de pecho —las sardinas en lata tenían más espacio—, había manifestado su intención de inspeccionar los campamentos de emergencia que habían montado en Vigàta. Aquellas instalaciones, por otro lado, ya estaban también llenas a rebosar, con el agravante de que esos desdichados se veían obligados a dormir en el suelo y a hacer sus necesidades al aire libre.

Total, que el señor jefe superior Bonetti-Alderighi había ordenado la movilización general tanto de la jefatura de Montelusa como de la comisaría de Vigàta, con objeto de blindar las carreteras por las que tendría que pasar el alto personaje en su recorrido; así impediría que llegaran a sus oídos los acostumbrados silbidos, pedorretas y abucheos de la población (llamados, en lenguaje fino, «protestas»), y solo le llegarían los aplausos de cuatro muertos de hambre pagados a tal efecto.

Montalbano, sin pensárselo dos veces, había dejado que toda la responsabilidad recayera sobre los hombros de Mimì Augello y había aprovechado la ocasión para tomarse un día de descanso. La sola imagen del señor ministro por televisión ya le encendía la sangre, así que no digamos si llegaba a verlo en vivo y en directo.

Todo ello dando por hecho que, por el respeto debido a un miembro del gobierno, en la ciudad y los alrededores no se producirían ni asesinatos ni otros hechos delictivos, y que los delincuentes tendrían la delicadeza de no turbar aquella jornada jubilosa.

Por lo tanto, ¿quién sería el que llamaba?

Decidió no contestar, pero el teléfono, después de haberse callado un momento, volvió a sonar.

¿Y si era Livia? Quizá tenía que decirle algo importante... No, no podía ignorarla, debía coger esa llamada.

—¡Hola! *Dottori*? Catarella *sum*.

Se quedó de piedra. ¿Catarella hablaba en latín? ¿Qué estaba pasando en el universo? ¿Acaso se acercaba el fin del mundo? Seguro que no había oído bien.

—¿Qué has dicho?

—Que soy Catarella, *dottori*.

Respiró aliviado. Había oído mal. El universo volvía a la normalidad.

—Dime.

—*Dottori*... Antes de explicarle nada, debo advertirle que se trata de un asunto largo y complicado.

Montalbano tiró de una silla con el pie para acercársela y se sentó.

—Aquí me tienes.

—Perfecto. Esta mañana, siendo que el aquí presente se había puesto a las órdenes del *dottori* Augello en tanto en cuanto se esperaba la llegada del *alicóptero* que traía al *siñor* ministro...

—¿Ha llegado ya?

—No lo sé, *dottori*. Ignoro dicha circunstancia.

—¿Y eso por qué?

—La ignoro porque no me encuentro *in situ*.

—Ah, ¿y dónde estás?

—En otro lugar llamado «barrio de Casuzza», *dottori*, que se encuentra al lado del paso a nivel que está después de...

—Sé dónde está ese barrio, Catarella. ¿Quieres explicarme de una vez qué haces ahí, sí o no?

—*Dottori*, pido *comprinsión* y *pirdón*, pero si usía me interrumpe todo el rato...

—Perdona, continúa.

—Pues bueno, en cierto momento, el susodicho *dottori* Augello *ricibió* una llamada de nuestra centralita, donde yo había sido sustituido por el agente Michele Filippazzo, en tanto en cuanto el susodicho se había roto una pierna y...

—Perdona, ¿qué susodicho? ¿El *dottor* Augello o Filippazzo?

Se echó a temblar ante la sola idea de que, al haberse hecho daño Mimì, le tocara a él ir a recibir al ministro.

—Filippazzo, *dottori*, quien, como iba diciéndole, no podía incorporarse al

servicio activo y entonces tomó su *rilivo* Fazio, el cual, asimismo, oída la llamada en cuestión, me dijo que no siguiera esperando al *alicóptero* y fuera urgentemente al barrio de Casuzza, donde al parecer...

Montalbano vio clarísimo que necesitaría media mañana para llegar a entender algo.

—Oye, Catarè, vamos a hacer una cosa. Yo ahora me informo, y volvemos a hablar dentro de cinco minutos.

—Pero, entretanto, ¿debo tener el móvil encendido o apagado?

—Apágalo.

El comisario llamó a Fazio, que respondió de inmediato.

—¿Ha llegado el ministro?

—Todavía no.

—Me ha telefoneado Catarella, pero después de un cuarto de hora hablando con él aún no he conseguido comprender nada.

—Yo le explico de qué se trata, *dottore*. Ha llamado un campesino para hacernos saber que ha encontrado un ataúd en su finca.

—¿Lleno o vacío?

—La verdad es que no lo he entendido muy bien. Se oía fatal.

—¿Por qué has enviado a Catarella?

—No me ha parecido que fuera nada importante.

Montalbano dio las gracias a Fazio y llamó a Catarella.

—Catarè, ¿el ataúd está lleno o vacío?

—*Dottori*, el citado ataúd se encuentra con la tapa puesta y en consecuente consecuencia su *continido* resulta invisible.

—Pero ¿no la has levantado?

—No, *signor dottori*, en tanto en cuanto hace falta una orden ex profeso para el levantamiento de la tapa. Si usía me ordena que lo abra, yo lo abro. Pero será un acto inútil.

—¿Por qué?

—Porque el ataúd no está vacío.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque el campesino, que resulta que es el propietario del *tirreno* donde se encuentra el citado ataúd y que se llama Annibale Lococo, hijo de Giuseppe, y que está aquí a mi lado, ha levantado la tapa lo necesario para ver que el ataúd está ocupado.

—¿Ocupado por quién?

—Por un cadáver de muerto, *dottori*.

O sea que, en contra de lo que había creído Fazio, la cosa era lo suficientemente importante.

—Está bien, espérame ahí.

Y Montalbano había tenido que meterse en el coche, maldiciendo su suerte, y

poner rumbo al barrio de Casuzza.

El ataúd era de esos para muertos de tercera clase, los más pobres, de madera tosca, sin siquiera una capa de barniz.

Una punta de tela blanca asomaba por debajo de la tapa a medio encajar.

Montalbano se agachó para observar mejor la tela. La cogió con el pulgar y el índice de la mano derecha, y tiró de ella para sacarla un poco más. Eso le permitió ver que había dos letras bordadas en ella: una B y una A entrelazadas.

El tal Annibale Lococo estaba sentado en un extremo del ataúd, en la parte que correspondía a los pies, con una escopeta al hombro y fumando medio toscano. Era un hombre de unos cincuenta años, enjuto y quemado por el sol.

Catarella estaba a un paso de él, pero permanecía de pie, inmóvil y en posición de firmes, incapaz de pronunciar una sola palabra, dominado por la emoción de estar llevando a cabo una investigación con el comisario en persona.

A su alrededor, un paisaje desolado, con más piedras que tierra, escasos árboles que padecían una milenaria falta de agua, rodales de sorgo y enormes matojos de malas hierbas. Y a poco más de un kilómetro de distancia, una casucha solitaria, quizá la que daba nombre al barrio.

Cerca del ataúd, sobre el polvo que una vez había sido tierra, se veían claramente las huellas de unos neumáticos, tal vez de una camioneta, y de los zapatos de dos hombres.

—¿Es suyo este terreno? —le preguntó Montalbano al campesino.

—¿Terreno? ¿Qué terreno? —dijo el tal Lococo, mirándolo perplejo.

—Este donde estamos.

—¡Ah! ¿Y usía lo llama «terreno»?

—¿Qué cultiva aquí?

Antes de responder, el campesino lo miró de nuevo, se levantó la boina, se rascó la cabeza, se quitó el cigarro de la boca, escupió en el suelo con disgusto y volvió a ponerse el medio toscano entre los labios.

—Nada. ¿Qué coño quiere que cultive aquí? En esta tierra no agarra nada, está maldita. Pero vengo a cazar. Hay muchas liebres.

—¿Ha encontrado usted el ataúd?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, hacia las seis y media. Y les he llamado enseguida con el móvil.

—¿Anoche pasó por aquí?

—No, señor, hacía tres días que no venía.

—Entonces, no sabe cuándo han dejado aquí el ataúd.

—Exacto.

—¿Ha mirado dentro?

—Claro. ¿Que por qué? ¿Usía no lo habría hecho? Tenía curiosidad. He visto que la tapa no estaba atornillada y la he levantado un poco. Hay un cadáver cubierto con una sábana.

—Pero, dígame la verdad, ¿ha levantado la sábana para verle la cara?

—Sí, señor.

—¿Es hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Lo ha reconocido?

—No lo había visto en mi vida.

—¿Se imagina el motivo por el que lo han dejado en su finca?

—Si tuviera tanta imaginación, escribiría novelas.

Parecía sincero.

—Está bien. Apártese un poco, por favor. Catarella, levanta la tapa.

Catarella se arrodilló junto al ataúd y levantó un poco la tapa. De pronto, volvió la cabeza hacia un lado y torció la boca.

—*Iam fetet* —dijo, mirando al comisario.

Montalbano dio un salto hacia atrás, pasmado. ¡Así que era cierto! ¡No lo había oído mal! ¡Catarella hablaba en latín!

—¿Qué has dicho?

—He dicho que ya huele, *dottori*.

¡Ah, no! ¡Esta vez lo había oído claramente! No había ninguna posibilidad de error.

—¡Tú estás tomándome el pelo! —explotó, gritando de tal manera que al primero que ensordeció fue a sí mismo.

Catarella dejó caer de golpe la tapa y se incorporó, colorado como un tomate.

—¿Yo? ¿A usía? Pero ¿cómo se le ocurre una cosa así? Yo jamás, lo que se dice jamás de los jamases, me permitiría...

No pudo continuar. Desesperado, se echó las manos a la cabeza y empezó a lamentarse.

—*O me miserum! O me infelicem!*

Montalbano se cegó, perdió el control por completo y, abalanzándose sobre él, lo agarró por el cuello y lo zarandeó, como si Catarella fuese un árbol del que quisiera hacer caer peras maduras.

—*Mala tempora currunt!* —dijo Lococo, filosófico, dando una intensa calada a su cigarro.

El comisario se quedó paralizado por el miedo.

¿También Lococo se ponía a hablar en latín? ¿Acaso había retrocedido en el tiempo y no se había enterado? Pero, entonces, ¿cómo es que vestían según la moda actual y no llevaban ni túnica ni toga?

En ese momento, la tapa del ataúd se abrió desde dentro armando un gran estruendo al caer al suelo, y el cadáver, que parecía una momia, se incorporó poco a

poco.

—Pero ¿es que no tiene usted ningún respeto por los muertos, Montalbano? — preguntó hecho un basilisco el cadáver, mientras se apartaba la sábana de la cara para darse a conocer.

Era el jefe superior, el señor Bonetti-Alderighi.

Montalbano se quedó un buen rato acostado, pensando en el sueño que había tenido, y que le había impresionado bastante.

No porque el muerto hubiera resultado ser Bonetti-Alderighi ni porque Catarella y Lococo se hubieran puesto a hablar en latín, sino porque había sido un sueño traicionero, engañoso, es decir, de esos en que la sucesión de los hechos es de una estricta y rigurosa lógica y exactitud.

En un sueño de ese tipo, todas y cada una de las particularidades, todos y cada uno de los detalles, se presentan de tal modo que hacen que todo parezca más real. De forma que los límites entre el sueño y la realidad acaban por hacerse demasiado finos, prácticamente invisibles. Menos mal que en la parte final del sueño la lógica había desaparecido, si no, habría sido uno de esos episodios que, al cabo de algún tiempo, uno no sabe si fue un hecho real o soñado.

Fuera como fuese, en el sueño que había tenido absolutamente nada era cierto, ni siquiera la llegada del ministro. Y por supuesto aquel día no sería un día de descanso para él, sino de trabajo, como todos los demás.

Se levantó y abrió la ventana.

La mitad del cielo seguía siendo azul claro, pero la otra mitad estaba cambiando de color y tiraba a gris a causa de una masa de nubes bajas y uniformes que avanzaban desde el mar.

Acababa de salir de la ducha cuando el teléfono sonó. Fue a cogerlo, mojando el suelo con el agua que resbalaba por su cuerpo. Era Fazio.

—*Dottore*, perdone que lo moleste, pero...

—Dime.

—Ha llamado el jefe para decir que ha recibido una comunicación urgente, relacionada con el ministro del Interior.

—Pero ¿no está en Lampedusa?

—Sí, señor, pero al parecer quiere venir a visitar el campamento de emergencia que montaron en Vigàta. Llega dentro de unas dos horas en helicóptero.

—¡Vaya tocada de pelotas!

—Espere, espere. El jefe ha dispuesto que toda la comisaría se ponga a las órdenes de Signorino, el subjefe, que dentro de un cuarto de hora estará aquí. Solo quería informarle.

Montalbano dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias.

—Usía, naturalmente, no tendrá ninguna intención de dejarse ver...

—Has dado en el clavo.

—¿Qué le digo a Signorino?

—Que estoy en cama con gripe y que pido disculpas por mi ausencia. Y en confianza te lo digo: estaré rascándome la barriga en casa. Cuando el ministro se haya ido, llámame aquí, a Marinella.

O sea, que la llegada del ministro acababa de convertirse en un hecho real...

¿Podía decirse que había tenido un sueño premonitorio? En caso afirmativo, ¿significaba eso que el señor jefe superior se encontraría dentro de poco metido en un ataúd?

No, sin duda era una simple coincidencia. El sueño no seguiría cumpliéndose. Sobre todo porque, pensándolo bien, era humanamente imposible que Catarella se pusiera de pronto a hablar en latín.

El teléfono volvió a sonar.

—Diga...

—Perdone, me he equivocado —dijo una voz femenina antes de colgar.

Pero ¿no era Livia? ¿Por qué había dicho que se había equivocado de número? La llamó.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Perdona, Livia, pero marcas el número de mi casa, te contesto y tú cuelgas después de decir que te has equivocado.

—¡Ah, eras tú!

—¡Pues claro que era yo!

—Verás, es que estaba tan segura de que no te encontraría en casa que... Por cierto, ¿qué haces todavía en Marinella? ¿No te encuentras bien?

—¡Me encuentro perfectamente! ¡Y no intentes escabullirte!

—¿De qué?

—¡Del hecho de que no hayas reconocido mi voz! ¿Te parece normal que después de tantos años...?

—¡Cómo te pesan!, ¿eh?

—¿Qué es lo que me pesa?

—Los años que llevamos juntos.

Por supuesto, acabaron teniendo una buena trifulca que duró un cuarto de hora largo.

Se entretuvo media hora más dando vueltas por casa en calzoncillos. Luego llegó Adelina, que, al verlo, se alarmó:

—¡Virgen Santa, *dottori!*, ¿qué pasa? ¿Está enfermo?

—Adelì, ¿tú también? No, no te preocupes. Estoy perfectamente. Es más, ¿quieres saber una cosa? Hoy comeré en casa. ¿Qué vas a prepararme?

Adelina sonrió.

—¿Qué me dice de una buena pasta *'ncasciata*, con su puntito justo de gratinado?

—¡Ya me relamo, Adeli!

—¿Y después tres o cuatro *salmunetitos* fritos bien crujientes?

—Dejémoslo en cinco, y no se hable más.

De improviso había ascendido al paraíso.

Se quedó en casa, pero, al cabo de una hora, en cuanto empezó a llegarle el delicioso aroma procedente de la cocina, comprendió que no podría aguantar. Sintió de pronto una sensación de vacío en la boca del estómago, así que decidió dar un largo paseo por la orilla del mar.

Cuando volvió, un par de horas después, Adelina le informó de que Fazio había llamado para decir que el ministro había cambiado de idea y había regresado a Roma sin pasar por Vigàta.

Montalbano llegó a la comisaría pasadas las cuatro de la tarde, con una sonrisa en los labios, en paz consigo mismo y con el mundo entero, por obra y gracia de la pasta *'ncasciata*.

Se paró un momento delante de Catarella, que, al verlo entrar, se cuadró de inmediato.

—Catarè, ¿te importaría aclararme una duda?

—A sus órdenes, *dottori*.

—¿Tú sabes algo de latín?

—Ya lo creo, *dottori*.

Montalbano se quedó atónito. Estaba convencido de que Catarella a duras penas había terminado la primaria.

—¿Lo estudiaste?

—Estudiar estudiar, lo que se dice estudiar, no, *signor*, pero puedo decir que sé bastante.

Montalbano estaba cada vez más pasmado.

—¿Y cómo es eso?

—¿Que cómo es que sé bastante?

—Sí.

—Porque me ha hablado de él un vecino que es amigo suyo.

—¿Que te ha hablado de él? Pero... ¿de quién?

—Del camello Vincenzo Camastra, *el Latino*.

El comisario recuperó la sonrisa. Mejor así: todo volvía a la normalidad.

2

Encima de su mesa, la habitual e indefectible montaña de papeles para firmar. Y entre el correo personal, una carta en la que se invitaba al *dottor* Salvo Montalbano a la inauguración de una galería de arte llamada El Pequeño Puerto, con una exposición de pintores del siglo xx, justo los que le gustaban a él. La carta había llegado con retraso, porque la inauguración había sido el día anterior.

Era la primera galería de arte que abrían en Vigàta. El comisario se guardó la invitación en el bolsillo. Tenía intención de ir.

Al cabo de un rato, llegó Fazio.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, pero podría haberla habido, y de las gordas.

—Explícate mejor.

—*Dottore*, si esta mañana el ministro no llega a cambiar de idea y viene a Vigàta, la cosa podría haber acabado mal.

—¿Por qué?

—Porque los inmigrantes han organizado una protesta violenta.

—¿Y tú cuándo te has enterado?

—Un poco antes de que llegara el subjefe Signorino.

—¿Le informaste?

—No, señor.

—¿Por qué razón?

—¿Y qué podía hacer, *dottore*? Nada más llegar, Signorino nos puso en fila y nos recomendó actuar con nervios de acero, nada de alarmismos inútiles. Nos advirtió que habían venido las televisiones y un montón de periodistas, y que por lo tanto había que esforzarse en dar la impresión de que todo iba como la seda. Entonces pensé que, si le notificaba lo que me habían dicho, igual me acusaba de ser inútilmente alarmista. Así que les dije a los nuestros que estuvieran alerta, preparados para intervenir, y punto.

—Hiciste bien.

Mimì Augello entró, nervioso.

—Salvo, acaban de llamarme de Montelusa.

—¿Y...?

—A Bonetti-Alderighi lo han llevado al hospital hace un par de horas.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Se encontraba mal. Parece que es algo del corazón.

—Pero ¿es grave?

—No lo saben todavía.

—Bueno, infórmate mejor y dime algo.

Augello salió del despacho. Fazio no apartaba los ojos de Montalbano.

—*Dottore*, ¿qué pasa?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando el subcomisario le ha dado la noticia, se ha quedado pálido. No imaginaba que pudiera afectarle tanto.

¿Podía decirle que, por un momento, había visto a Bonetti-Alderighi dentro de un ataúd con una sábana tapándole la cara, como había sucedido en el sueño?

Le contestó mal adrede.

—¡Pues claro que me afecta! Somos personas, ¿no? ¿O acaso somos animales?

—Perdone —dijo Fazio.

Se quedaron callados, y al cabo de un momento entró de nuevo Augello.

—Buenas noticias. No es nada del corazón, nada serio. Una indigestión. Esta misma tarde le dan el alta.

En su fuero interno, Montalbano se sintió realmente aliviado. El sueño no había sido premonitorio.

En la galería de arte, que estaba situada hacia la mitad de la avenida, no había ni un solo visitante. Montalbano, egoístamente, se alegró: así podría ver los cuadros con toda comodidad. Había quince obras expuestas, cada una de un pintor de principios de siglo. De Mafai a Guttuso, de Donghi a Pirandello, de Morandi a Birolli. Una gozada.

Por una puertecita, al otro lado de la cual debía de haber un despacho, salió una elegante mujer de unos cuarenta años. Llevaba un vestido ceñido. Era guapa, alta, tenía unas piernas largas y estilizadas, los ojos grandes, los pómulos marcados y una larga cabellera negra como el azabache. A primera vista, parecía brasileña.

Le sonrió, se acercó a él y le tendió la mano.

—Es usted el comisario Montalbano, ¿verdad? Lo he visto en televisión. Soy Mariangela De Rosa, Marian para los amigos, la galerista.

A Montalbano le resultó simpática de inmediato. No era nada habitual que alguien le cayera bien a simple vista, pero en este caso así fue.

—La felicito. Unas obras espléndidas.

Marian sonrió.

—Demasiado espléndidas y caras para los vigateses.

—En efecto, una galería como la suya aquí... no veo cómo...

—Comisario, no nací ayer, sé cómo desenvolverme. Esta muestra debe servir de reclamo. En la próxima expondré grabados de categoría, naturalmente, pero bastante más accesibles.

—No puedo hacer más que darle mi enhorabuena.

—Gracias. ¿Puedo preguntarle si hay un cuadro que le haya gustado de manera especial?

—Claro, pero, si quiere convencerme de que lo compre, pierde el tiempo. No

estoy en condiciones de afrontar...

Marian sonrió de nuevo.

—Mi pregunta era interesada, es verdad, pero mi única intención era conocerlo mejor. Creo estar en condiciones de comprender a fondo a un hombre sabiendo qué pintores le gustan y a qué escritores lee.

—Conocí a un mafioso, autor de cuarenta homicidios, que lloraba de emoción ante un Van Gogh.

—No sea malo conmigo, comisario. ¿Quiere responder a mi pregunta?

—Está bien. El cuadro de Donghi y el de Pirandello. Por igual. No sabría cuál elegir.

Marian lo miró entornando los dos faros que tenía por ojos.

—Parece que es usted un entendido.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Entendido, no. Pero me las apaño.

—Pues se las apaña bien. Dígame, ¿tiene algo en casa?

—Sí, aunque nada importante.

—¿Está casado?

—No, vivo solo.

—Entonces, ¿me invita un día de estos a ver sus tesoros?

—Encantado. ¿Y usted?

—¿Yo qué?

—¿Está casada?

Marian frunció sus bonitos labios rojos.

—Lo estuve hasta hace cinco años.

—¿Y cómo ha venido a parar a Vigàta?

—¡Es que soy de aquí! Mis padres se trasladaron a Milán cuando yo tenía dos años y mi hermano Enrico cuatro. Él volvió a Vigàta unos años después de haberse licenciado. Es el propietario de la mina de sal que está cerca de Sicudiana.

—¿Y usted por qué ha vuelto?

—Porque mi hermano y su mujer insistieron mucho... He pasado una mala época desde que mi marido...

—¿No tiene hijos?

—No.

—Y ha decidido abrir una galería de arte en Vigàta...

—Sí, para ocuparme en algo. Pero tengo bastante experiencia, ¿sabe? Cuando estaba casada tenía dos pequeñas galerías, una en Milán y la otra en Brescia.

Una pareja de cincuentones entró con cautela, mirando a su alrededor como si temieran caer en una trampa.

—¿Cuánto hay que pagar? —preguntó el hombre desde la puerta.

—La entrada es libre —respondió Marian.

El hombre susurró algo al oído a su mujer, y esta hizo lo mismo con el hombre.

Entonces él saludó cortésmente:

—Buenas tardes.

La pareja dio media vuelta y se marchó. A Montalbano y a Marian les dio un ataque de risa.

Cuando, media hora después, el comisario salió de la galería, había quedado con Marian en que al día siguiente pasaría a buscarla a las ocho para ir a cenar juntos.

La noche era agradable, así que puso la mesa en el porche y se comió la pasta *'ncasciata* que había sobrado del mediodía. Luego encendió un cigarrillo y contempló el mar.

Después de la trifulca que habían tenido aquella mañana, seguro que Livia no llamaría; dejaría pasar por lo menos veinticuatro horas para demostrarle su resentimiento.

No tenía ganas ni de leer ni de ver la televisión. Quería estar así, sin pensar en nada...

Empresa desesperada, porque el cerebro se niega a no procesar pensamientos y acaba presentándote cien mil, uno detrás de otro a toda velocidad, como los destellos de un flash.

El sueño del ataúd. Las iniciales de Bonetti-Alderighi bordadas en la sábana. El lienzo de Donghi. Catarella hablando en latín. El hecho de que Livia no reconociera su voz. El lienzo de Pirandello. Marian...

Eso, Marian.

¿Por qué había dicho enseguida que sí cuando ella le había propuesto ir a cenar juntos? Veinte años antes, su respuesta habría sido distinta, se habría negado e incluso mostrado un tanto arisco.

¿Quizá porque a una mujer tan guapa y elegante era difícil decirle que no? Aun así, ¿acaso no les había dicho montones de veces que no a mujeres incluso más guapas que Marian?

Eso solo podía significar una cosa: que su carácter había sufrido un cambio a causa de la edad. No podía negarlo: ahora acusaba mucho más a menudo y más profundamente la soledad, el cansancio de la soledad, la amargura de la soledad.

Era del todo consciente de que, si algunas noches se quedaba horas y horas en el porche fumando y bebiendo whisky, no era por falta de sueño, sino porque le pesaba mucho tener que dormir solo.

Querría que Livia estuviera a su lado, y si no podía ser Livia, cualquier otra mujer atractiva le valdría. Y lo curioso de este deseo era que no tenía nada de sexual, simplemente le gustaría sentir el calor de otro cuerpo junto al suyo. Se acordó del título de una película de Eugenio Cappuccio que expresaba su deseo con exactitud: *Volevo solo dormirle addosso*.

Ni siquiera tenía amigos que pudieran llamarse verdaderamente «amigos», de

esos en los que confías, a los que les cuentas incluso los pensamientos más íntimos... Fazio y Augello eran amigos, desde luego, pero no pertenecían a esa categoría.

Se quedó en el porche, desconsolado, terminándose la botella de whisky. De vez en cuando se adormilaba y al cabo de un cuarto de hora se despertaba. Cada vez más melancólico, cada vez con una sensación más intensa de haberlo hecho todo mal en la vida.

Si se hubiera casado a su debido tiempo con Livia...

No, por favor, no empecemos a hacer balance. Digamos las cosas claras: si se hubiera casado con Livia, sin duda se habrían separado después de unos años de matrimonio. Estaba tan seguro de eso como de la inevitabilidad de la muerte.

Él se conocía, sabía de sobra que no tenía capacidad para adaptarse a otra persona, ni siquiera queriéndola como quería a Livia. Ni capacidad ni voluntad.

Nada, ni el amor ni la pasión, habría sido tan fuerte como para obligarlos a vivir juntos durante mucho tiempo bajo el mismo techo.

A no ser que...

A no ser que hubieran adoptado a François, como deseaba Livia.

¡François!

François había sido un completo fracaso. El chavalín había puesto no poco de su parte para que la situación fuera difícil, pero Livia y él habían rematado la faena.

En 1996, habían tenido que acoger en casa durante una temporada a François, un huérfano tunecino de diez años, y se habían encariñado tanto con él que Livia le había propuesto adoptarlo. Pero Montalbano no se había sentido capaz, y el chiquillo había acabado en la explotación agrícola de la hermana de Mimì Augello, que lo trataba como a un hijo.

Y eso, pensándolo con la perspectiva que da el paso del tiempo, quizá había sido un gran error.

Acordaron que él le pasaría a la hermana de Augello una asignación mensual para contribuir a los gastos. Había dado la orden en el banco, y la cosa había seguido adelante durante años.

Pero, a medida que crecía, François demostraba tener un carácter cada vez más difícil. Era desobediente, pendenciero, un holgazán que estaba siempre de mal humor y que no quería saber nada de estudiar pese a ser muy inteligente. Al principio, Livia y él iban a verlo a menudo; luego, como suele pasar, las visitas se habían espaciado cada vez más hasta cesar del todo. Por otra parte, el chiquillo se negaba a ir a Vigàta para ver a Livia cuando ella venía desde Boccadasse.

Era evidente que François sufría por su condición de huérfano, y tal vez había interpretado la adopción frustrada como un rechazo. Unos días después de que el chico cumpliera veintiún años, Mimì Augello le había comunicado que François se había escapado de la granja.

Habían removido cielo y tierra para buscarlo, pero no había habido manera de dar con él. De modo que, finalmente, habían tenido que resignarse. Ahora que ya tendría

veinticinco años, cualquiera sabía por dónde pararía.

Pero ¿qué sentido tenía darle vueltas al pasado? Era imposible reparar lo que se había roto.

Al pensar en François, se le formó un nudo en la garganta. Lo deshizo bebiéndose de un solo trago el último vaso de whisky.

Al despuntar el día, vio en el horizonte un tres palos majestuoso que se dirigía hacia el puerto.

Solo entonces decidió irse a la cama.

Cuando se despertó, Montalbano se dio cuenta de que estaba de un humor de perros. Fue a abrir la ventana. Como si quisiera confirmárselo, el cielo estaba encapotado, cargado de nubes de un gris oscuro y sombrío.

Catarella lo paró en la entrada.

—Perdone, *dottori*, pero hay un *signor* esperándolo.

—¿Qué quiere?

—Denunciar un atraco a mano armada.

—¿No ha llegado Augello?

—Ha *tilifoneado* para decir que vendrá tarde.

—¿Y Fazio?

—Fazio ha ido al barrio de Casuzza.

—¿Han encontrado otro ataúd?

Catarella lo miró, atónito.

—No, *signor dottori*, es que al parecer ha habido una riña reñidísima entre dos cazadores, y uno de los dos, no sé cuál, si el primero o el segundo, le ha disparado al otro, que por consiguiente tampoco sé si es el primero o el segundo, y le ha dado en una pierna.

—Está bien. ¿Cómo has dicho que se llama ese señor?

—No me acuerdo muy bien, *dottori*. O Di Maria o Di Maddalena, algo así.

—Me llamo Di Marta, Salvatore di Marta —aclaró el hombre, un cincuentón bien vestido, totalmente calvo, perfumado y perfectamente afeitado.

Marta, María y Magdalena, las piadosas mujeres del Calvario. Catarella se había equivocado, como de costumbre, pero no se había desviado mucho.

—Siéntese y dígame, señor Di Marta.

—Quisiera denunciar un atraco a mano armada.

—Cuénteme cuándo y cómo ha sucedido.

—Anoche, mi mujer, Loredana, volvía a casa apenas pasadas las doce...

—Perdone que lo interrumpa. ¿Quién fue objeto del atraco, usted o su mujer?

—Mi mujer.

—¿Y por qué no ha venido ella a presentar la denuncia?

—Verá, *dottore*, Loredana es muy joven, aún no ha cumplido veintiún años... Se asustó mucho, creo que tiene incluso un poco de fiebre...

—Comprendo. Continúe.

—Se le hizo un poco tarde porque había ido a ver a su mejor amiga, que no se encontraba bien, y le daba no sé qué dejarla sola...

—Claro, es comprensible.

—Resumiendo, nada más entrar en la calle Crispi, que de hecho es un callejón muy mal iluminado, Loredana vio a un hombre tendido en el suelo, inmóvil. Paró y bajó del coche para prestarle auxilio, pero entonces el hombre se levantó de golpe; llevaba en la mano algo que a Loredana le pareció una pistola, la obligó a subir de nuevo al coche y se sentó a su lado. Luego...

—Un momento. ¿Cómo la obligó? ¿Apuntándola con la pistola?

—Sí, y cogiéndola de un brazo, tan fuerte que le ha salido un cardenal. Debió de ser todo muy violento, porque le han salido cardenales también en los hombros, probablemente de cuando la empujó para que subiera al coche.

—¿Dijo algo?

—¿El agresor? Nada.

—¿Iba con la cara descubierta?

—Sí, aunque al parecer llevaba una especie de venda que le cubría la nariz y la boca. Loredana había dejado el bolso en el coche. Él lo abrió, cogió el dinero que había dentro, quitó las llaves del contacto y las tiró lejos, a la calle. Luego...

Se sentía manifiestamente incómodo.

—¿Sí?

—Luego... la besó. Bueno, más que besarla, le mordió los labios. Todavía tiene la marca.

—¿Dónde vive, señor Di Marta?

—En el nuevo barrio residencial de Los Tres Pinos.

Montalbano conocía la zona. Y había algo que no le cuadraba.

—Perdone, ha dicho que el atraco tuvo lugar en la calle Crispi.

—Sí... Sé lo que está pensando. Verá, de regreso a casa, después de cerrar el supermercado, yo no había podido ingresar el importe de la caja en el cajero automático de mi banco. Así que le di el dinero a Loredana para que hiciera ella el ingreso antes de ir a ver a su amiga. Pero se le olvidó, por eso a la vuelta tuvo que desviarse. Fue entonces cuando...

—Es decir, que había mucho dinero en el bolso de su esposa.

—Mucho, sí. Dieciséis mil euros.

—¿Se conformó solo con el dinero?

—¡También la besó! ¡Y aún gracias que se limitó a un beso, aunque fuera tan violento!

—Me refería a otra cosa: ¿su mujer suele llevar joyas?

—Ah, sí... Claro. Collar, pendientes, dos anillos... un reloj de Cartier... Todo de valor. Y la alianza, evidentemente.

—¿Y el agresor no se los quitó?

—No.

—¿Tiene una foto de su mujer?

—Por supuesto.

La sacó de la cartera y se la tendió. Montalbano la miró y se la devolvió.

En ese instante entró Fazio.

—Llegas en el momento oportuno. Lleva al señor Di Marta a tu despacho para que presente una denuncia formal por atraco a mano armada. Mucho gusto, señor Di Marta. No tardaremos en decirle algo al respecto.

Pero ¿cómo se le ocurre a un hombre de más de cincuenta años casarse con una chica de menos de veintiuno? Y encima no con una del montón, sino con una chica como la tal Loredana, que, a juzgar por la foto, era de una belleza que quitaba el hipo.

¿Cómo era posible que no se le ocurriera pensar en que, cuando él cumpliera los setenta, su mujer no tendría ni cuarenta? O sea, que aún sería una mujer más que apetecible, y ella misma tendría un buen y saludable apetito.

Vale, de acuerdo, se había pasado toda la noche lamentando tener que vivir solo, pero un matrimonio así era un remedio peor que la enfermedad.

Fazio volvió pasado un cuarto de hora.

—¿De qué supermercado es dueño? —le preguntó Montalbano.

—Del más grande de Vigàta. Se casó el año pasado con una empleada. Al parecer, la gente decía que la chica le había hecho perder la cabeza.

—¿Te parece un asunto claro?

—No, señor. ¿Y a usted?

—Tampoco.

—¿Se imagina a un ladrón que coge solo el dinero y no se lleva también las joyas?

—No me lo imagino, pero igual estamos pensando mal sin motivo.

—¿Cree usted, comisario, en la existencia del ladrón caballeroso?

—No. Pero sí en un desesperado que roba de manera improvisada y que no sabría a quién venderle las joyas.

—¿Cómo quiere que proceda?

—Descubra hasta el último detalle de la tal Loredana di Marta. Cómo se llama y dónde vive su amiga del alma, cuáles son sus costumbres y sus amigos... En fin, todo.

—Muy bien. ¿Quiere que le cuente la historia de la riña entre cazadores del barrio de Casuzza?

—No. Del barrio de Casuzza no quiero ni oír hablar.

Fazio lo miró con cara de pasmo.

3

En cuanto Fazio salió del despacho, Montalbano se puso con el trabajo burocrático estampando una firma tras otra. Hasta que, a Dios gracias, se hizo la hora de ir a comer.

—Ayer me fue infiel —le reprochó Enzo cuando lo vio entrar en su *trattoria*.

—Me quedé en casa, y Adelina me preparó la comida —se apresuró a contestar el comisario para evitar un posible brote de celos por parte de Enzo, que presumía de contar con Montalbano como cliente habitual.

La historia de Di Marta había borrado el mal humor del comisario, aunque no sabía por qué. En el fondo, ese tipo se había buscado una posible infidelidad de su mujer. No es que él acostumbrara a alegrarse de las desgracias ajenas, pero a veces...

—¿Qué vas a servirme?

—Todo lo que me pida.

Pidió y fue servido. Quizá cometió abuso de poder, porque pidió demasiado y repetidamente. Hasta tal punto que, al acabar, le resultó un poco difícil levantarse de la silla.

Por tanto, el paseo hasta el final del muelle, sin prisa, pasito a pasito, se hizo más que necesario.

El espléndido tres palos que había visto dirigirse hacia el puerto a primera hora de la mañana estaba ahora atracado en el amarradero que todos los días, a las ocho de la tarde, ocupaba el paquebote. Al parecer, tenía previsto zarpar antes de esa hora.

Dos marineros provistos de cubos y lampazos estaban fregando la cubierta. No había nadie más a la vista, ni miembros de la tripulación ni pasajeros. Pudo ver el nombre del velero en la popa: *Veruska*. Llevaba una bandera que no reconoció. Aunque, ¿en cuántos barcos de ricachones italianos ondeaba la bandera italiana? Recordó vagamente, en cambio, a una tal *Veruska*, que había sido una famosa modelo.

Como acostumbraba a hacer, se sentó sobre la roca plana situada bajo el faro para fumarse un cigarrillo, y vio que hacia la mitad de la roca había un cangrejo inmóvil que lo miraba fijamente.

¿Sería posible que ese cangrejo fuera el mismo al que, desde hacía años, incordiaba de vez en cuando tirándole piedrecitas? ¿O quizá esa familia de cangrejos se había pasado el relevo de padres a hijos? «Mira, pequeño, fíjate en que casi todos los días, después de comer, viene el comisario Montalbano, a quien le gusta jugar con nosotros. Ten paciencia y procura que se distraiga un poco, es un infeliz solitario que no hace daño a nadie».

Le devolvió la mirada y dijo:

—Discúlpame, cangrejo, y gracias, pero hoy no tengo ganas.

El cangrejo echó a andar de lado y desapareció bajo el agua.

Le habría encantado quedarse allí hasta que se pusiera el sol, pero tenía que volver a la comisaría. Se levantó suspirando y emprendió el camino de regreso.

Acababa de pasar por delante de la pasarela del tres palos, cuando vio que tres taxis llegaban uno detrás de otro y se detenían a la altura del barco. Por lo visto, los pasajeros deseaban visitar los templos griegos.

Estuvo toda la tarde firmando papeles inútiles, mortalmente aburrido. Pero tenía que hacerlo sin falta, no por sentido del deber, sino porque había aprendido que la sutil venganza de un papel que no era firmado a su debido tiempo consistía en multiplicarse al menos por dos, uno para pedir explicaciones de por qué no se había firmado el anterior, y el otro como copia del primero por si no se había recibido.

Hacia las siete se presentó Fazio. Parecía un cazador que vuelve desilusionado con el morral vacío.

—*Dottore*, tengo la información sobre Loredana di Marta.

—¿Y?

—Poca cosa, la verdad. La chica, cuyo apellido de soltera es La Rocca, hija de Giuseppe y Caterina Sileci, nació en...

El sargento estaba dejándose dominar una vez más por su obsesión: recitar la hoja completa del registro civil de una persona a la que estaban investigando. Si no lo frenaba de inmediato, era muy capaz de llegar hasta los tatarabuelos de la chica. Le lanzó una mirada asesina.

—¡Alto ahí, para el carro! Si continúas dando rienda suelta a tu obsesión con el registro civil, te juro que...

—Perdone, comisario, no lo haré más. Como estaba diciéndole, Loredana, antes de casarse con Di Marta, fue desde los quince años novia de un veinteañero, un tal Carmelo Savastano, un golfo sin oficio ni beneficio, pero del que ella estaba perdidamente enamorada.

—¿Y entonces cómo es que lo dejó por Di Marta?

Fazio se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, la verdad, aunque corre el rumor...

—¿Qué rumor?

—Que Di Marta trató el asunto con Savastano.

—A ver si lo entiendo. ¿Quieres decir que le pidió a Savastano que dejara a la chica?

—Eso es lo que se rumorea.

—¿Y Savastano aceptó?

—Sí, señor.

—Evidentemente, le pagó bien.

—Es más que probable que no se dejara convencer solo con palabras.

—Resumiendo, que Di Marta, en cierto sentido, compró a Loredana. ¿Qué se dice

de ella por ahí?

—No he oído habladurías sobre ella. Todos dicen que es una buena chica. Su comportamiento es correcto. Sale de casa con su marido o para ir a ver a su amiga.

—¿Has averiguado cómo se llama?

—Sí, señor. Valeria Bonifacio. Vive en una casa grande, en el número veintiocho de via Palermo.

—¿Está casada?

—Sí, señor. Con un capitán de barco que se pasa meses enteros a bordo sin pisar Vigàta.

—Entonces, todo parece indicar que fue un atraco a mano armada de verdad...

—Eso parece.

—Pues entonces habrá que intentar echarle el guante al ladrón.

—No será fácil...

—Eso pienso yo también.

En cuanto Fazio salió, Montalbano tuvo una idea. Telefoneó a Adelina, su asistente.

—¿Qué pasa, *dottori*? Dígame, ¿ocurre algo?

—Nada, Adeli, cálmate. Necesito hablar con tu hijo Pasquali.

—Ha salido, *dottori*. En cuanto vuelva, le digo que lo llame.

—No, no hace falta, Adeli. Estoy a punto de salir de la oficina y esta noche no estaré en Marinella. Mejor que me llame mañana por la mañana, aquí, a la comisaría.

—Como usted quiera.

Pasquali era un delincuente habitual, un ladrón de poca monta que se pasaba la vida entrando y saliendo de las casas y de la cárcel. Montalbano era el padrino de su hijo, a quien Pasquali, como muestra de agradecimiento, había querido ponerle el nombre de Salvo. De vez en cuando, si el comisario lo necesitaba, le proporcionaba información útil.

Al llegar, le pareció extraño que la persiana metálica de la galería estuviera bajada casi hasta el suelo. Apenas eran las ocho menos cinco. ¿Acaso Marian se había olvidado de él y de la cita?

Un tanto desanimado, llamó al timbre. Enseguida, oyó la voz de ella, que decía:

—Levante la persiana y entre.

Lo primero que vio fue que en las paredes no había colgado ningún cuadro, pero no tuvo tiempo de decir nada, porque Marian salió a su encuentro, lo abrazó con fuerza, le rozó los labios al besarlo y lo soltó, riendo y dando una vuelta sobre sí misma, como si bailara.

—Pero ¿qué pasa?

—¡He vendido todos los cuadros! ¡Todos a la vez! Venga.

Lo cogió de la mano, lo arrastró hasta el despacho, lo hizo sentarse en un sillón y

abrió el minibar, del que sacó una botella de champán.

—La he comprado para celebrarlo. Quiero que brindemos por la ocasión. Descórchela.

Montalbano la descorchó mientras ella cogía dos copas.

Brindaron. Él estaba contento por lo feliz que parecía Marian.

Esta vez, ella le ofreció los labios, sobre los cuales Montalbano depositó un beso castísimo. Marian se sentó en el otro sillón.

—Estoy contentísima.

La alegría hacía que estuviera todavía más guapa.

—Cuénteme cómo ha sido.

—¿Por qué no nos tuteamos?

—Encantado. Cuéntame, ¿cómo ha sido?

—Esta mañana, hacia las diez y media, ha entrado una señora muy elegante, más o menos de mi edad. Ha estado una hora entera mirando los cuadros. Después me ha felicitado y se ha ido.

—¿Era italiana?

—No lo creo. Hablaba italiano perfectamente, pero con un acento que me ha parecido alemán. Ha vuelto al cabo de un cuarto de hora con un señor de unos sesenta años, gordo y muy distinguido. Se ha presentado como el ingeniero Osvaldo Pedicini y me ha dicho que a su mujer le gustaría comprar todos los cuadros de la exposición. Un poco más y me desmayo.

—¿Y qué ha pasado después?

—Me ha preguntado el precio. Yo he hecho mis cálculos y se lo he dicho. Esperaba que regateara, pero ni ha pestañeado. Se ha limitado a decir que había que hacer la operación enseguida, así que he cerrado y hemos ido directos al Credito Siciliano. Pedicini ha hablado con el director, y se han puesto a hacer llamadas. Yo me he inventado una excusa para salir y he ido a tomarme un coñac; no me tenía en pie. Cuando he vuelto, el director y Pedicini me han dicho que tendríamos que volver al banco a las tres.

—¿Y qué has hecho?

—Nada. No era capaz de hacer absolutamente nada. Estaba algo confusa, me parecía todo increíble. Me he quedado aquí, sentada en este mismo sillón. Ni siquiera tenía hambre, solo una sed tremenda. A las tres he vuelto al banco. Solo estaba Pedicini, sin su mujer. El director me ha asegurado que todo estaba en regla, que el dinero que esperaba llegaría mañana, pero que era como si ya estuviera en el banco. Entonces hemos venido aquí. Delante de la galería había tres taxis. Dos marineros han traído unas cajas y se han encargado de embalar los lienzos bajo la dirección de Pedicini. A las seis todo había acabado.

Marian llenó de nuevo las copas. Se sentó y alargó una pierna hacia Montalbano.

—Pellízcame.

—¿Por qué?

—Para convencerme de que no estoy soñando.

Montalbano se inclinó hacia delante, alargó un brazo y le dio un caballeroso y sobrio pellizquito en la pantorrilla. Pero retiró de golpe la mano, como si hubiera recibido una descarga. Marian vibraba, sus nervios parecían serpientes vivas bajo su piel, emanaba de ella una energía incontenible.

—Te lo debo todo a ti —dijo.

—¿A mí?! —repuso el comisario.

—Sí, has sido tú quien me ha traído suerte.

Se levantó, fue a sentarse sobre un brazo del sillón que ocupaba Montalbano y lo rodeó por los hombros. Su cuerpo despedía calor y olor. El comisario notó que estaba empezando a sudar.

Lo mejor era salir, tomar el aire, aligerar aquella tensión que por momentos se hacía más y más peligrosa.

—¿Has recuperado el apetito?

—Sí, ya lo creo.

—Entonces, si me dices adónde quieres...

—Acabémonos primero la botella.

Por lo visto, Marian tenía otros planes.

—¿Le has contado a tu hermano lo que te ha ocurrido?

La respuesta fue seca e inmediata.

—No.

—¿Por qué?

—Porque Enrico y mi cuñada habrían venido corriendo.

—¿Y qué?

Marian no contestó.

—¿No quieres verlos? —insistió Montalbano.

—Esta noche, no.

¡Más claro, el agua! ¿No era mejor anticiparse a lo que sin duda iba a ocurrir antes de que las cosas se complicaran? Por el momento, era absolutamente necesario que no se emborrachara.

—Oye, Marian, no podemos acabarnos la botella.

—¿Quién nos lo prohíbe?

—Tenemos que conducir.

—Ah, es verdad —contestó, desilusionada, haciendo una mueca—. Qué lástima. Perdona un momento...

Se levantó, abrió una puerta, Montalbano entrevió un baño, y ella entró y cerró.

El momento en cuestión duró media hora. Luego Marian reapareció recién maquillada y fresca como una rosa.

—¿Qué te apetece comer? —le preguntó el comisario.

—Lo que tú prefieras.

—Es mejor que vayamos en dos coches. El mío está aparcado aquí enfrente.

—El mío también. Ah, quería decirte una cosa. Hay una condición indispensable para que vaya a cenar contigo esta noche.

—Tú dirás.

—La cena la pago yo. Tengo que celebrarlo.

—No sé yo si...

—Si no es así, no vamos.

Hablaba muy en serio. Y parecía absolutamente decidida. Montalbano no quiso darle más vueltas.

—Está bien, de acuerdo.

Salieron de la galería de arte, y el comisario ayudó a Marian a bajar la persiana. Luego la chica señaló un Panda de color verde.

—Ese es el mío.

—Sígueme —dijo Montalbano, dirigiéndose hacia su coche.

Quería llevarla a esa *trattoria* que estaba junto al mar, donde servían montones de *antipasti*, pero se equivocó dos veces de camino. Al final se rindió, no sabía ni dónde estaba ni adónde tenía que ir. Paró. Marian se acercó a su coche.

—¿No recuerdas cómo llegar?

—No.

—Pero ¿adónde vamos?

—A un restaurante donde sirven unos *antipasti* que...

—¡Ah, ya sé cuál es! Sígueme tú.

¡Había quedado fatal!

Diez minutos después, estaban sentados a una de las mesas.

—¿Te ha traído tu hermano aquí? —preguntó Montalbano.

—No, otra persona —respondió ella, dando por zanjado el asunto—. Quiero saberlo todo de ti. ¿Cómo es que no hay una mujer en tu vida? ¿Estás divorciado? ¿Estás comprometido?

Era la oportunidad que estaba esperando. El comisario le habló largo y tendido de Livia, pero Marian no hizo ningún comentario.

Montalbano observó, satisfecho, que ella comía con apetito y no dejaba nada en el plato.

Marian le habló de su matrimonio fracasado y de los obstáculos que había tenido que superar para obtener el divorcio.

—Si te enamoraras de otro hombre, ¿volverías a casarte?

—Nunca más —dijo ella con decisión. Luego sonrió—. Eres muy sutil. Se nota que eres policía.

—No comprendo...

—Estás iniciando un interrogatorio que tiene un objetivo concreto.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál se supone que es?

—Saber si después del divorcio ha habido otros hombres en mi vida. Sí, los ha habido, pero han sido relaciones sin importancia. ¿Satisfecho?

Montalbano no replicó.

—Lo siento, pero mañana me voy —dijo ella de repente—. Aunque antes pasaré por el banco para comprobar que todo está en orden. Estaremos como mínimo una semana sin vernos.

—¿Adónde vas?

—A Milán.

—¿A ver a tus padres?

—Los veré, claro. Pero voy porque ese tal Pedicini me ha propuesto una cosa muy interesante.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Sí, no es un secreto. Le gustaría que le consiguiese algunos lienzos de valor del siglo diecisiete. Él y su mujer volverán a Vigàta dentro de quince días. Me ha dado el nombre de un amigo suyo que es galerista en Milán y que podría ayudarme. ¿Sientes que me vaya?

—Un poco.

—¿Solo un poco?

Montalbano prefirió escabullirse.

—Perdona, pero hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué?

—Si Pedicini tiene ese amigo galerista, ¿por qué te necesita a ti como intermediaria?

—Pedicini me ha dicho que no quiere hacerlo personalmente, ni siquiera con ese amigo. —Y, acariciándole el dorso de la mano, Marian añadió—: Me apetece emborracharme.

—No puedes, recuerda que tienes que conducir.

—¡Uf! Entonces, pago ahora mismo la cuenta y nos vamos. Hemos acabado, ¿no? No me entraría ni una almeja.

Montalbano llamó al camarero para pedir la cuenta.

—¿Quieres irte a casa?

—No.

—¿Adónde quieres ir?

—A la tuya. ¿Tienes algo de beber?

—Whisky.

—Perfecto. Además, quiero ver tus pinturas.

—No tengo pinturas, solo grabados y dibujos.

—Bueno, da lo mismo.

A Marian le entusiasmó el porche con vistas al mar.

—¡Dios mío, esto es una preciosidad!

Se sentó en el banco y le hizo una señal impaciente a Montalbano para que se acomodara a su lado.

—¿No querías ver mis...?

—Luego. Ven aquí.

La situación era la que era. Solo podía ganar un poco de tiempo.

—Voy a buscar el whisky.

Regresó con una botella sin empezar y dos vasos.

—¿Quieres hielo?

—No. Siéntate.

Se sentó. Cogió la botella para abrirla, pero Marian se lo impidió abrazándolo y besándolo... largamente.

Cuando lo soltó, apoyó la cabeza sobre su hombro. Montalbano le sirvió medio vaso y se lo tendió.

Ella no lo aceptó.

—Se me han pasado las ganas de emborracharme. Quiero mantenerme lúcida del todo.

Fue Montalbano quien se bebió el medio vaso de un trago para recuperarse de la confusión mental y física en que lo había sumido aquel beso.

Pero notaba que Marian estaba inquieta. De hecho, no tardó en levantarse.

—Déjame salir.

Montalbano se puso de pie, y ella, al pasar por su lado, lo cogió de una mano y tiró de él.

Abandonaron el porche, y Marian se quitó los zapatos.

Caminaron por la playa cogidos de la mano hasta llegar a la orilla. Después, ella se soltó y echó a correr riendo.

Montalbano quiso seguirla, pero ella era más rápida, así que renunció a correr.

Marian desapareció en la oscuridad.

El comisario giró sobre sus talones y empezó a regresar hacia la casa.

No la oyó llegar.

Sintió que lo agarraba con violencia por la cintura y que lo obligaba a volverse. Marian estrechó su cuerpo contra él, jadeando, vibrando, y le susurró al oído:

—Por favor, por favor... Te juro que luego no...

Esta vez fue Montalbano quien la cogió de la mano y echó a correr hacia su casa.

Se despertó de repente y miró el reloj, aprovechando la luz que pasaba entre los listones de las persianas. Las siete. De inmediato, se acordó de todo lo que había sucedido. Se notó profundamente turbado. En los despertares del «día siguiente», solía sentir vergüenza y remordimientos. Esta vez, no. Esta vez era muy distinto. En el transcurso de la noche, algo inesperado había ocurrido entre ellos dos. Y ese sentimiento le daba miedo. Se incorporó. A su lado, la cama estaba desoladoramente vacía, como casi todas las mañanas.

Cerró los ojos, se tumbó de nuevo y suspiró, incapaz de controlar mínimamente aquel sentimiento contradictorio y confuso que bloqueaba su cerebro.

En cualquier caso, el hecho era que Marian se había levantado, había ido al baño, se había vestido y se había marchado, y que él, dormido como un tronco, no había oído nada de nada.

Lo había arrastrado un ciclón, una auténtica tormenta tropical que había durado lo suyo; una tormenta —eso que quedara bien claro— por la que había sido maravilloso dejarse devastar, y que al final lo había dejado sin fuerzas y sin aliento, como un naufrago que llega a la orilla después de haber nadado desesperadamente durante horas.

Sintió un fagonazo de orgullo. Aunque, considerando el añito que llevaba a las espaldas, en el fondo...

Pero ya iba siendo hora de que también él se levantase.

De forma del todo inesperada, le llegó entonces el maravilloso aroma del café recién hecho. ¿Acaso Adelina había llegado antes de lo habitual?

—¡Adelì!

Ninguna respuesta; solo oyó pasos que se acercaban.

Y entonces apareció Marian, vestida ya para salir, con una taza de café en la mano.

Se quedó fascinado, mirándola mientras se acercaba. Y ese sentimiento que tanto miedo le daba volvió con fuerza, incontenible.

Marian dejó la taza encima de la mesilla de noche, le sonrió con una expresión de felicidad y se inclinó para besarlo.

—Buenos días, señor comisario. Es extraño que me mueva por tu casa como si la conociera de siempre.

El cuerpo de Montalbano respondió por su cuenta, sin que el cerebro interviniera para nada.

Saltó de la cama y abrazó fuerte el otro cuerpo con una mezcla de deseo renovado y de ternura, de gratitud.

Ella le devolvió con ímpetu los besos, pero poco después se apartó, firme y decidida.

—Basta, por favor.

El cuerpo de Montalbano obedeció.

—Créeme —dijo Marian—, daría cualquier cosa por quedarme. Pero tengo que irme, no hay más remedio. Yo también me he dormido, y se me ha hecho tarde. Intentaré volver a Vigàta lo antes posible... —Sacó de un bolsillo el móvil—. Dame todos tus números. Esta noche te llamo desde Milán.

Montalbano la acompañó hasta la puerta.

Aún no había conseguido pronunciar palabra alguna, era víctima de una especie de conmoción que le impedía hablar. Ella le rodeó el cuello con los brazos, lo miró directo a los ojos y dijo:

—No pensaba que...

Dio media vuelta, abrió y salió.

Montalbano, que estaba desnudo, la observó asomando solo la cabeza. La vio subir al coche y marcharse.

Cuando volvió al dormitorio, la casa le pareció mucho más vacía.

Sentía un deseo imperioso de que Marian aún estuviera allí. Se tumbó entonces en la cama, en la parte donde ella había dormido, y hundió la cara en la almohada para aspirar el olor de su piel.

Hacía cinco minutos que había llegado a la comisaría cuando sonó el teléfono.

—*Dottori*, tengo en la *lìnia* al hijo de la asistenta de usìa que es *Adilina*.

—Pásamelo.

—Buenos días, *dottore* Montalbano. Soy Pasquali. Mi madre me ha dicho que quería hablar conmigo. ¿Pasa algo?

—¿Cómo está mi ahijado Salvo?

—Crece que da gusto verlo.

—Necesito cierta información.

—Si puedo ayudarlo...

—¿Tú sabes algo de un ladrón que le ha robado a punta de pistola el dinero, pero no las joyas, a una señora en la calle Crispi, y que luego la ha besado y...?

—¿La ha besado?

—Eso mismo.

—¿Y no le ha hecho nada más?

—No.

—Me deja de piedra.

—¿Has oído algo?

—No, *signor*, no sé nada de eso. Pero, si quiere, puedo informarme.

—Me harías un favor.

—Me informo y vuelvo a llamarlo, *dottore*.

Mimì Augello y Fazio entraron a la vez.

—¿Novedades? —preguntó el comisario.

—Sí —dijo Augello—. Ayer por la tarde, justo cinco minutos después de que tú te fueras, vino un tal Gaspare Intelisano a presentar una denuncia.

—¿Por qué?

—Ahí está el quid de la cuestión. Por lo general, uno va a comisaría a denunciar que le han echado la puerta abajo, pero en este caso parece ser lo contrario.

—No entiendo nada.

—No me extraña. Me pareció un asunto delicado y enrevesado, y le pedí que volviera hoy, cuando estuvieras tú. Es mejor que hable contigo. Ya está aquí, esperando que lo recibas.

—Pero ¡adelántame algo!

—Créeme, lo entenderás mejor si te lo cuenta él.

—Está bien.

Fazio salió del despacho y volvió con el señor Intelisano.

Era un hombre de unos cincuenta años, alto y delgado, con una barbita blanca de chivo, vestido descuidadamente con unos pantalones y una chaqueta de pana verde gastada y calzado con botas de campo. Estaba muy nervioso.

—Siéntese y cuéntemelo todo.

Intelisano se sentó en el borde de la silla y se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo del tamaño de una sábana. Mimì ocupó la silla situada frente a él, y Fazio se sentó tras la mesa del ordenador.

—¿Hay que levantar acta? —preguntó.

—Primero dejemos hablar un poco al señor Intelisano —respondió Montalbano, mirando al hombre.

Este suspiró, se enjugó de nuevo la frente y preguntó:

—¿Debo empezar diciendo cómo me llamo, cuándo nací...?

—Por ahora, no. Cuénteme lo que le ha sucedido.

—Señor comisario, antes de nada quiero dejar constancia de que heredé de mi padre tres grandes parcelas de tierra, en las que cultivo sobre todo trigo y vid. Las mantengo solo por no hacerle un desprecio al difunto, porque son más los gastos que las ganancias. Una de ellas está en el barrio del Spiritu Santo, y es un verdadero fastidio.

—¿Por qué? ¿No produce?

—Una mitad sí y la otra no. En la mitad buena suelo sembrar trigo y habas. Pero lo fastidioso del asunto es que por esa parte de la finca pasa el límite entre el territorio de Vigàta y el de Montelusa, así que está inscrita en el catastro de dos localidades, y por eso de vez en cuando tengo problemas por temas de impuestos municipales, contribuciones y cosas así. ¿Me explico?

—Entendido. Continúe.

—A la parte improductiva del terreno no voy casi nunca. ¿Qué voy a hacer allí? Hay una casucha con el tejado hundido, sin siquiera puerta, un puñado de almendros

que dan almendras amargas y nada más. Ayer por la mañana, sin embargo, cuando pasaba por las cercanías para ir a la parte buena del terreno, tuve una necesidad y quise entrar en la casucha... pero no pude.

—¿Por qué?

—Me encontré con que habían puesto una puerta. De madera resistente y con un candado.

—¿Sin que usted supiera nada?

—Sí, señor.

—¿Está diciéndome que alguien ha ido allí y ha puesto la puerta que faltaba?

—Exactamente eso.

—¿Y usted qué hizo?

—Recordé que en la parte trasera de la casa hay un ventanuco y fui a echar un vistazo, pero no pude ver el interior porque lo habían tapado por dentro con un pedazo de madera.

—¿Usted tiene algún trabajador que...?

—Sí, señor. Del terreno del barrio del Spiritu Santo se ocupan dos tunecinos. No saben nada de la puerta. La parcela es grande, y la parte donde ellos trabajan queda bastante lejos de esa casucha. Además, seguro que la pusieron por la noche.

—Entonces, ¿usted no tiene ni idea de si la han transformado en vivienda o en almacén?

—A decir verdad, cierta idea sí tengo.

—Dígame.

—Seguro que han hecho un almacén.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión?

—Delante de la casa hay un montón de huellas de neumáticos de un todoterreno o de un vehículo similar.

—¿La puerta es grande?

—Lo suficiente para que pueda pasar una caja de buen tamaño.

Un pensamiento atravesó de pronto la mente de Montalbano. Una casucha. El barrio de Casuzza. Una caja grande. El ataúd. Las huellas de los neumáticos sobre el polvo. ¿Habría alguna relación entre aquello y el sueño que había tenido?

Y tal vez por eso acabó diciendo:

—Será mejor que vayamos a echar un vistazo. —Pero, de pronto, lo asaltó una duda—: La parte del terreno donde está la casa, ¿pertenece a Vigàta o a Montelusa?

—A Vigàta.

—Entonces es competencia nuestra.

—¿Quieres que vaya yo también? —preguntó Augello.

—No, gracias. Iré con Fazio. —Y, dirigiéndose al señor Intelisano, añadió—: ¿Podremos llegar hasta allí con uno de nuestros vehículos?

—¡Uf! A lo mejor con alguien que conduzca bien...

—Entonces que nos lleve Gallo. Y usted, señor Intelisano, lo lamento, pero tendrá

que acompañarnos.

Milagrosamente, Gallo consiguió llevar el coche hasta la casucha. Pero había sido igual que montar en una montaña rusa durante una hora, con la sensación de que el estómago estaba a punto de salirse por la boca.

Montalbano y Fazio miraron primero la caseta y luego a Intelisano, quien, por su parte, estaba pasmado, con la boca abierta.

No había ninguna puerta. Nada que impidiera acceder al interior. Quien quisiera entrar en la casa podía hacerlo libremente.

—¿Lo ha soñado? —preguntó Fazio a Intelisano.

Este negó con fuerza con la cabeza.

—¡La puerta estaba ahí!

—Mira al suelo antes de hablar, Fazio —le dijo Montalbano.

Sobre el polvo se distinguían perfectamente las huellas superpuestas de unos gruesos neumáticos.

Montalbano se acercó al hueco donde debía haber estado la puerta y observó las señales en el marco de piedra.

—El señor Intelisano no se equivoca, aquí había una puerta —dijo—. Entre piedra y piedra hay rastro reciente de cemento rápido, sobre el que después pusieron las bisagras.

Entró, seguido de Intelisano y Fazio.

Medio tejado estaba hundido; la casucha consistía en una única y amplia habitación, y en la parte todavía protegida por lo que quedaba del tejado había amontonada una gran cantidad de paja.

Al verla, Intelisano puso cara de sorpresa.

—¿Estaba ahí antes? —le preguntó Montalbano.

—No, señor —respondió el heredero de las tierras—. La última vez que entré, hace dos o tres meses, no había nada. La han traído ellos.

Se agachó para coger un largo trozo de alambre. Lo miró y se lo enseñó al comisario.

—Con esto se atan las pacas de paja.

—A lo mejor lo utilizaban como pajar —dijo Fazio.

Montalbano negó con la cabeza.

—No creo que la trajeran aquí para acostarse encima. Con un saco de dormir se hubieran ahorrado el trabajo. Y además, para quedarse una o dos noches, ¿qué necesidad tenían de poner una puerta?

—Entonces, ¿por qué?

—Soy de la misma opinión que el señor Intelisano. Este sitio ha sido utilizado como almacén provisional.

—O quizá como cárcel provisional... —dijo Fazio.

—No estoy de acuerdo, precisamente por la presencia de la paja —indicó el comisario—. La han utilizado para esconder algo debajo. En caso de que alguien consiguiera trepar y mirar el interior desde la parte rota del tejado, solo vería un montón de paja.

No había baldosas en el suelo, solo tierra batida.

—Ayúdame —les dijo Montalbano—. Tenemos que apartarla un poco.

Trasladaron cierta cantidad de paja a un lado de la habitación.

—Suficiente —dijo el comisario, agachándose para mirar el suelo.

Ahora resultaban claramente visibles tres grandes y anchos surcos, uno al lado de otro.

—Estos surcos se han formado al arrastrar tres cajas —observó Montalbano.

—Y debían de pesar bastante —añadió Fazio.

—Quizá sea mejor apartar toda la paja.

—Como usted diga, comisario. Salga a fumar un cigarrillo, que yo me encargo de esto con la ayuda de Gallo y el señor Intelisano —propuso Fazio.

—Bien. Pero, por favor, estad atentos, porque la mínima cosa que encontréis, un pedazo de papel o metal, lo que sea, puede ser importante para hacerse una idea de lo que había.

—¡Gallo, ven aquí, entra! —llamó Fazio.

Montalbano salió y encendió un cigarrillo. Mientras esperaba, empezó a pasear y, sin darse cuenta, se encontró en la parte trasera de la casa. En el ventanuco habían dejado el pedazo de madera que impedía ver el interior. O se habían olvidado de quitarlo, o no les pareció necesario hacerlo después de vaciar el almacén.

A unos treinta metros de distancia, vio ocho o nueve almendros desperdigados. Probablemente, en otro tiempo habían formado parte de varias hileras ya desaparecidas.

A su alrededor, la nada o, mejor dicho, un paisaje bastante parecido al de su sueño.

No, un momento... Si uno se fijaba bien, no había ocho o nueve almendros, sino exactamente catorce. Aunque nueve de ellos estaban enteros, con el tronco y la copa, de los otros cinco solo quedaba el tronco.

La parte superior no había sido cortada con un hacha, golpe tras golpe; era como si los árboles hubieran sido decapitados de un solo tajo, limpio y preciso, porque la copa de cada uno de ellos estaba entera en el suelo, a unos diez metros del tronco correspondiente.

¿Cómo era posible?

Intrigado, quiso entenderlo y se acercó al árbol decapitado que le quedaba más cerca.

El corte era limpio, como si lo hubieran hecho con un bisturí. Sin embargo, no lograba verlo bien ni siquiera poniéndose de puntillas, de modo que dio diez pasos más y fue a echar un vistazo a la parte superior del árbol, que al caer había quedado al

revés.

No, no habían cortado el árbol con una hoja afilada y potente, sino con algo al rojo vivo: las marcas marrón oscuro de la madera quemada se veían con toda claridad.

Y de pronto, lo comprendió.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la casa, y al volver la esquina, casi chocó con Fazio, que también iba corriendo a buscarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fazio.

—¿Qué pasa? —preguntó Montalbano.

—Hemos encontrado... —empezó a decir Fazio.

—He encontrado... —empezó a decir al mismo tiempo el comisario.

Se interrumpieron.

—¿Vamos a conjugar todo el verbo «encontrar»? —preguntó Montalbano.

—Hable primero usía —dijo Fazio.

—He encontrado ahí detrás unos árboles que han sido decapitados con algo que podría ser un bazuca o un lanzamisiles.

—¡Coño! —exclamó Fazio.

—¿Y tú qué ibas a decirme?

—Que hemos encontrado seis hojas del *Giornale dell'Isola* manchadas de aceite.

—¿Qué te apuestas a que es lubricante para armas? —dijo Montalbano.

—Nunca apuesto cuando estoy seguro de que voy a perder.

—Aquí han guardado armas y han querido probarlas disparando contra los árboles, pondría la mano en el fuego —dijo el comisario.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Fazio.

—Di a los otros que vengan.

—¿Adónde vamos?

—Donde están los árboles, tiene que haber fragmentos de proyectil.

Estuvieron hasta la una del mediodía recogiendo los que encontraron entre la hierba y la tierra.

Cuando acumularon un buen montón, el comisario dijo que era suficiente y que podían marcharse.

Acompañaron a Intelisano a su casa, y le indicaron que permaneciera disponible y no hablara del asunto con nadie. Luego se dirigieron a la comisaría.

—¿Cómo nos organizamos, comisario? —preguntó Fazio.

—Tú lleva los fragmentos y las hojas de periódico a mi despacho, y dile a Mimì que nos vemos allí a las cuatro. Yo cojo el coche y me voy a comer. Por cierto, déjame tu móvil.

Temía que, como eran las dos y media pasadas, Enzo estuviera a punto de cerrar. Y él tenía tanta hambre que casi no veía.

—¿Si llego dentro de un cuarto de hora podrás darme todavía algo de comer?

—¡Está cerrado!

—¡Soy Montalbano!

Fue como el ladrido desesperado de un perro que se muere de hambre.

—Perdone, *dottore*, no lo había reconocido. Venga cuando quiera, para usía no hay horario que valga.

Ya en el aparcamiento de la comisaría, Montalbano estaba a punto de entrar en su coche cuando oyó a Catarella:

—¡*Dottori*, tengo una llamada para usía!

¡Menos mal que había avisado a Enzo! Entró en el cuartito donde Catarella atendía las llamadas.

—Comisario, una *siñura* que no parece tan *siñura* quiere hablar con usía personalmente en persona.

—¿Te ha dicho su nombre?

—No ha querido, *dottori*. Por eso le digo que no me parece tan *siñura*.

—Explícate mejor.

—Pues... Es que yo le he preguntado por su nombre, y la persona *fiminina* que está en la línea me ha contestado mal.

—¿Cómo que mal?

—Sí, *siñor*, mal. Me ha dicho mari...

¡Marian! El comisario le arrebató el teléfono de la mano, apretó la tecla correspondiente y le lanzó tal mirada a Catarella que el telefonista salió del cuartito como un rayo. Montalbano intentó hablar, pero no le salía la voz.

—S... sí...

Eso es todo lo que fue capaz de articular.

—Hola, comisario, estoy en el aeropuerto, a punto de subir al avión. Te había dicho que te llamaría esta noche, pero no he podido resistirme, quería oír tu voz.

¡Ni una palabra! No podía despegar los labios.

—Deséame por lo menos buen viaje.

—Bu... buen vi... viaje —dijo, sintiéndose tonto de remate.

—Ya, comprendo. Estás con gente y no puedes hablar. Bueno, pues adiós, te echo de menos.

Montalbano colgó y se pasó las manos por la cabeza. De no ser por la proximidad de Catarella, se habría echado a llorar de vergüenza.

Habían retirado de su mesa el correo y lo habían amontonado de cualquier manera encima del pequeño sofá, para dejar sitio a los fragmentos de proyectil y las hojas de periódico. Los fragmentos estaban ahora en una bolsa de yute, y las hojas, en una de plástico transparente.

Montalbano cerró con llave la puerta del despacho. Le había dicho a Catarella que no lo molestara bajo ningún concepto con llamadas, y allí estaba ahora, reunido con Augello y Fazio.

En vista de que ninguno de los otros dos abría la boca, el comisario los incitó:

—Adelante, qué pensáis.

Había ido a comer muy tarde y, con el hambre que tenía, no había sido capaz de controlarse, así que, al no haber podido dar su habitual paseo por el muelle por falta de tiempo, se sentía un poco incómodo, pese a los tres cafés que se había tomado. No es que se notara la cabeza pesada, ni mucho menos, era solo que no le apetecía hablar.

—Yo soy del parecer —empezó Augello— de que volverán a utilizar la casa. Así que propongo montar guardia, no digo de forma permanente, pero sí que alguno de los nuestros pase a menudo por allí, incluso de noche.

—Yo, en cambio, estoy convencido de que no volverán a utilizar esa casucha —dijo Fazio.

—¿Por qué?

—Para empezar, porque esos almacenes improvisados siempre se utilizan una sola vez y luego se abandonan, pero sobre todo porque Intelisano preguntó a los dos tunecinos que trabajan en su campo si sabían algo de esa puerta. O sea, que los tunecinos fueron informados indirectamente de que el propietario había descubierto el tinglado.

—¿Y qué? ¿Quién te ha dicho a ti que los dos tunecinos son cómplices de los otros? ¿Un pajarito? —preguntó Augello.

—No me lo ha dicho nadie. Pero podrían serlo.

—¿Desde cuándo eres racista? —volvió a preguntar, provocador, Augello.

Fazio no se mosqueó.

—*Dottore* de mi alma, usía sabe mejor que nadie que no soy racista. Pero me pregunto cómo se las han arreglado esos traficantes de armas o esos terroristas, porque de eso se trata, no nos engañemos, cómo se las han arreglado, decía, esas personas, sin duda forasteras, para enterarse de la existencia de una casucha en ruinas en una finca remota, si no se lo ha indicado alguien.

—Me da rabia reconocerlo —dijo Augello—, pero es posible que tengas razón. En Túnez hay jaleo, y necesitan armas desesperadamente. Entonces, según tú, ¿deberíamos detener a los dos tunecinos y apretarles las clavijas?

—Me parece la única cosa lógica que podemos hacer.

—Un momento —intervino Montalbano, que se había decidido por fin a abrir la boca—. Lo siento, pero debo decirles que he llegado a la conclusión de que nosotros no podemos hacernos cargo de este caso, sin duda grave e importante.

—¿Por qué? —preguntaron al unísono Fazio y Augello, dolidos.

—Porque no disponemos de los medios necesarios para una investigación de este tipo. Estoy tan seguro como de la muerte de que las hojas de periódico están llenas de huellas dactilares; tan seguro como de que pagamos impuestos de que existe gente capacitada para averiguar, a partir de los fragmentos de proyectil, qué armas son y dónde han sido fabricadas. Y nosotros no contamos con especialistas de ese tipo. ¿Está claro? Así que no es cosa nuestra. Resignaos, esto es competencia de la Brigada Antiterrorista.

Se hizo el silencio. Finalmente, Augello asintió:

—Tienes razón.

—Muy bien —dijo Montalbano—. Entonces, puesto que estamos todos de acuerdo, tú, Mimì, coge todo esto, fragmentos y periódicos, y vete ahora mismo a Montelusa. Solicita audiencia con el jefe superior, cuéntaselo todo y luego, con su solemne bendición, vete a ver a los de la Brigada Antiterrorista. Una vez hecho el informe y entregadas las bolsas, los saludas atentamente y te vuelves.

Mimì hizo un gesto de duda.

—Pero ¿no es mejor que vaya Fazio, que ha estado presente en el hallazgo de las hojas de periódico y los fragmentos?

—No, prefiero que Fazio se ponga enseguida manos a la obra.

—¿Para hacer qué? —preguntó el interesado.

—Quiero que vuelvas a hablar con Intelisano. Intenta averiguar todo lo que puedas sobre los dos tunecinos. Nadie nos impide realizar una investigación paralela. Pero tened cuidado: por el momento, en la jefatura no deben saber que nosotros también estamos moviéndonos.

Fazio sonrió, satisfecho.

Hacia las siete, Catarella lo llamó.

—*Dottori*, tengo a Pasquali, el hijo de su asistente, *Adilina*, que dice que, si usía tiene tiempo, querría hablar con usía personalmente en persona.

—¿Está al teléfono?

—No, *signor*, se encuentra *in situ*.

—Entonces hazlo pasar.

Pasquali entró y se quitó la gorra.

—Le beso la mano, *duttù*.

—Hola, Pasquali, siéntate. ¿La familia bien?

—Muy bien, gracias.

—¿Traes noticias?

—Sí, señor. Pero antes de nada necesito sin falta saber el sitio y la hora exactos del robo, pero exacto exacto. Creo que usía me dijo que fue en la calle Crispi, ¿es así?

—Así es. Pero espera un momento.

Se levantó, se dirigió al despacho de Fazio, cogió la denuncia de Di Marta y anotó en un papel su número de teléfono. Luego volvió a su despacho, puso el manos libres y marcó el número.

—Escucha tú también.

—Diga... —Sonó una voz de mujer joven.

—Soy el comisario Montalbano. Quisiera hablar con la señora Loredana di Marta.

—Soy yo.

—Buenas tardes. Perdona que la moleste, señora, pero necesitaría algunas precisiones sobre el atraco de que fue objeto.

—¡Dios mío! La verdad es que yo... me siento tan...

Se la notaba realmente incómoda.

—Sí, ya sé que...

—¿No se lo contó todo mi marido?

—Sí, señora, pero la víctima fue usted, no su marido, ¿comprende?

—Pero ¿qué quiere que diga aparte de lo que ya he dicho?

—Señora, entiendo que la incomode volver a hablar de ese desagradable episodio, pero debe comprender que no tengo más remedio que...

—Disculpe. Haré un esfuerzo. Dígame.

—¿Cuándo se produjo exactamente el atraco?

—Hace tres noches.

—¿A qué hora?

—Pues mire, por casualidad, justo antes de ver al hombre tendido en el suelo y parar, había consultado el reloj. Marcaba las doce y cuatro minutos.

—Le agradezco su amabilidad y comprensión. Y ahora que me ha dicho cuándo, ¿me dice también dónde?

—Pero ¿cómo? ¡Creo haberlo dicho y repetido! En ese callejón, en Crispi, porque tenía que ir a ingresar...

—Sí, lo sé, pero ¿a qué altura del callejón? ¿Podría ser más precisa?

—¿Qué quiere decir con lo de «a qué altura»?

—Señora, la calle Crispi no es muy larga, ¿no? Hay, me parece recordar, una panadería, una tienda de...

—Ah, comprendo, comprendo. Espere un momento... Ah, sí... Si no recuerdo mal, y creo que no, entre la tienda de telas y la joyería Burgio, a pocos metros del cajero automático.

—Muchas gracias, señora. Por ahora no tengo nada más que preguntarle.

Colgó y miró a Pasquali.

—¿Has oído?

—He oído.

—¿Era eso lo que querías saber?

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—Puedo asegurarle que el ladrón no es uno de los nuestros.

—Entonces, ¿un ladrón forastero o uno ocasional?

—Más bien ocasional que forastero.

—Ya veo.

Pero también veía que Pasquali tenía algo más que decirle y que no se decidía.

—¿Hay algo más? —lo incitó.

—Podría ser.

Lo incomodaba decir lo que quería decir.

—Habla. Ya sabes que nunca diré tu nombre.

—De eso estoy absolutamente seguro. —Al final se decidió—: Está mintiendo.

—¿Quién?

—La señora con la que acaba de hablar.

—¿Cómo lo sabes?

—Acláreme una duda. ¿La policía intercambia información con los carabineros?

¿Y los carabineros con la policía?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque el señor Angilo Burgio, propietario de la joyería que está en la calle Crispi, hace tres noches denunció ante los carabineros que habían desvalijado su tienda.

Montalbano se quedó perplejo.

—¿Puedes decirme algo más?

—Podría, pero... por favor...

—Pasqualì, puedes estar tranquilo.

—Los chicos habían apostado a un vigilante antes de cometer el robo, como hacen normalmente. El tipo estaba escondido en un portal, pero desde allí podía ver toda la calle. Y estuvo de guardia sin moverse del sitio desde las once y media hasta las doce y media. No encaja.

—¿El qué?

—El vigilante no vio a nadie tendido en el suelo ni ningún coche que parara.

—Comprendo.

—Para su conocimiento, le diré también que durante esa hora solo pasaron por la calle Crispi una ambulancia, una furgoneta y un motocarro.

—Gracias, Pasqualì.

—A sus órdenes, *duttù*.

O sea, que la bella Loredana le había contado una patraña a su marido.

Había que averiguar qué había ocurrido realmente y cómo habían desaparecido

esos dieciséis mil euros.

Por el momento, todas las suposiciones eran posibles, empezando por la de que el atraco se hubiera producido en otro lugar, o que Loredana hubiera reconocido al atracador y no hubiese tenido valor para decírselo a su marido; incluso cabía la posibilidad de que la chica estuviese conchabada con el ladrón.

Se levantó, volvió al despacho de Fazio y cogió la hoja adjunta a la denuncia que Fazio había llenado de anotaciones. Ahí estaba: Valeria Bonifacio, la amiga del alma de Loredana, via Palermo, 28. Estaba también el número de teléfono.

Se sentó en el sitio de Fazio y lo marcó.

—¿Diga? —respondió una mujer.

Montalbano habló pinzándose la nariz para transformar su voz:

—¿Vive ahí la familia Bonifacio?

—Sí.

—Soy el contable Milipari, de la naviera Fulconis. Quisiera hablar con el capitán.

—Mi marido está actualmente en Génova, han hecho escala allí.

—Ah, muchas gracias. Llamo desde el móvil. Oiga, en caso de que tuviéramos que llevarle un paquete a Vigàta, ¿mañana por la mañana estará usted en casa?

—Sí, hasta las diez.

—Gracias, señora.

Colgó. Estaba decidido a ir a ver a la tal Valeria al día siguiente temprano. Sin el marido por medio, había más probabilidades de que le dijera lo que él quería saber.

Cuando llegó a Marinella, vio que Adelina había dejado una nota encima de la mesa de la cocina.

Ayer usía cenó fuera y he tenido que tirar la cumida ala basura porque estaba mala como he visto que usía pasó la noche en buena compañía para esta noche no he priparado nada porque he pinsado que a lo mejor esta noche cena también fuera y así no hay que tirar cumida otra vez si usía quiere cumer mañana en casa me lo deja escrito.

Montalbano maldijo para sus adentros. No se trataba de una venganza de Adelina porque hubiera llevado a una mujer a casa; es más, la asistenta habría puesto una alfombra roja de bienvenida a una posible rival de Livia: la antipatía que se profesaban era mutua. No, la buena fe de Adelina estaba fuera de toda discusión, pero eso no cambiaba el hecho de que no tenía nada para cenar.

No es que tuviera mucha hambre precisamente, pero era muy probable que más tarde se le abriera el apetito.

Salir a cenar estaba descartado del todo; tal vez mientras estuviera fuera lo llamaba Marian, y aunque podría llevarse el móvil, estaba seguro de que rodeado de otras personas volvería a ser incapaz de pronunciar siquiera media palabra.

Abrió el frigorífico. Solo había un bote de anchoas en aceite.

Pero ¿cómo era posible que no quedase nada? Adelina tendría que haber hecho la compra habitual de provisiones: quesos variados, aceitunas negras, salami...

Miró el reloj. Si salía entonces, tendría tiempo de llegar al bar de Marinella, comprar cualquier cosa y volver antes de que llamara Marian. De modo que cogió las llaves, subió al coche y se puso en marcha. Apenas había tráfico. Compró algunas provisiones en el bar, donde también vendían quesos, embutidos y pan, y se dispuso a volver a casa.

Estaba a mitad de camino cuando, justo delante de su coche, un camión articulado derrapó y quedó atravesado en la calzada. Montalbano, con una rapidez digna de un corredor de la Panamericana, se lanzó más allá del arcén, recorrió una decena de metros con dos ruedas dentro de la cuneta y las otras dos sobre el terreno sin asfaltar, con el coche tan inclinado que cualquiera habría jurado que aquello era cosa de un doble de escenas peligrosas, y adelantó al camión para volver a meterse en la carretera.

Un instante después, fue consciente de lo que acababa de hacer sin darse cuenta y las manos empezaron a temblarle, así que se acercó de nuevo al arcén, paró y esperó a calmarse un poco. Necesitó unos minutos para estar en condiciones de ponerse a conducir otra vez.

Cuando estaba a punto de entrar en casa, oyó que el teléfono sonaba. Iba cargado con las bolsas, y tardó un poco en sacar la llave y meterla en la cerradura.

Entró escopeteado dejando caer las bolsas al suelo, fue corriendo hasta el teléfono y descolgó.

—¿Diga...?

Le respondió la señal de línea desocupada. Seguro que era Marian quien llamaba.

¿Y ahora qué? Pero ¿cómo había cometido la idiotez de no pedirle a Marian el número de su móvil? Aunque la cosa era todavía peor, porque de ella no tenía ningún número de teléfono, ni siquiera una dirección.

No le quedaba más remedio que resignarse.

Fue al pasillo a recoger las bolsas y puso la mesa en el porche. Seguía sin tener hambre todavía, de modo que encendió un cigarrillo.

¿Qué estaría haciendo Marian en ese momento en Milán?

Sonó el teléfono de nuevo. Fue corriendo a cogerlo.

Era ella, que le contestaba a la pregunta que acababa de hacerse. Como si tuvieran telepatía.

—Hola, comisario. Estoy a punto de salir de casa de mis padres. Voy a cenar con ese marchante del que te hablé.

—Hola. ¿Has llamado tú hace un momento?

—Sí. Estoy adelantando las gestiones, me he pasado la tarde pegada al teléfono, quiero volver lo antes posible. No tienes ni idea de cuánto te echo de menos. —Hizo una pausa—. Si no te atreves a decirme otra cosa, dime por lo menos cuánto te gusto.

—Me gustas... mucho.

—¿Puedo llamarte después, aunque sea un poco tarde?

—Claro.

—Un beso.

—Otro...

Colgó y se dirigió al porche con las piernas un poco rígidas, pero de pronto volvió a sonar el teléfono.

Pensó que a Marian se le había olvidado decirle algo.

—Hola, Salvo.

No era Marian.

—¿Quién es...?

Y mientras hacía la pregunta, se dio cuenta de que estaba cometiendo un error como una casa.

¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de a quién pertenecía la voz que sonaba al otro lado de la línea? ¿Tal vez porque aún tenía metida en los oídos la de Marian?

—Ahora que eres tú quien no reconoce mi voz, ¿qué tendría que decir yo? —preguntó Livia, enfadada.

No tenía escapatoria, debía empezar a jugar con los embustes. Respiró hondo y se zambulló.

—No te has dado cuenta de que era una broma, claro.

—Te conozco demasiado bien, Salvo. Tú esperabas la llamada de otra mujer, me apuesto lo que sea.

—Pues si tan convencida estás, es inútil seguir hablando de este asunto, ¿no te parece?

—Dime cómo se llama.

Más valía seguir adelante con las bromas.

—Karol.

—¿Carol?!

—Sí, ¿qué tiene de raro? Karol, con ka. Exactamente igual que el otro papa, ¿te acuerdas?

—Pero ¿es una mujer?

—Pues claro. —Se hizo el ofendido—. Pero ¿cómo puedes pensar que yo... con un hombre...?

—¿Y a qué se dedica?

—Es bailarina de *lap dance* en un local de Montelusa.

Livia se quedó unos instantes pensativa.

—No me lo creo —dijo—. Estás quedándote conmigo.

A Montalbano le entró de repente un enorme cansancio. Y le faltaba valor para decirle a Livia lo que le ocurría. Por teléfono, además, le sería imposible.

—Oye, Livia, estoy pasando un momento muy complicado y...

—¿En la comisaría?

Cogió al vuelo la salida que le brindaba.

—Sí, en la comisaría. Es una historia larga que quisiera contarte con calma, también para que me dieras algún consejo, pero dentro de nada vendrá a buscarme Fazio. Volveré demasiado tarde para llamarte. Si puedo, te telefono yo mañana por la noche, ¿de acuerdo?

—Como quieras —dijo Livia con frialdad.

Aquella conversación lo había agotado. Regresó al porche e intentó comer algo, pero no tenía hambre.

Quitó la mesa y fue a sentarse en la butaca que estaba frente al televisor. Buscó hasta encontrar una película policíaca, que, con los anuncios, duró dos horas. Después vio el telediario de las once de Retelibera.

¿Cómo es que no habían dicho nada del robo con fuerza en la joyería Burgio? Por lo visto, los carabineros habían conseguido que no trascendiera a la prensa para no entorpecer la investigación.

Encontró una película del Oeste que lo ayudó a pasar dos horas más. Luego apagó el televisor porque ya empezaba a ver borroso y fue a sentarse de nuevo en el porche.

Ese era un paso peligroso, porque significaba que empezaría a pensar en su situación entre Livia y Marian... y no quería pensar en ello todavía, no se sentía preparado.

Aunque, indudablemente, antes o después tendría que coger el toro por los cuernos. Y fuera cual fuese la solución, estaba seguro de que le produciría una gran dicha y un gran dolor.

6

Miró el reloj. Casi las dos de la madrugada. Pero ¿cuánto duraba una cena en Milán? ¡Joder! ¡Ni que los camareros del restaurante pasaran de los ochenta o anduvieran con muletas! Además, ¿qué tenían que decirse Marian y ese marchante? ¿Acaso debían repasar toda la historia del arte? Le había dicho que lo llamaría tarde, pero ¡es que ya faltaba poco para que amaneciera!

«Ahora mismo desconecto el teléfono y me voy a dormir», pensó. Y en ese preciso instante, el teléfono sonó.

Con lo nervioso que se había puesto en los últimos minutos, dio tal salto en la silla que a punto estuvo de caerse al suelo.

—¡Di... diga!

—Hola, comisario, perdona por haberte hecho esperar, pero la cena se ha alargado y...

El caballero Montalbano apareció en todo su esplendor.

—¿Perdonarte? Pero ¿qué dices? Comprendo perfectamente que son cosas que...

—Es que Gianfranco ha querido que luego tomáramos algo en un local. Acabo de llegar.

El caballero Montalbano fue engullido de pronto por el cavernícola Montalbano.

—¿Y quién es ese Gianfranco?

—Gianfranco Lariani, el marchante. Ah, claro, es que no te había dicho aún su nombre. Ha insistido mucho, la verdad: que si vamos, mujer, ¿qué te cuesta?, que si son cinco minutos, no te hagas de rogar... Total, que he tenido que ceder por diplomacia.

Pero ¿cómo? ¿Ya se tuteaban?

—¿Lo conocías de antes?

—¿A quién? ¿A Gianfranco? No, aunque esto creo que sí te lo había dicho, fue el señor Pedicini quien me sugirió que me pusiera en contacto con él.

«Y enseguida, nada más ponerse en contacto, hala, que si tuteémonos, que si qué te cuesta, que si no te hagas de rogar...».

Más valía cambiar de tema.

—¿Todo bien, pues?

—De maravilla. Al menos, eso creo.

—¿Por qué?

—Porque Lariani es uno de esos zorros que... que no se desnudan fácilmente.

¡Pues menos mal! ¡Solo hubiera faltado eso! Apenas logró contenerse.

—¿Cómo es?

—¿En qué sentido?

—Como hombre.

—Pues muy elegante, distinguido, en torno a los cuarenta y cinco, bastante

atractivo...

Ahí estaba, la punzada de celos que había querido evitar. ¡Zas! Una puñalada en medio del pecho.

—¿Te ha tirado los tejos?

—Me habría sorprendido si no lo hubiera hecho. ¡Tenías que haberme visto! Estaba imponente. Se ha quedado con la boca abierta. En cualquier caso, eso no es lo importante. Creo que Pedicini no se equivoca, Lariani tiene material.

—¿Te lo ha dicho él?

—No de forma explícita, pero sí indirectamente. Ya te he dicho que es un zorro, ¿no? Como imaginarás, no iba a descubrirse a las primeras de cambio. Pero me he dado cuenta de que tiene un punto débil: la pasta. Porque se ha abierto un poco cuando le he dicho, como sin darle importancia a la cosa, que tengo por costumbre pagar de inmediato mediante transferencia bancaria.

—¿Cómo habéis quedado?

—Mañana por la tarde voy a verlo otra vez.

Las alarmas empezaron a sonar.

—¿Dónde? —preguntó Montalbano, tratando de mostrarse indiferente.

—En su casa.

¡Ah, no! Hasta ahí había llegado la broma.

—Perdona, pero ¿por qué en su casa? ¿Ese señor no tiene un estudio, un despacho...? ¿O es que en Milán la costumbre es esa?

—No digas tonterías, anda. Me ha parecido entender que tiene un piso contiguo a su vivienda, donde guarda las pinturas. Pero estoy segura de que no resolveré nada.

—¿Por qué?

—Conozco la estrategia de este tipo de gente. Me enseñará alguna birria para ponerme a prueba, yo le diré que eso no me interesa y él se verá obligado a concertar otra cita. Y entonces me introducirá por fin en su sanctasanctórum.

—Creo que me he perdido.

—Digo que entonces se decidirá a enseñarme las mejores obras. Y ese será el momento de hacer un trato. Siempre y cuando, como me parece haber entendido, Lariani tenga lo que busca el señor Pedicini.

—¿Y qué es lo que busca ese Pedicini?

—Pues verás, en la pintura del siglo diecisiete italiano abundan las vírgenes, los crucificados, las natividades y las resurrecciones, hay para parar un tren. Pero son temas que a Pedicini no le interesan, y tampoco quiere saber nada de retratos. Lo que él busca son naturalezas muertas, paisajes o escenas de género. Y en lienzos de grandes dimensiones.

—Comprendo. Pero ¿te llevará mucho tiempo? ¿Crees que conseguirás acabar pronto?

—Espero que sí. Se me hace un mundo estar lejos de ti. Es la primera vez que me pasa, nunca me había sentido tan... —Se interrumpió—. ¿Qué has hecho hoy?

—¿En la comisaría?

—Sí. Quisiera compartir contigo cada minuto de la vida.

—Te lo contaría encantado, pero te aburrirías.

—Entonces te facilitaré la tarea. Dime qué has hecho mientras esperabas a que te llamara.

—He visto dos películas en la televisión y...

Estuvo a punto de soltar lo de la conversación con Livia, pero se contuvo a tiempo.

Aun así, Marian notó el frenazo.

—¿Y...? —preguntó.

No le apetecía contarle mentiras también a ella. Ya tenía bastante con tener que contárselas a una.

—Y luego me ha llamado Livia.

—Ah. —Una pausa. Y después—: ¿Le has hablado de nosotros?

—No.

—¿Por qué?

—Todavía no me parece oportuno.

Esta vez, la pausa fue más larga.

—Oye, Salvo, espero que hayas entendido que para mí no ha sido una aventura de una noche. Y tampoco se trata de un capricho pasajero, me conozco muy bien.

—De eso me he dado cuenta.

—Y, por lo que percibí la otra noche, estoy segura de que tampoco para ti ha sido una mera aventura.

—Si para mí hubiera sido una historia de una noche, no creo que ahora mismo estuviera al teléfono contigo.

—En cuanto vuelva, hablamos de esto. Ahora te dejo. Cuando me meta en la cama, me imaginaré que estás a mi lado. ¿A qué hora puedo llamarte mañana?

—No lo sé. ¿Por qué no nos llamamos por la noche y así podemos hablar tranquilamente?

—Como quieras. Buenas noches, comisario.

Tenía dos opciones claras y precisas. O quedarse despierto pensando en cómo afrontar la cuestión con Livia, o intentar dormirse de inmediato con el sonido de la voz de Marian resonando aún en sus oídos.

Escogió la segunda, de modo que cerró los ojos, decidido a conciliar el sueño.

Y lo bueno fue que lo logró.

Su último pensamiento apareció en forma de pregunta: ¿cuánto tiempo hacía que no hablaba así con Livia?

Se despertó sintiéndose bien, hacía un día espléndido. Se tomó una taza de café, se duchó y se afeitó, y, antes de salir, le escribió una nota a Adelina para decirle que esa noche cenaría en casa.

Se sentó al volante a las ocho y media, y a las nueve y veinte estaba aparcando delante del número 28 de via Palermo.

Había tardado en llegar porque la calle se encontraba en la parte alta de Vigàta, lindando ya con el campo. Estaba formada por casas independientes, bastante distanciadas unas de otras y todas con su pequeño jardín alrededor. El del número 28 se veía bien cuidado. La cancela de hierro estaba abierta.

La cruzó, recorrió el camino hasta la puerta y pulsó el interfono.

—¿Quién es? —preguntó una mujer al cabo de un momento.

—Soy el comisario Montalbano.

Una pausa.

—¿A quién busca?

—A la señora Valeria Bonifacio.

Otro silencio. Después, la voz dijo:

—Estoy sola en casa.

Pero ¿quién creía que era? ¿Un violador?

—Señora, le repito que soy...

—De acuerdo, pero estoy todavía sin vestir.

—Esperaré.

—¿No podría pasar por la tarde?

—No, señora, lo siento.

—Está bien, le abro dentro de diez minutos.

La técnica de no avisar de su visita con una llamada preventiva funcionaba siempre. Seguro que en ese preciso momento Valeria Bonifacio estaba pegada al teléfono, hablando con su amiga Loredana, para saber cómo debía actuar.

Encendió un cigarrillo. Via Palermo era una calle poco frecuentada, en parte porque no había comercios. Durante los diez minutos que esperó, vio pasar solo un coche.

Volvió a pulsar el interfono.

—¿Comisario Montalbano?

—Sí.

La puerta se abrió automáticamente, y el comisario entró.

La señora Bonifacio salió a su encuentro tendiéndole la mano, lo guio hasta el salón y lo invitó a sentarse en una butaca.

No sabía exactamente por qué, pero Montalbano había esperado encontrarse con una mujer de mediana edad. Valeria, sin embargo, era muy joven, debía de tener más o menos la misma edad que Loredana. Rubia, atractiva, buen tipo, debidamente

destacado por una camiseta ceñida y unos pantalones ajustadísimos.

—¿Le apetece un café?

—No, gracias.

Valeria se sentó en una butaca frente a él. Cruzó las piernas y lo miró sonriendo, pero Montalbano notó que la sonrisa era un tanto forzada.

Era evidente que estaba nerviosa, pero se controlaba bien.

—¿En qué puedo ayudarlo, comisario?

—Siento mucho molestarla, ¿no la han avisado desde la comisaría de mi visita?

—No, no me han dicho nada.

—Pues cuando vuelva a la oficina me oirán. Necesito información sobre el atraco que sufrió su amiga Loredana di Marta. Como sabrá...

—Sí, lo sé todo. Loredana me llamó para contármelo. Estaba muy afectada. Fui a verla de inmediato y me lo explicó todo, incluidos... los detalles desagradables.

—¿Se refiere al beso?

—No solo al beso.

Montalbano se alarmó. A ver si el señor Di Marta le había contado de la misa la mitad, y resultaba que la cosa había sido más seria.

—¿Hubo algo más?

—Sí.

—¿Puede ser más precisa?

—Me repugna hablar de esto. En fin... le cogió la mano y se la puso en... ¿comprende?

—Sí. ¿Fue más allá?

—Por suerte, no. Pero Loredana dice que fue asqueroso y muy violento.

—Tiene toda la razón. Y menos mal que la cosa quedó ahí. ¿Recuerda a qué hora se marchó su amiga de aquí esa noche?

—No sabría decírselo con exactitud.

—Más o menos.

—Pues no debía de faltar mucho para las doce... Poco después de que Loredana se fuera oí sonar el reloj.

Señaló un gran reloj de péndulo, de esos que son como un mueble, en una esquina del salón.

—Muy bonito —dijo el comisario.

Aunque no daba la hora exacta. Iba un poco adelantado.

—Sí. Era de mi padre. Estaba obsesionado con los relojes de péndulo. Teníamos la casa llena. He conseguido quitármelos de encima, solo me he quedado con este.

—Entonces, ¿pongamos que eran las doce menos diez?

—Quizá menos cuarto.

—¿No más tarde?

—Yo diría que no.

—Señora, saber con exactitud la hora en que se produjo el atraco es esencial para

nosotros.

—En ese caso, lo confirmo: las doce menos cuarto.

—Gracias. ¿La señora Di Marta suele irse de aquí tan tarde?

—No. Normalmente se va a la hora de cenar.

—Entonces, esa noche fue una excepción.

—Sí.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—No me encontraba bien, y Loredana no quería dejarme sola. Estaba preocupada, pero fue una indisposición pasajera.

—¿Usted vive sola? ¿No está casada?

—Sí, lo estoy. Pero mi marido es capitán de un carguero y pasa largas temporadas fuera de casa.

—Comprendo. Acláreme una duda. ¿La señora Di Marta se dio cuenta aquí, en su casa, de que no había hecho el ingreso que le había encargado su marido? ¿O, que usted sepa, se acordó después de irse?

—Se acordó en cuanto llegó aquí. En realidad, quería ir al banco enseguida. Fui yo quien le dijo que podría ingresar el dinero más tarde, aunque la verdad es que tuve que insistir un poco.

—Ah, ¿fue usted?

—Sí, y me siento terriblemente culpable por lo que pasó. Si no se lo hubiera impedido...

—¡No, señora Bonifacio, no debe pensar eso! Solo fue una coincidencia que nadie podía prever.

El comisario se levantó.

—Me ha sido usted de gran ayuda. Se lo agradezco.

—Lo acompaño —dijo Valeria.

Justo cuando ella le abría la puerta, Montalbano le preguntó:

—¿Conoce usted a Carmelo Savastano?

No se esperaba el efecto de sus palabras. Valeria se puso pálida y dio un paso atrás.

—¿Por qué... por qué lo pregunta?

—Es que me he enterado de que su amiga Loredana fue durante mucho tiempo novia de Savastano...

—Pero ¿qué tiene que ver él con el atraco? —Había levantado la voz sin darse cuenta.

—Absolutamente nada, señora. Es simple curiosidad.

Pero la señora Bonifacio ya se había recuperado.

—Claro que lo conozco, soy amiga de toda la vida de Loredana. Pero a Carmelo no lo veo desde hace mucho.

Montalbano subió al coche y miró la hora en su reloj. Las diez y treinta y uno. Se puso en marcha.

Pero, en vez de dirigirse hacia la comisaría, fue hacia la calle Crispi intentando conducir deprisa. El tráfico era normal.

Cuando llegó a la calle en cuestión y se situó entre la tienda de telas y la joyería Burgio, miró de nuevo el reloj. Las once y once. Había tardado cuarenta minutos.

Según lo que habían declarado Valeria y Loredana, la chica habría invertido diecinueve minutos en hacer ese mismo recorrido. Y eso sin tener en cuenta que el reloj de Valeria iba adelantado. Sin embargo, en esa ocasión era casi medianoche, y el tráfico debía de ser mucho más fluido.

En cuanto llegó a su despacho, quiso una confirmación y telefoneó a Loredana.

—Soy Montalbano.

—¿Otra vez?

—Perdone, pero tengo que hacerle solo una pregunta.

—Está bien.

—¿Recuerda con precisión a qué hora salió de casa de su amiga, la señora Bonifacio, la noche que...?

—Faltaba un cuarto de hora para las doce.

Respuesta inmediata, sin la menor vacilación.

Evidentemente, en cuanto él se había ido, Valeria había informado a Loredana de los detalles de su conversación.

Mandó llamar a Fazio.

—¿Hay novedades?

—Alguna.

—Yo también tengo algo.

—Entonces, hable usía primero, comisario.

Le contó lo que le había dicho Pasquali, puesto que Fazio estaba al corriente de sus relaciones con el hijo de Adelina; luego le explicó su conversación con Valeria Bonifacio y terminó con la llamada que acababa de hacerle a Loredana.

—Perdone —dijo Fazio—, pero, si sabemos con seguridad que el coche de Loredana di Marta no pasó esa noche por la calle Crispi, ¿por qué está usía tan interesado en averiguar cuánto tiempo dice la chica que tardó en llegar desde via Palermo?

—Solo tienes que pensar un poco, Fazio. ¿Acaso puedo poner en el informe que el hecho de que el coche no pasó por la calle Crispi lo he sabido por un delincuente habitual que ha hablado con uno de los miembros de una banda de desvalijadores? ¿Puedo hacer que llamen a Pasquali y al otro ladrón a declarar? No.

—Tiene razón.

—Además, si consiguiera el milagro de que los llamasen como testigos, nadie

daría mucho crédito a su testimonio, ¿no crees? Los abogados defensores los harían trizas. Porque son delincuentes conocidos por la justicia, y por consiguiente se los considera embusteros por naturaleza. Y eso a pesar de que miles de embusteros y delincuentes que no son conocidos por la justicia pueden decir los embustes que quieran sin que nadie dude de ellos, simplemente porque son abogados, políticos, economistas, banqueros y cosas por el estilo. Así que es preciso demostrar, manteniéndonos dentro de las normas, que Loredana no dice la verdad.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Tú, de momento, hazme un favor personal.

—A su disposición.

—Esta noche, a las doce menos cuarto, sales con tu coche desde el número veintiocho de via Palermo y vas hasta la calle Crispi. Y mañana por la mañana me dices cuánto has tardado.

—¿No es mejor mandar a Gallo?

—No, porque ese tardaría siete minutos y medio, si no menos. Ahora cuéntame tú.

—*Dottore*, he ido a hablar con Intelisano. Me ha dado el nombre y la dirección de los dos tunecinos que viven en Montelusa. Son dos tipos de cincuenta y tantos años que trabajan bien y que tienen todos los papeles en regla porque llegaron hace cuatro años ilegalmente y obtuvieron asilo político.

Montalbano alzó las cejas.

—¿«Asilo político»?

—Sí, señor.

—Habría que averiguar cómo se las arreglaron para demostrar que...

—Ya está hecho.

Cuando Fazio decía eso, Montalbano se ponía nervioso.

—Pues si ya está hecho, haz el favor de ponerme al corriente.

Fazio se dio cuenta.

—*Dottore*, perdone, pero he creído que...

El comisario ya se había arrepentido de su arrebato.

—Perdóname tú.

—Los dos tienen a sus hijos varones en la cárcel. Estaban en contra del gobierno. Y también había orden de detención contra ellos, pero consiguieron escapar a tiempo.

Montalbano torció el gesto.

—Esos dos tunecinos no me hacen ni pizca de gracia —dijo.

—Buenos días a todos —saludó Mimì Augello al entrar.

—Enhorabuena, tenías razón —dijo sonriendo con ironía el comisario.

Mimì puso cara de asombro.

—¿«Enhorabuena»? ¡¿Estás dándome la razón?! Pero bueno, ¿qué pasa aquí? ¿Es el día mundial de la bondad? ¿Y sobre qué me das la razón?

—Sobre los dos tunecinos.

—¿Qué quieres decir?

—Son refugiados políticos. Adversarios del gobierno. Sus hijos están en la cárcel, en Túnez. O sea, que es probable que...

—¡Alto ahí! —exclamó Augello—. ¡Todos quietos!

—¿Qué pasa? —preguntó Montalbano.

—Os advierto que hemos sido amonestados por el jefe superior. Me ha dicho, y cito textualmente: «Dígale a Montalbano que a partir de este momento el caso es competencia de la Brigada Antiterrorista. Que no se atreva a interferir o habrá problemas». Bueno, yo ya os lo he dicho. Y ahora, dejando a un lado al jefe superior y deseándole buena salud, ¿qué hacemos con los tunecinos?

—Por el momento, no tengo ni la menor idea —confesó el comisario—. Pero igual se me ocurre algo después de comer. Fazio, cuéntale al *dottor* Augello las últimas novedades del atraco a la señora Di Marta.

Cuando Fazio se lo hubo explicado todo, Augello miró con expresión interrogativa a Montalbano:

—¿Tú qué opinas?

—Mimì, yo me he puesto en la piel del atracador. Y eso dando por buena la historia de Loredana, que sabemos que no es cierta. Pero bueno, a lo que iba, imagínate que yo estoy escondido en un portal de la calle Crispi esperando a que pase un coche para tirarme al suelo. Sin embargo, como atracador, no tengo ni idea de quién va en el coche que llega. Supón que van dos o tres hombres. En tal caso, aunque vaya armado, el asunto se complica muchísimo. Porque sin duda uno baja y va a ver, mientras que el otro, o los otros, se quedan dentro del coche y pueden reaccionar como quieran. ¿Y si mientras tanto llega un segundo coche? No, el riesgo que corre es demasiado alto. A menos que sepa por anticipado cuál es el coche que se acerca y, sobre todo, quién lo conduce.

—En conclusión...

—El atraco, si es que ha habido atraco, sin duda tuvo lugar en otro sitio y en otras circunstancias, y el atracador tenía como mínimo un cómplice.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Mimì—. El problema son los pasos que debemos dar. Tenemos la certeza de que la señora nos ha contado un cuento chino, pero ¿cómo conseguimos que lo reconozca?

—Haremos que ella misma nos dé, sin saberlo, algunas indicaciones. La convocamos para esta tarde, pongamos a las cuatro y media. Fazio, encárgate tú y confírmame. Si quiere venir acompañada de su marido, no hay ningún problema. Yo le hago unas cuantas preguntas, y después vemos cómo actuamos. Pero tú, Mimì, no debes dejarte ver por aquí bajo ninguna circunstancia mientras esté Loredana di Marta.

—¿Y por qué no debo estar presente? —preguntó Augello, molesto.

—Te lo explico luego, cuando se haya ido. Es mejor para ti, créeme. No tienes nada que perder.

Mientras se dirigía al espigón después de comer, pensó que, si bien tenía claro cómo actuar con Loredana di Marta, no tenía la menor idea de cómo aproximarse a los dos tunecinos.

Y había que hacerlo con prudencia, porque si se llegaba a saber que esos hombres estaban siendo investigados, los de emigración los mandarían de vuelta a Túnez sin pensárselo dos veces, sin siquiera plantearse que con ello estaban condenándolos a la tortura o a una muerte segura. ¿Cuántas veces habían hecho eso con algunos pobres desgraciados condenados a una suerte indigna después de ser repatriados? Él no quería tener un peso semejante sobre su conciencia.

Cuando se sentó en la roca plana, enseguida vio que el cangrejo lo esperaba.

—Hola —le dijo.

Se agachó, cogió un puñado de grava, apartó las piedras más grandes y empezó el juego. Un juego que consistía en tirar una piedrecita minúscula hacia el cangrejo: si no le daba, el crustáceo se quedaba inmóvil; si acertaba, se alejaba unos centímetros andando de lado. Y así hasta que llegaba al borde del agua y desaparecía.

Y fue mientras lo veía desplazarse lateralmente cuando a Montalbano se le ocurrió que había que aproximarse a los dos tunecinos igual que el cangrejo: caminando de lado.

En un abrir y cerrar de ojos, trazó mentalmente un plan preciso que no los perjudicaría.

Se quedó fumando otro cigarrillo para premiarse, y luego volvió a la oficina.

Allí, lo primero que hizo fue llamar a Fazio y pedirle que escuchara la conversación telefónica que iba a mantener con Intelisano.

—Soy Montalbano. Perdona, pero necesito sin falta hablar con usted.

—¿Cuándo?

—Esta misma tarde, si es posible.

Intelisano se quedó pensando unos segundos.

—¿A las siete es demasiado tarde?

—No, perfecto.

El comisario colgó.

—¿Qué quiere de él? —preguntó Fazio.

—¿No os había dicho que después de comer se me ocurriría una buena idea?

—¿Y cuál es?

—Mañana por la mañana iré con Intelisano al barrio del Spiritu Santo, donde me presentará a los dos tunecinos, con un nombre falso y sin decir que soy de la policía, como si fuera alguien que quiere comprar el terreno. ¿Hasta aquí te parece bien?

—Sí, señor. ¿Y luego?

—Después de comer vuelvo, pero esta vez solo, y les digo a los tunecinos que Intelisano no debe enterarse, pero que quiero saber por ellos la verdad sobre ese terreno. Cuánto produce, cuánto se saca... Y también les pediré información de la parte menos productiva, donde está la casucha, puesto que Intelisano vende la finca por entero. Naturalmente, los recompensaré bien. Y como una palabra lleva a otra, espero obtener alguna información útil.

—Me parece una buena idea —dijo Fazio.

Mimì Augello entró.

—¿Cuánto tiempo tengo antes de desaparecer?

Montalbano miró el reloj.

—Cinco minutos.

—Quería decirte que, mientras comía, he recordado algo. Esa Loredana, antes de casarse con Di Marta, trabajaba de dependienta en el supermercado de via Libertà, ¿no?

Fazio contestó por Montalbano.

—Sí, señor.

—Entonces nos conocemos.

—¡Virgen santa! —exclamó Montalbano—. ¿Te la...?

—No. Lo intentó un amigo mío, el que me la presentó. Pero tuvo que desistir porque la chica salía desde hacía tiempo con otro del que estaba perdidamente enamorada.

—Entonces, ¿ella sabe que eres policía?

—No. Me presenté como Diego Croma, abogado.

A Montalbano le entró risa. Le pareció un nombre digno de un personaje de novela rosa.

—¿Era tu nombre de batalla?

—Uno de tantos.

—Dime otro, que me troncho.

—Carlo Alberto de Magister. Pero ese solo lo utilizaba cuando decía que era de sangre noble... En fin, quería saber si el hecho de que la conozca compromete lo que piensas hacer.

—No. Al contrario.

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, están *in situ* un *siñor* varón y una *siñura* hembra que dicen que usía los

ha convocado.

—¿Son los señores Di Marta?

—No lo sé, *dottori*, pero yo diría que son de Vigàta, y no de la isla de Marta.

—Olvídalo, Catarè —dijo Montalbano, desanimado—. Y...

—Pero si usía quiere, les pregunto sobre ese extremo.

—Te he dicho que lo olvides. Haz una cosa, cuenta hasta diez y luego los acompaña hasta aquí.

—¿Debo contar en voz alta, *dottori*?

—Como te parezca.

Colgó.

—Me esfumo —dijo Mimì, y abrió la puerta y desapareció.

—¡Déjala abierta! —le gritó Montalbano.

Pasó un minuto, y no aparecía nadie.

—Pero ¿cuánto tarda Catarella en contar hasta diez? —preguntó Fazio.

Pasado otro medio minuto, Montalbano descolgó el teléfono.

—Catarè, ¿qué pasa?

—*Dottori*, tenga paciencia, es que no me dejan llegar a diez porque ahora *tilifonea* uno, ahora viene otro, me interrumpen y tengo que volver a empezar desde el principio, y ahora que usía me ha llamado, no me acuerdo hasta dónde había llegado y tengo que empezar otra vez.

—No cuentes más y hazlos pasar.

Al cabo de un momento, vio al final del pasillo al señor Di Marta y a su mujer, que se dirigían hacia su despacho. Se levantó y fue a su encuentro, se presentó a la señora, los condujo hasta el interior y les ofreció asiento delante de su mesa.

Fazio se sentó en la silla que estaba frente al ordenador.

Loredana di Marta, que aún no había cumplido veintiún años y aparentaba dieciocho, era una auténtica belleza. Morena, alta, piernas largas, ojos que debían de ser luminosos, pero que ahora estaban un tanto empañados por la emoción... La misma emoción que la hacía estar nerviosa y pálida.

Instintivamente, el comisario observó sus carnosos labios. Estaban perfectamente delineados, no había ni rastro del mordisco que le había dado el atracador.

—Hemos venido sin rechistar, pero no comprendo el motivo de esta... —atacó de inmediato Di Marta.

Montalbano lo interrumpió levantando una mano.

—Señor Di Marta, que esté presente en esta conversación, a petición suya, no es sino una deferencia que he tenido con usted. Pero no debe intervenir de ninguna manera, ¿queda claro? El motivo lo comprenderá escuchando en silencio las preguntas que voy a hacerle a su esposa.

—Está bien —murmuró Di Marta.

—Intentaré retenerla el mínimo tiempo posible —dijo Montalbano, mirando a la chica—. Así que paso sin más a las preguntas. Dígame en qué momento de la noche

le entregó su marido el dinero que debía ingresar.

Marido y mujer cruzaron una rápida mirada. Estaba claro que no se esperaban que el comisario empezara por esa pregunta.

—Fue cuando salí para ir a casa de mi amiga Valeria.

—¿Y la hora?

—Podían ser las ocho y media.

—A lo largo de ese día, ¿no había tenido aún la posibilidad de ir a ver a su amiga?

—Ya había estado en su casa por la tarde, desde las cuatro y media hasta las siete.

—¿Y después de cenar quiso volver a visitarla?

—Sí. No se encontraba bien. Volví a casa, como he dicho, a las siete, preparé la cena para mi marido, cenamos, le dije que tenía que salir de nuevo, y fue entonces cuando me dio el dinero para ingresarlo.

—¿Era la primera vez?

—¿La primera vez?

—¿Había hecho usted algún ingreso de ese tipo?

—Sí. Ya lo había hecho otras veces.

—Comprendo. Pero en el trayecto hacia la casa de su amiga se le olvidó.

—Sí. Pensaba en otras cosas. Estaba... estaba muy preocupada por Valeria.

—Es normal. Entonces, en conclusión, solo tres personas sabían que usted llevaba en el bolso esa suma de dinero.

—Dos —lo corrigió Loredana—. Mi marido y yo.

—No —dijo Montalbano—. Según Valeria Bonifacio, usted, señora Di Marta, se dio cuenta de que no había hecho el ingreso en cuanto llegó a casa de su amiga y quiso ir enseguida a efectuarlo, pero ella la disuadió diciéndole que podría hacerlo en el camino de vuelta. ¿Fue así?

—Sí.

—Entonces, como ve, era lo que yo decía. Eran tres quienes lo sabían. ¿Descarta que alguien más pudiera saberlo?

—Lo descarto por completo.

—¿No se detuvo en ningún sitio antes de llegar a casa de su amiga?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No habría sido nada raro, señora Di Marta. A lo mejor se había quedado sin tabaco y quería comprar un paquete o algo así.

—Ya, pero no veo qué importancia puede...

—Se lo pregunto porque, si paró a comprar algo, es posible que alguien se fijara en que llevaba mucho dinero en el bolso.

—No. No paré en ningún sitio.

Montalbano hizo una pausa y decidió que había llegado el momento de poner a prueba sus dotes interpretativas, de hacer un poco de teatro.

Compuso una mueca con los labios, silbó, miró largamente en silencio la punta del bolígrafo y luego se lamentó a media voz:

—Ay, ay, ay...

Di Marta lo miró perplejo, pero no abrió la boca. Loredana, en cambio, dijo:

—¿Qué sucede?

—Que por desgracia esto se pone feo.

—¿Para quién? —preguntó la chica con la voz alterada.

—¡Qué pregunta, señora! ¿No lo ve usted misma?

—¡No, no lo veo!

—¡Pues para su amiga Valeria! ¡Elemental!

—Pero ¿qué dice? —replicó Loredana, estupefacta.

—Señora Di Marta, voy a ofrecerle una hipótesis. Una hipótesis, que quede claro. Usted llega a casa de su amiga y le dice que se le ha olvidado ingresar una elevada suma de dinero y que quiere ir a hacerlo enseguida, pero su amiga la disuade. ¿No le parece extraño?

—Pero ¿por qué lo encuentra tan extraño? Antes o después tenía que volver a casa y...

—¡Ah, pero una cosa es que vaya a hacer el ingreso a las nueve de la noche, y otra que vaya a hacerlo pasadas las doce! ¡Y sola! ¡Una mujer joven como usted y, permítame decirlo, tan guapa! ¿No le parece que fue una sugerencia como mínimo aventurada?

—Pero ¡yo no sabía que iba a entretenerme tanto! ¡Y Valeria tampoco tenía ni idea!

La chica era rápida de reflejos.

—Déjeme continuar con la hipótesis. Su amiga finge estar más indispueta de lo que realmente está para obligarla a quedarse y que se le haga tarde. Y en cuanto sale usted de su casa, se apresura a telefonar a su cómplice y le informa de que usted va camino del cajero de la calle Crispi con una elevada suma en el bolso. Este va corriendo hacia allí y le tiende la trampa.

Loredana lo miraba atónita, boquiabierta. El comisario hizo un gesto como para apartar a una mosca.

—Dejemos por el momento esta línea de investigación que afecta concretamente a la señora Bonifacio. Y le ruego que no le diga nada a ella de mis sospechas. Sigamos, paso a otra cuestión. Usted declaró que en la calle Crispi, entre la tienda de telas y la joyería Burgio, vio a un hombre en el suelo. Mi pregunta es la siguiente, y piénselo bien antes de responder: cuando usted vio a ese hombre, ¿estaba ya en el suelo o estaba «cayendo» al suelo?

—¿Cambia eso algo?

—Lo cambia todo.

—No lo entiendo.

—Se lo explico. Desde luego, un atracador que actúa así no se tumba en el suelo para atracar al primer vehículo que pase. ¿Y si se presenta un camión o un motocarro? ¿Qué roba? ¿Cinco euros? No, debe esperar al coche apropiado. Así que

permanece escondido en un portal y, en cuanto ve llegar su vehículo, se tira al suelo. ¿Me sigue?

—Sí.

—Pero, dado que la calle Crispi es un callejón más bien corto y totalmente recto, usted tuvo que ver a la fuerza no a un hombre ya caído, sino a un hombre que estaba cayendo. ¿Lo entiende ahora?

Ella lo miró directamente a los ojos. Ya no tenía la mirada empañada, ahora era viva y penetrante. Sin duda, se trataba de una chica muy inteligente. Estaba demostrando ser una adversaria que merecía todo el respeto del comisario.

—Confirmando todo lo que he declarado —dijo Loredana, segura de sí misma—. Es posible que no advirtiera el movimiento del hombre porque estaba mirando el reloj o haciendo alguna otra cosa, pero lo vi ya tendido en el suelo.

Montalbano se quitaba el sombrero. No solo era inteligente, sino también astuta. Había comprendido que, confirmando su versión, debilitaba la hipótesis del comisario sobre la complicidad de Valeria. Montalbano intuía que la siguiente pregunta podría provocar cierta alarma. Y decidió, con frialdad, ir a traición, de modo que surtiera más efecto.

—Perdone, en la declaración pone que el atracador, una vez dentro del coche, quitó las llaves del contacto y las tiró a la calle.

—Sí.

—Por lo tanto, usted, cuando el atracador se largó, tuvo que bajar del coche para ir a buscarlas.

—Sí.

—¿Tardó mucho?

—Creo que sí. La calle está casi a oscuras y yo estaba... conmocionada.

—¿Hacia dónde fue?

—¿Quién?

—El atracador.

—Eché a correr por delante de mi coche. Lo sé porque los faros lo iluminaban de espaldas, y cuando llegó al final de la calle giró a la derecha.

—Pasemos a otra cuestión —dijo Montalbano—. Su amiga Valeria me ha contado también un detalle que, curiosamente, no aparece en la denuncia puesta por su marido.

El señor Di Marta, que hasta ese momento había escuchado con interés, puso mala cara e intervino:

—¡Yo se lo he dicho todo!

—Usted nos ha dicho todo lo que le contó su mujer —precisó Montalbano.

Di Marta lo comprendió al instante. Se volvió, enfadado, hacia Loredana. Parecía un toro furioso dispuesto a embestir.

—¿No me lo has contado todo? ¿Qué más ocurrió? ¡Me juraste que no me habías ocultado nada!

La chica no le contestó, tenía los ojos clavados en el suelo. Montalbano se dio cuenta de que debía intervenir.

—Le he advertido que no...

—¡Yo digo lo que me parece y cuando se me antoja!

—Fazio, llévate al señor Di Marta del despacho —dijo con frialdad el comisario.

—¿Qué significa esto? —replicó el interesado, poniéndose en pie de un salto.

—Significa que considero que, a partir de este momento, su presencia ha dejado de ser oportuna.

—¡Esto es un atropello! ¡Un abuso de poder! —protestó Di Marta, pálido como un cadáver y apretando los puños.

Pero Fazio ya lo había cogido por los hombros y lo empujaba hacia fuera, mientras él continuaba protestando a voces.

—¿Quiere un poco de agua? —preguntó el comisario.

La chica hizo un gesto de asentimiento. Montalbano se levantó, cogió un vaso, lo llenó de la botella que solía tener sobre el archivador y se lo tendió.

Ella se lo bebió de un trago.

Entró Fazio.

—Lo he convencido para que espere en la salita. De todas formas, lo vigilan.

—¿Se siente con ánimos para seguir? —preguntó Montalbano.

—Ahora ya estoy aquí —respondió ella, resignada.

—¿Por qué no le dijo a su marido que el atracador había intentado algo más que darle un beso?

Loredana se había convertido en una llamarada de fuego. El sudor mojaba la parte superior de sus labios. Se notaba que estaba obligándose a hablar con calma, pero su agitación era más que evidente.

—Porque... es muy celoso. A veces no razona. Cegado por los celos, habría llegado a afirmar que yo lo consentí. Además, pensé que, si se lo contaba... podría incluso ponerse enfermo. Quise evitarlo... Y, la verdad, no comprendo por qué Valeria se ha sentido en la obligación de decirle a usted...

—Su amiga ha actuado correctamente. Pero, si tengo que serle sincero, hablando con ella me ha dado la impresión de que no me lo ha contado todo.

Estaba disparando a ciegas. No había tenido en absoluto esa impresión. Era la agitación de Loredana lo que estaba sugiriéndole algo.

Loredana no contestó. Es más, pareció no haber oído las últimas palabras del comisario. Miraba fijamente el suelo, con la espalda un poco encorvada. De vez en cuando, negaba levemente con la cabeza, como si estuviera rechazando un pensamiento o un recuerdo que le resultara desagradable. Luego abrió el bolso, sacó un pañuelito bordado y se secó la parte superior de los labios. Cuando terminó, lo mantuvo apretado en una mano.

El comisario consideró que ese era el momento oportuno para dar la puntilla. Cerró los ojos, los abrió y asestó el golpe:

—¿Puede decirme el nombre y la dirección de su ginecólogo?

Loredana dio un respingo en la silla. Levantó los ojos para mirar, sorprendida y asustada, a Montalbano.

—¿Para qué?

Lo preguntó con toda el alma, levantando la voz, abriendo mucho los ojos y poniéndose rígida, con los nervios de punta.

Montalbano no pudo por menos de felicitarle: el disparo había dado en el blanco.

—Porque quisiera hacerle una pregunta a la que forzosamente tendrá que responderme, puesto que no traiciona el secreto profesional.

—¿Cuál?

La voz de Loredana apenas se oía.

—Le preguntaré, simplemente, cuándo fue la última vez que la visitó.

Loredana se puso a llorar de repente, desesperada. Se volvió levemente en la silla y permaneció sentada en el borde. Juntó las manos en un gesto de plegaria apoyándolas en la mesa.

—Por favor... ¡no siga! Tenga compasión de...

Fazio lo miraba, pero Montalbano evitó encontrarse con sus ojos.

—Señora, lo siento, pero no tengo más remedio que continuar. Intente controlarse, hágalo por su marido, que si la ve tan alterada... Yo la ayudaré, ¿de acuerdo?

—¿Cómo?

—Le digo cómo supongo que sucedieron las cosas y si me equivoco en algo, me corrige. El atracador la obligó a subir al coche, le cogió el dinero del bolso y, amenazándola con el arma, le ordenó que arrancara. ¿Fue así?

La joven asintió con la cabeza. Ahora se apretaba el pañuelo contra la cara con las dos manos, como si no quisiera ver el mundo que la rodeaba.

—Luego, cuando llegaron a un lugar oscuro y desierto, le dijo que parara y que pasara al asiento de atrás. ¿He acertado?

—Sí.

—Y allí la violó.

—Sí —dijo casi sin voz Loredana. Y, profiriendo un lamento, cayó al suelo, desvanecida.

Al acercarse corriendo a ella, Montalbano y Fazio chocaron el uno contra el otro. Fazio la cogió en brazos y la tendió en el sofá. Montalbano le pasó por la cara su pañuelo, después de haberlo mojado con agua de la botella. Tardaron unos diez minutos en hacerla volver en sí.

—¿Se siente con fuerzas para dar unos pasos?

—Sí.

—Lleva a la señora a tu despacho y quédate con ella —le ordenó Montalbano a Fazio. Inmediatamente después, llamó por teléfono a Catarella—. Acompaña a mi despacho al señor que está en la salita.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó de inmediato Di Marta al entrar y no verla allí.

—En el despacho de Fazio, que tomará nota de la nueva declaración en cuanto su esposa se haya recuperado.

—¿Nueva?

Se miraron. El comisario no tuvo necesidad de decir más. A Di Marta pareció faltarle de pronto la respiración. La cabeza empezó a temblarle y se puso una mano sobre el corazón. Montalbano temió que le diera un síncope.

¡Solo faltaba que se desmayara también él!

—La violaron, ¿verdad?

—Desgraciadamente, sí —respondió Montalbano.

Cinco minutos después de que los Di Marta se hubieran ido, el comisario se reunió con Fazio y Mimì. Lo primero que hizo fue decirle a Fazio que pusiera a Augello al corriente de lo ocurrido en el interrogatorio, mientras él iba a fumarse un cigarrillo al aparcamiento.

Necesitaba pensar a solas sobre lo que había sucedido. Cuando volvió, reanudó la sesión.

—Quisiera saber, Fazio, si tienes alguna pregunta que hacerme.

—Sí, señor. He comprendido que usía ha fingido sospechar de Valeria Bonifacio para provocar una reacción en ella en cuanto Loredana se lo cuente. Pero, respecto a lo ocurrido después del beso, ¿de verdad tuvo la impresión de que la señora Bonifacio, cuando hizo alusión solo a las caricias, no se lo contaba todo?

—No. En ese momento, cuando hablé con ella, no me dio esa impresión. Ha sido la actitud que Loredana ha mostrado hoy lo que me ha hecho comprender su juego.

—Perdone, pero ¿qué juego?

—¿No te has dado cuenta de que Loredana pretendía cogerte de la mano y llevarme a donde ella quería? Y yo, como un niño bueno, le he tendido la mano y me he dejado llevar.

—¿Quieres decir que no la han violado? —preguntó Augello—. Entonces, ¿por qué ha ido al ginecólogo?

—No digo que no la hayan violado, digo que ha hecho que la violen. Necesitaba una agresión carnal certificada y la ha obtenido de su médico. Y fíjate que no ha sido ella quien nos ha dicho que ha sufrido una violación, sino que he sido yo quien la ha obligado a hacerlo. Ha actuado de un modo muy hábil.

—Pero ¿con qué finalidad?

—Ahora os lo cuento. Lo que está claro es que estas dos mujeres... Loredana vuelve a casa con los labios mordidos, Valeria me dice que el atracador la obligó también a manosearlo, ella llega aquí, claramente nerviosa, como alguien que esconde un secreto... ¡Muy hábiles! ¡Han sabido arreglárselas para hacerme pensar en la violación! ¡Un trabajo en equipo perfecto! ¡Menudo par de artistas!

—De acuerdo —dijo Augello, impaciente—. Pero ¿por qué necesitaba que la violaran?

—Para eludir las sospechas de que el atracador y ella son cómplices.

—¡Es verdad! —se apresuró a decir Fazio.

—O sea que, como es blanco y está en botella, hay que concluir que violador y violada estaban conchabados. Como consecuencia, a través de Loredana podemos llegar al atracador. Y aquí entras en escena tú, Mimì.

—Comprendo. Debo abordar a Loredana...

—No, señor.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

—Abordar a Valeria Bonifacio, que, puedo asegurártelo, vale la pena como mujer. Que Fazio te dé todos sus datos, y no vuelvas a pisar la comisaría hasta que te hayas puesto en contacto con ella.

Montalbano se percató de que Fazio estaba pensativo.

—¿Qué te pasa?

—*Dottore*, no acabo de verlo claro.

—¿No estás de acuerdo con el trabajo que le he encargado al *dottor* Augello?

—Eso me parece bien. Lo que no veo claro es que hayan montado todo este tinglado por dieciséis mil euros.

—¿Te parece poco?

—No es poco, pero me parece poca cosa en relación con el resto. Aunque solo es mi impresión.

—Tal vez no vayas desencaminado. Pero, en el punto en que estamos, no nos queda otra que seguir adelante. —Hizo una pausa y luego prosiguió—: En cualquier caso, sospecho quién podría ser el atracador, y he caído en ello justo después de comprender que se trataba de una violación consentida.

—Yo también tengo mis sospechas... —dijo Fazio.

—¿Ah, sí? Pues venga, di el nombre.

—Dígalo usía.

—Hagámoslo así: yo digo el nombre y tú el apellido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Carmelo... —empezó el comisario.

—... Savastano —acabó Fazio.

—¡Sois unos genios! —exclamó, indignado, Mimì—. Era tan evidente que se trataba de él que ni siquiera he querido participar en vuestra elegante competición. Me ha parecido cosa de jardín de infancia.

Acto seguido, se levantó y salió. Inmediatamente después sonó el teléfono.

—*Dottori*, está *in situ* el señor 'Ntintilin...

—... tontón —concluyó Montalbano.

—No, *signor dottori*, no se llama así, se llama 'Ntintilinsano.

—Dile que pase.

Intelisano no tuvo nada en contra de hacer lo que Montalbano le pedía.

—De acuerdo, *dottori*. Si quiere ir a Spiritu Santo a hablar con los dos tunecinos, es más cómodo que vayamos por la parte de Montelusa, por allí la carretera es buena. Yo lo hago siempre así.

—¿Cómo quedamos?

—Será mejor que vayamos en dos coches, el suyo y el mío. Nos vemos antes de llegar a Montelusa, en el cruce de Aragona. ¿Le va bien a las siete y media?

—Perfecto.

—¿Cómo debo presentarlo?

—Como el ingeniero Carlo La Porta.

Iba a marcharse a su casa cuando Catarella lo llamó para decirle que estaba *in situ* el *dottori* Squisito, de la Brigada Antiterrorista, y que quería hablar personalmente en persona con él. El comisario lo conocía bien.

—Se llama Sposito, Catarè. Dile que pase.

Sposito era un subjefe superior cuarentón, siempre mal vestido y despeinado, y siempre con prisas. Nunca habían tenido que trabajar juntos en nada, pero se habían visto con frecuencia en la Jefatura Superior, y al comisario no le resultaba un hombre antipático.

—Te robo solo cinco minutos —dijo en cuanto entró en el despacho—. Tengo prisa. Estaba por aquí cerca y he aprovechado para...

—Pues claro, hombre, pasa y siéntate.

—Te informo de que hemos hecho una inspección, muy discreta, en la casucha del barrio del Spiritu Santo. Tenías toda la razón. Se trata casi seguro de un cargamento compuesto de una caja de lanzamisiles y dos de munición. Pero necesito que me aclares una cosa.

—Dime.

—Según lo que nos dijo el *dottor* Augello, el propietario de la finca, al ver que

habían puesto una puerta en la casucha, vino a decíroslo, pero no el mismo día del descubrimiento, sino el siguiente.

—No, vino ese mismo día por la tarde, pero yo ya me había marchado y Augello le pidió que volviera al día siguiente.

—¿Y tú visitaste la finca la misma mañana de la denuncia?

—Sí. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Porque, si las cosas fueron así, está claro que la casa la vigilaba alguien que sabía que Intelisano no era uno cualquiera que pasaba por allí, sino el propietario. Y por lo tanto tuvieron que tomar medidas a toda prisa, vaciarla en cuanto Intelisano se fue.

—Comprendo. ¿Y qué?

—Pues que, como para ellos ha sido algo imprevisto, es posible que las armas no hayan salido aún hacia su destino. Podría ser incluso que no las hubieran trasladado demasiado lejos, que se encontraran aún en los alrededores de la casucha, y quizá en un lugar no demasiado difícil de descubrir. Gracias.

Se levantó y se dieron la mano.

¿Cómo es que Sposito no había dicho ni media de los dos campesinos tunecinos? ¿Cabía la posibilidad de que aún no se hubiera enterado de que trabajaban para el propietario? ¿O quizá no había querido hablar de eso con él?

Lo primero que hizo al llegar a Marinella fue ir a asegurarse de que Adelina no lo hubiera dejado en ayunas pese a la nota que le había escrito.

Encontró patatas gratinadas con anchoas, y en abundancia, porque Adelina, por si acaso, había preparado una cena para dos.

Acababa de poner la mesa en el porche cuando sonó el teléfono.

—Hola, comisario.

—Hola, Marian. ¿Qué tal te ha ido con ese Lariani?

Era lo que más le urgía saber.

—Mal.

Se alarmó. ¿No decía él que ese cerdo la había invitado a su casa para aprovecharse de ella?

—¿Te ha puesto las manos encima?

—Pero ¿qué dices? ¡Vamos, que se lo iba a permitir yo...! No, ha ido mal porque es un hueso duro de roer. Como yo había imaginado, se ha limitado a enseñarme unas cuantas birrias, y cuando le he dicho que se dejara de bromas me ha contestado que quizá podría conseguirme lo que buscaba, pero que necesitaba algún tiempo y pensar en el asunto.

—¿Cuánto tiempo?

—Por lo menos dos días.

—Vaya, se lo toma con calma.

—Pues sí. Y desgraciadamente eso significa que no podré volver a Vigàta tan pronto como planeaba.

—¿Dónde estás ahora?

—En casa de mis padres. Estamos a punto de cenar. Pero te llamaba por otra cosa. Poco después de llegar, me ha llamado el señor Pedicini desde Corfù. Quería saber cómo me iba con Lariani. Le he dicho que me daba largas. Entonces él me ha dicho una cosa que, en un primer momento, me ha parecido algo extraña.

—¿Qué?

—Me ha sugerido que le diga que estaría especialmente interesada en algo de Paolo Antonio Barbieri.

—¿Y quién es ese?

—El hermano de Guercino. Un especialista en bodegones y naturalezas muertas.

—¿Y por qué te ha parecido extraña?

—Porque, a mi entender, restringe demasiado el campo de búsqueda de Lariani.

—En otras palabras, que pone las cosas más difíciles.

—O quizá más sencillas.

—¿Por qué?

—Porque, naturalmente, he llamado enseguida a Lariani, le he dicho que si tenía que buscar entre terceros se centrara en Barbieri, y él se ha echado a reír y me ha contestado que se esperaba que acabase haciéndole esa petición.

—¿Y eso qué significa?

—Yo tampoco lo he entendido, la verdad... Pero ya está bien de hablar de mis asuntos. ¿Puedo confesarte una cosa?

—Claro.

—¡Estoy hambrienta!

—Bueno, acabas de decir que estabas a punto de cenar...

Se echó a reír.

—Salvo, ¿lo eres o te lo haces? ¡Tengo hambre de ti! ¿Y tú?

A pesar de que estaba solo, Montalbano se sonrojó.

—Por supuesto... —fue todo lo que consiguió decir.

Marian rio de nuevo.

—Dios mío, a veces eres de una torpeza... adorable. Vamos, comisario, ármate de valor y dime que me deseas.

Montalbano cerró los ojos, aspiró todo el aire posible y se zambulló.

—Yo... te... —empezó a decir.

Y se bloqueó. Desde luego que la deseaba, pero no conseguía decirlo. Las palabras iban con entusiasmo desde su cerebro hacia la boca, pero los labios permanecían inmóviles, incapaces de pronunciarlas.

—Vamos, un pequeño esfuerzo. ¡Ya casi lo tienes! —dijo Marian—, pero mejor vuelve a empezar desde el principio.

—Te...

Nada, imposible. Esta vez el impedimento fue la garganta, más seca que el desierto del Sáhara.

—Me han llamado para cenar —dijo Marian—. A este paso hará falta una hora para conseguir que lo digas. Por ahora te has salvado. Vuelvo a llamarte antes de irme a dormir para darte las buenas noches.

Montalbano colgó. Se dirigió hacia el porche, pero, antes de llegar, sonó el teléfono. Naturalmente, era Livia.

—Espera, espera, un segundo... —dijo el comisario. Fue a beber un vaso de agua—. Ya estoy aquí.

—He llamado antes, pero comunicabas. ¿Con quién estabas hablando?

—Con Fazio.

La mentira le había salido de forma espontánea, con la mayor naturalidad. Tanto era así que Livia se la tragó sin vacilar.

Cuando colgó, calculó que las trolas que le había contado llegaban a una docena, si no eran más.

¿Podía seguir así? No, no podía. ¡Cómo iba a hacerlo! Cada mentira que le decía caía sobre él como una capa de suciedad, hasta el punto de que en ese momento sentía una perentoria necesidad de meterse bajo la ducha.

¡Menudo ejemplo de hombre era!

Por una parte, por más que Marian había intentado sacarle las palabras con sacacorchos, había sido totalmente incapaz de decirle que no solo la deseaba, sino que sentía que la quería, y por otra le faltaba valor para hablar clara y honestamente con Livia y confesarle que sentía que había dejado de quererla.

Después de la ducha se sintió mejor y se puso a comer. Se zampó la mitad de lo que había, y quitó la mesa.

Quería acostarse pronto, ya que tenía que levantarse como muy tarde a las seis para estar a las siete y media en el cruce de Aragona.

Cogió el teléfono y lo conectó en el dormitorio, en el enchufe de al lado de la mesilla de noche.

De la estantería, casi sin mirar, cogió un libro cualquiera. Ya en la cama, descubrió que se trataba de *Del amor*, de Stendhal. Le entró risa. Lo abrió al azar.

Cuando experimenté por primera vez el amor, esa extrañeza que sentía en mí me hacía creer que no amaba. Comprendo la cobardía...

Continuó leyendo unas horas, hasta que se le empezaron a cerrar los ojos. Justo entonces sonó el teléfono.

—Buenas noches, comisario.

—Yo también... —dijo él, cohibido.

Marian se echó a reír.

—Pero bueno, ¿vas con retraso? ¡Esa es la respuesta que tendrías que haberme

dado cuando te he preguntado si tú también me deseabas! Entonces, ¿ese «yo también» que has pronunciado claramente a regañadientes responde a la pregunta anterior o significa «yo también te deseo buenas noches»?

—Lo segundo que has dicho —respondió Montalbano, sintiéndose ridículo y cobarde a un tiempo.

Estaba claro que las palabras adecuadas se negaban en redondo a acudir a sus labios.

En el momento de salir de casa, lo asaltó una duda. ¿Y si por casualidad los tunecinos lo habían visto en televisión y lo reconocían como el comisario Montalbano? Tenía que considerar esa posibilidad, aunque fuera remota. Pero ¿cómo podía cambiar el aspecto de su cara en cinco minutos y sin tener en casa nada apropiado para hacerlo?

Se las arregló con unas gafas de sol que le tapaban media cara, un sombrero estrafalario encasquetado hasta los ojos, y un enorme fular rojo que se puso alrededor del cuello, de manera que prácticamente le cubría la boca. Luego salió y se encomendó a Dios.

Encontró a Intelisano en el cruce, puntual. El hombre lo miró un tanto asombrado, pero no hizo preguntas.

Se pusieron en marcha y, al poco, en mitad de una pista medianamente transitable, el coche de Intelisano se detuvo y Montalbano, que iba detrás, hizo lo mismo.

—Tenemos que seguir a pie. Cierre el coche.

A mano izquierda había un sendero para carros. Lo tomaron.

—A partir de aquí, el terreno es de mi propiedad.

Caminaron unos veinte minutos atravesando un campo recién arado. Montalbano notó cómo el olor inundaba su nariz. «La tierra huele tan bien como el mar», pensó.

Luego pasaron cerca de un establo de obra con animales dentro, que estaba al lado de un cobertizo con paredes de chapa bastante grande. La parte superior era una especie de pajar.

Por un instante, mientras Montalbano observaba la construcción, un destello de luz cegadora partió del pajar y le dio en los ojos. Pese a las gafas de sol, instintivamente los cerró, y cuando los abrió de nuevo la luz había desaparecido. Tuvo que quitarse las gafas y secarse los ojos porque le lloraban. Tal vez solo había sido un trozo de cristal que había reflejado un rayo de sol.

—Este cobertizo resulta muy útil —explicó Intelisano—, porque la parte de arriba es un pajar y la de abajo sirve de almacén, de garaje, de depósito de semillas... Los braceros lo utilizan también para refugiarse, y comen aquí si hace demasiado sol o mal tiempo.

—¿Tienen llaves?

—Claro.

—¿Y también duermen aquí por la noche?

—No, señor. Me parece que ya le informé de ello, duermen en Montelusa.

Al cabo de diez minutos más de caminata, llegaron al lugar donde los dos tunecinos estaban trabajando.

Montalbano pudo confirmar que, desde la zona donde solían trabajar ellos, era imposible ver la otra mitad de la parcela en la que se encontraba la casucha medio derruida. Entre ambos terrenos había una pequeña colina.

Aunque sin duda los tunecinos tenían que haber subido a esa colina para trabajar la tierra y, por consiguiente, conocían la existencia de la casucha abandonada.

Los dos hombres pararon de trabajar. El que estaba montado en el tractor bajó. Se quitaron la gorra, e Intelisano los presentó.

—Este es Alkaf, y este, Mohamed.

—Mucho gusto —dijo Montalbano tendiéndoles la mano, que los dos estrecharon.

—Son de Túnez —continuó Intelisano—, y trabajan aquí desde hace dos años. Este señor es el ingeniero Carlo La Porta, que está interesado en comprar la parcela.

—¿Tú vender? —preguntó Mohamed con cara de disgusto.

—Es muy difícil ocuparse de tres grandes parcelas... —respondió Intelisano.

Alkaf sonrió a Montalbano.

—Buen negocio haces.

—Y mejor si tienes a nosotros contigo —añadió Mohamed.

Eran cincuentones, pero llevaban bien su edad. Enjutos, mirada inteligente, cuidadosos. Pese a haber conocido la miseria, tenían un aire distinguido.

—¿En Túnez trabajabais para otros o teníais un poco de tierra? —preguntó Montalbano.

—Sí, tierra nuestra —respondieron a coro.

—Pero no tanta —especificó Alkaf.

—¿También teníais un tractor?

—No —dijo Mohamed—, para tractores no hay dinero. Azada y arado a mano. Conducir tractor aprendido aquí.

—¿Seguimos? —preguntó Intelisano.

Montalbano asintió con un gesto, y se despidió de los tunecinos dándoles de

nuevo la mano.

En cuanto estuvieron fuera de su vista, el propietario le preguntó a Montalbano cuándo pensaba volver para hablar a solas con ellos.

—A las cinco como máximo estaré aquí. Pero casi seguro que llegaré antes.

—Acuérdese de que, cuando se pone el sol, terminan su jornada y vuelven a Montelusa.

—Muy bien.

—¿Qué impresión le han causado?

—Parecen experimentados e inteligentes.

—Lo son. Y grandes trabajadores.

—¿Usted se inclinaría por descartar...?

—*Dottori*, en condiciones normales, estos hombres serían dos caballeros, pero en la situación en que se encuentran...

El comisario pensaba lo mismo. Llegaron donde habían dejado los coches.

—Yo voy a Montelusa, tengo que hacer algunas cosas allí —dijo Intelisano—. Volveré hacia la una o quizá antes, pero como mucho a las tres le dejo el campo libre.

Mientras se dirigía a Vigàta, Montalbano pensó que había algo de lo que podía estar seguro: las manos de Alkaf y Mohamed no eran manos de campesinos acostumbrados a arar de sol a sol. Al estrecharlas la primera vez, se dio cuenta de que eran relativamente suaves, sin los callos que deberían haber tenido tras años y años de trabajo duro.

Había buscado una confirmación con un segundo apretón. Y la había obtenido.

—¡Buenos días, *dottori*! —dijo Catarella en cuanto lo vio entrar.

Montalbano se detuvo de golpe. Pero ¿cómo? Llevaba unas gafas, un sombrero y un pañuelo que lo hacían parecer un espantapájaros ambulante, ¿y Catarella lo había reconocido de inmediato, sin pestañear?

—¿Cómo te has dado cuenta de que era yo?

—¿No debía darme cuenta, *signor*?

—No. Voy camuflado.

Catarella puso una expresión afligida.

—Lo siento, no me he percatado de que usía iba... esto, camuflado. Pido *comprinsión y pirdón*. Pero, si usía quiere, sale, vuelve a entrar y yo hago como que no...

—Mejor déjalo correr. Prefiero que me digas qué es lo que te ha permitido reconocerme.

—Para empezar, el bigote y la verruga, *dottori*. Y luego sus andares.

—¿Por qué? ¿Cómo ando?

—A su manera, *dottori*.

En resumen, que mejor no se disfrazaba.

—Mándame a Fazio.

Apenas entró en el despacho, se quitó sombrero, gafas y pañuelo y los metió dentro del archivador. No quería repetir la experiencia con Fazio.

—Buenos días, *dottore*. ¿Cómo ha ido con los campesinos tunecinos? —preguntó Fazio al entrar.

—Tunecinos puede que lo sean, pero campesinos seguro que no.

—¿Por qué lo dice?

Le contó lo de las manos. Fazio se quedó pensativo.

—Pero Intelisano dice que saben trabajar la tierra —dijo.

—Es posible que en su país fueran pequeños propietarios, y que por eso sepan cómo se hace. En cualquier caso, después de comer voy a volver por allí. Tendré que estar muy atento a cómo hablo, está claro que son personas que entienden hasta lo que estás pensando. ¿Y tú qué me cuentas?

—*Dottori*, dicen que anoche Loredana di Marta fue ingresada en una clínica de Montelusa.

—¿Qué le ha pasado?

—Corren rumores, aunque no hay nada seguro, de que tiene algunas contusiones en la cabeza y unas costillas rotas.

—¿Se sabe cómo ha sido?

—Seguro, seguro, no se sabe. Unos dicen que el marido le dio una paliza por el asunto del atraco; otros, en cambio, que se cayó por la escalera.

—En mi opinión, el señor Di Marta debe de haber llegado a la conclusión de que Loredana conocía al atracador, y ha intentado averiguar su nombre levantándole la mano, y puede que también el pie.

—Pienso lo mismo.

—La cuestión ahora es enterarse de si Loredana le ha dado ese nombre o no. ¿No te parece que ha llegado el momento de saber qué hace ese tal Carmelo Savastano?

—Ya está hecho.

Montalbano se exasperó, como le ocurría siempre que Fazio pronunciaba esas tres palabras. Entre otras cosas, ¿de dónde sacaba tiempo para hacer lo que después decía que ya había hecho? Debajo de la mesa, se pisó un pie con el otro para calmarse.

—Dime.

—Savastano sigue llevando la misma vida de golfo que de costumbre. No se sabe de dónde saca el dinero para vivir tan bien como vive. Anoche se enzarzó en una pelea en la pescadería, le pegó a uno y los carabinieri lo metieron en el calabozo. A estas horas deben de haberlo soltado, o estarán a punto de hacerlo.

—Será mejor que lo vigiles.

—Sí, señor. Pero quería hablarle de otra cosa que usía me mandó que hiciera. La hice, pero no volvió a preguntarme por ella y a mí se me olvidó...

—¿De qué se trataba?

—De saber cuánto tiempo se tardaba en ir desde la casa de Valeria Bonifacio, en

via Palermo, hasta la calle Crispi.

—Es verdad. ¿Hiciste la comprobación?

—Sí, señor, dos veces. No se puede tardar menos de media hora o treinta y cinco minutos.

El comisario se fue a comer a la *trattoria* de Enzo tranquilamente, tenía tiempo de sobra. Cuando salió, faltaba poco para las tres.

Decidió que no necesitaba dar su habitual paseo por el muelle, puesto que podría bajar la comida caminando por el campo. Pero tenía que pasar por la comisaría para coger las gafas, el sombrero y el pañuelo.

Al entrar, Catarella lo abordó:

—¡Ah, *dottori*! ¡Menos mal que ha venido!

—¿Por qué?

—¡Porque tendría que *tilifonear* urgentísimamente al señor 'Ntintilinsano, que ya ha llamado dos veces! Dijo que usía no fuera a donde iba a ir sin llamarlo antes a él, el señor 'Ntintilinsano.

¿Qué habría ocurrido? Fue corriendo a su despacho para llamar desde allí.

—Señor Intelisano, ¿qué ha pasado?

—¡*Dottori*, una cosa increíble!

—¿Qué?

—¡Una cosa extraordinaria!

—¡Hable!

—¡Una cosa...!

Montalbano perdió la paciencia.

—¿Quiere decírmela o no? —lo interrumpió, levantando la voz.

—Como le he dicho, he ido a Montelusa, y hacia las doce y media he vuelto a Spiritu Santo. Enseguida me he dado cuenta de que pasaba algo extraño: el tractor estaba en medio del campo con el motor encendido, pero a los dos tunecinos no se los veía por ninguna parte.

—¿Y dónde estaban?

Intelisano ni lo oyó.

—Entonces he ido al cobertizo, que estaba cerrado, y he visto que las llaves estaban en el suelo, justo delante de la puerta. He abierto. Los tunecinos no podían haberse ido muy lejos, porque dentro estaban aún sus mochilas y todas las cosas que guardan allí.

—¿Y qué hizo?

—Esperé media hora. Lo de haber dejado las llaves fuera del cobertizo me hacía pensar que podían volver de un momento a otro. Al final, en vista de que no aparecían, cogí el coche y fui a Montelusa. Sé dónde viven, tienen un cuarto en el Rabàto. Tampoco estaban allí. Y otros tunecinos que viven al lado me dijeron que

habían vuelto sobre las once, habían cogido a toda prisa sus cosas y se habían ido.

—¿Usted dónde está ahora?

—En Spiritu Santo...

—Espéreme, por favor. Voy para allá.

Al cabo de media hora estaba con Intelisano, que esperaba sentado delante del cobertizo abierto, con cara de desconcierto.

—No consigo encontrar una explicación.

—Yo se la doy. Los tunecinos me han reconocido y, como no tenían la conciencia tranquila, han huido.

—¿Quiere decir con eso que estaban metidos en el asunto de las armas?

—Estaban metidos hasta el cuello. La huida lo demuestra.

—Pero ¿cómo lo han reconocido?

—Me habrán visto en televisión.

Intelisano hizo una mueca.

—Perdone la pregunta, pero ¿cuándo fue la última vez que usía salió en televisión?

Montalbano hizo un cálculo rápido.

—Hace unos diez meses.

—¿Y usted cree que alguien que no lo conoce y lo ve unos pocos minutos, pasados diez meses todavía se acuerda de cómo era usted? ¡Ni aunque una potente luz lo iluminara...!

¡La luz! ¡El destello de luz! No había sido un simple reflejo en un trozo de metal, sino probablemente...

—¿Cómo se sube al pajar?

—Detrás del cobertizo hay una escalerilla de hierro exterior, pero yo no subo porque padezco de vértigo.

Montalbano se dirigió a la parte de atrás del cobertizo, y el propietario lo siguió. La escalera estaba casi en vertical, era peligrosa, pero él no titubeó, subió con la rapidez de un bombero, mientras Intelisano se quedaba abajo, mirándolo.

El pajar estaba prácticamente vacío, salvo por unas docenas de pacas de paja amontonadas al fondo, delante de una gran abertura que quedaba justo encima de la puerta del cobertizo.

Sin embargo, Montalbano observó que las pacas de paja habían sido desplazadas, de manera que entre dos de las filas se formaba una especie de galería que daba acceso a un pequeño cubículo. Uno podía meterse dentro, y desde allí mirar lo que sucedía en los alrededores del cobertizo.

El comisario se metió. Desde allí arriba, se podía vigilar bien la zona. No solo veía el lugar donde había dejado el coche y más allá, sino que, como la pequeña colina que separaba las dos partes de la finca presentaba una hondonada, también

podía verse la casucha derruida que había servido de almacén provisional. Un punto de observación perfecto.

Por lo tanto, cuando había ido por la mañana con Intelisano, alguien estaba vigilándolo desde ahí arriba. Probablemente con unos prismáticos, que eran los que habían provocado el destello de luz que lo había deslumbrado. Y era ese hombre quien lo había reconocido como el comisario Montalbano, no los tunecinos. Eso explicaba la huida precipitada.

Salió del cubículo de paja y miró a su alrededor. Alguien había llevado a la parte más cercana a la escalerilla la cantidad suficiente de paja para dormir encima.

Al lado había una botella de agua mineral vacía. Y un periódico doblado. Utilizando un trozo de madera para no tocarlo con las manos, consiguió leer la fecha. Era de aquel mismo día. Al parecer, los tunecinos lo habían comprado a primera hora de la mañana y se lo habían llevado al hombre que se escondía en el pajar.

Después vio una bolsa de plástico, y también la abrió ayudándose con el trozo de madera; dentro encontró la cáscara de un huevo, un pedazo de pan todavía tierno y otra botella de agua mineral medio vacía. Al parecer, además del periódico le habían llevado el desayuno.

No había nada más que ver. Bajó.

—¿Ha encontrado algo?

—Sí. Sus dos braceros tenían a alguien escondido en el pajar. Sabían que usted no iba a subir a causa del vértigo, y aprovecharon la situación. Ha debido de ser él quien me ha reconocido.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora usted cierra esto y viene conmigo a Montelusa.

—¿Para qué?

—Para hablar con los de la Brigada Antiterrorista.

El comisario entró solo en el despacho de Sposìto, y dejó esperando fuera a Intelisano.

—Querido Montalbano, ¿a qué debo el honor de esta visita?

—Vengo a confesarte una cagada que he hecho.

—¿Tú? —se extrañó Sposìto.

Cuando Montalbano acabó de contárselo todo, Sposìto le preguntó:

—Pero ¿el jefe superior sabía que tú estabas haciendo esta investigación paralela?

—No.

—Comprendo. Por lo que a mí respecta, no diré nada.

—Gracias.

—Y además, no estoy seguro de que lo que ha provocado la huida de los tunecinos y el tercer hombre haya sido el hecho de haberte reconocido.

—¿Ah, no?

—No. ¿A qué hora salisteis Intelisano y tú de Spiritu Santo?

—Serían las nueve y media o diez menos cuarto.

—Coincide.

—¿Con qué?

—Como te dije, estamos haciendo una batida por la zona porque estoy convencido de que no se han llevado muy lejos las armas. Esta mañana, a las nueve, la brigada dirigida por Peritore, mi segundo, ha vuelto a inspeccionar la casucha donde estaban las armas; después han ido hacia esa colina, han mirado dentro de una cueva sin encontrar nada y se han desplazado hacia un tractor que estaba más allá, pero no han visto a nadie. Peritore me ha dicho que había visto un cobertizo de metal y un establo. Como las llaves del cobertizo estaban fuera, en el suelo, han abierto, han mirado y no han encontrado nada relevante. En el establo tampoco había nada. Así que han seguido desplazándose hacia la parcela contigua.

—¿Y no han mirado en el pajar?

—No. Como ves, nosotros también hemos hecho una buena cagada.

—Entonces, ¿tú crees que los tres han escapado, no porque el del pajar me haya reconocido, sino porque se ha dado cuenta de que tus hombres se dirigían hacia el cobertizo?

—Es lo más verosímil.

—Sí. Pero hay una cosa que no lo es tanto.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Que a Peritore no se le haya pasado por la mollera mandar a alguien a inspeccionar el pajar.

Sposìto abrió los brazos.

—¿Qué quieres que te diga? Ha ocurrido.

No, había algo que a Montalbano no le cuadraba.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—La pregunta puedes hacerla, lo que no sé es si yo podré contestártela.

—¿Qué red te han dicho que utilices para pescar, de malla estrecha o de malla ancha?

—Sin comentarios. En cualquier caso, ahora mismo llamo a Peritore y le digo que vuelva al cobertizo para inspeccionar el pajar. Seguro que en la botella y en el periódico habrá huellas dactilares. ¿Contento? Por cierto, tú no has tocado nada, ¿verdad?

—No, no creo haber causado ningún perjuicio. —Se levantó—. He traído conmigo al propietario de la finca. Si quieres interrogarlo sobre los tunecinos...

—Claro, gracias.

Cuando volvió a la comisaría, se reunió con Fazio y Augello y les contó toda la historia. Y les dijo también que Sposìto había adoptado una actitud, como poco, de

marear la perdiz.

—Me parece entender por qué —comentó Augello.

—Pues explícamelo.

—Él es jefe de la Brigada Antiterrorista, ¿no? Como tal, debe ocuparse de descubrir a tiempo si hay alguna red terrorista, y si esa red está preparando un atentado contra nosotros. ¿Correcto?

—Correcto.

—Pero ¿y si no se tratara de terroristas? ¿Y si se tratara de personas que no tienen ninguna intención de hacernos daño a nosotros, sino que quieren las armas para hacerlas llegar a su país y luchar contra el gobierno?

—Sean terroristas o guerrilleros, el tráfico de armas es igualmente un delito —intervino Fazio.

—De acuerdo. Pero Sposìto aún no sabe si se trata de terroristas o de guerrilleros extranjeros, y reconocerás que son cosas muy distintas. Por eso va con pies de plomo.

—Es posible que tengas razón —dijo Montalbano—. Y si las cosas están así, estoy convencido de que Sposìto espera poder plantear pronto un conflicto de competencias. Si no son terroristas, el caso corresponde a otro servicio. De todas formas, él se ha preocupado de quitarme de la cabeza que la huida haya sido culpa mía, y se la ha echado a su brigada sin dudarle un instante.

—¿Y por qué lo habrá hecho?

—Para convencerme de que me olvide de esta investigación, que, por lo demás, he tenido que admitir que no estaba autorizada.

—Pero sigo sin... —dijo Augello.

—Mimì, piensa un poco. La actitud de Sposìto conmigo significa tres cosas. La primera es que, por mucho que diga, está convencido de que el hombre del pajar me ha reconocido. La segunda, consecuencia directa de la primera, es que si ese hombre ha deducido que era yo por mi bigote, mi verruga y mis andares, no me conoce de pasada, sino perfectamente. Y la tercera es que lo más seguro es que no se trate de un forastero, sino de alguien de Vigàta o de los alrededores. En resumen, ha intentado que no hiciera este razonamiento, que sin duda habría despertado mi curiosidad. Sea como sea, con curiosidad o sin ella, desaparecidos los tunecinos, no nos queda ninguna carta que jugar. Así que hablemos de otra cosa. ¿Tú qué me cuentas? ¿Has contactado con Valeria Bonifacio?

Augello sonrió.

—Claro que he contactado con ella. ¡Y de qué manera!

—No me digas que... —empezó Montalbano, atónito.

—No, no he llegado al meollo de la cuestión. Ni el mismísimo don Juan lo habría conseguido. Pero tengo que contaros toda la historia desde el principio, porque no deja de ser curiosa. Esta mañana, debían de ser las nueve, fui a apostarme con el coche junto a la casa de Valeria Bonifacio armado de paciencia. Salió como una furia a las diez, subió al coche y se dirigió hacia Montelusa. Naturalmente, la seguí. Al llegar a la altura de la clínica Santa Teresa, giró, se metió en el aparcamiento y allí dejó el coche. Yo hice lo mismo mientras ella entraba en la clínica. Cuando llegué al mostrador de información, no había rastro de ella. Así que me identifiqué, y me dijeron que la señora Bonifacio había preguntado por el número de habitación de Loredana di Marta. Yo no sabía nada del ingreso, pero no hice preguntas, no quería perder tiempo. Cogí el ascensor y subí al tercer piso, como me habían indicado. Nada más llegar al pasillo, oí gritos. Un cincuentón, sin duda el señor Di Marta, decía: «¡Olvídate de mi mujer! ¡Te prohíbo que la veas! ¡Tú eres la culpable de todo!». Y Valeria replicaba: «¡Quítate de en medio, cabrón!». Di Marta la agarró entonces por los hombros y la estampó contra la pared. Por suerte, intervinieron dos enfermeros. Di Marta se metió en la habitación de su mujer, y Valeria se dirigió hacia los ascensores. Yo me las arreglé para llegar antes que ella, y acabamos los dos solos dentro del ascensor. Y como ella lloraba, le pregunté si tenía a algún conocido enfermo de gravedad. En resumen, que conseguí llevármela al bar de la clínica, pero al llegar allí no quiso entrar, quería marcharse. Entonces la convencí para que viniera a sentarse conmigo a un bar cercano que tenía mesas fuera. Estuvimos charlando casi dos horas.

—Muy bien, Mimì. Dime una cosa, ¿cómo te has presentado?

—Como Diego Croma, abogado. He pensado que era mejor utilizar el nombre con el que me había conocido Loredana.

—¿Y se ha desahogado contigo?

—No exactamente. Me ha dicho que lloraba de rabia y no de dolor, porque el marido de su mejor amiga le había impedido verla, y al preguntarle yo la causa me ha respondido que estaba celoso de su amistad. Y que él era el responsable de que su mujer estuviera en el hospital, por la paliza que le había dado.

—¿Te ha dicho por qué?

—Por celos también. Pero de otro hombre.

—¿Y para conseguir esa valiosa información has necesitado dos horas?

—No, he necesitado dos horas para conseguir quedar con ella mañana a las cuatro en su casa. Quiere hablar conmigo como abogado. Así que me he puesto a explicarle una causa que he ido inventando sobre la marcha.

—¿Qué causa?

—Una causa penal intrincada en la que me he presentado como un abogado sin escrúpulos.

—¿Y por qué has hecho eso?

—Porque me ha dado la impresión de que Valeria Bonifacio no buscaba precisamente un abogado honrado.

Acababa de llegar a Marinella y de abrir la cristalera del porche cuando Marian lo llamó.

—Hola, comisario mío, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Hoy ha sido un día de aburrimiento mortal.

—¿Por qué?

—Me lo he pasado esperando una llamada de Lariani.

—¿Y al final te ha llamado?

—Sí, se ha dignado llamar hacia las siete. Me ha dicho que ha encontrado lo que busco.

—Pero eso es una buena noticia...

—Espera, aún no he acabado... Ha añadido que el lienzo no está en Milán y que hasta dentro de tres días no podrá enseñármelo. Me ha hecho una proposición.

—¿Cuál?

—Pasar esos días con él en un chalet que tiene en Suiza. Y me ha convencido. Montalbano se quedó helado.

—¿Que has aceptado?

—No, tonto. Me ha convencido de que es una buena idea pasar esos días por ahí.

—No lo entiendo.

—Pues te lo explico. Mañana cojo un avión, voy a Vigàta, estoy dos días contigo y luego me vuelvo a Milán. ¿Qué te parece?

Al oír esas palabras, se sintió dividido: por un lado habría querido ponerse a dar saltos de alegría, y por otro se notaba bastante incómodo.

—Bueno, ¿no contestas?

—Verás, Livia, me encantaría, imagínate. Pero el caso es que estos días estoy muy ocupado. Solo podremos vernos por la noche, y además no puedo garantizarte...

Tuvo la impresión de que se había cortado la llamada.

—¡Hola...! ¡Hola...! —empezó a gritar.

Cuando se interrumpía la comunicación de ese modo, sentía como si le hubieran practicado una amputación de improviso.

—Sigo aquí, y sigo llamándome Marian —dijo ella con una frialdad casi glacial. Montalbano no entendió nada.

—¿Qué significa que sigues llamándote Marian?

—¡Como me has llamado Livia...!

—¿Yo?!

—¡Sí, tú!

Se sintió anonadado.

—Perdona... —Fue lo único que logró decir.

—¿Y tú crees que todo se resuelve pidiéndome perdón?

No supo qué responder.

—Está bien, no voy, tranquilo —dijo Marian.

—No quería decir que no vinieras, estaba explicándote que...

—Vale, vale, tema zanjado. Se me hace tarde, voy a cenar con una amiga, te llamo mañana. Buenas noches, comisario.

«Buenas noches, comisario», a secas, sin añadir el «mío» habitual.

Se le había pasado el hambre. Fue al porche a sentarse con la sola compañía del whisky y el tabaco.

Pero en cuanto se dejó caer tuvo que levantarse de nuevo, porque el teléfono se había puesto a sonar una vez más. Debía de ser Livia.

«Montalbà, recuerda bien este nombre: Livia. No vayas a meter la pata otra vez. Con una te basta y te sobra».

—¿Diga?

—Perdona por lo de antes, comisario. He sido una idiota...

—Yo...

—No, no digas nada, porque cuando hablas lo complicas... Quería volver a desearte buenas noches. Buenas noches, comisario mío. Hasta mañana.

Montalbano colgó, dio un paso y el teléfono sonó de nuevo.

—¿Sí?

—¿Cómo es que todas las noches encuentro la línea ocupada?

—¿Y tú por qué llamas siempre cuando la línea está ocupada?

—Pero ¿cómo demonios razones?

—Perdona, estoy cansado. Tengo dos investigaciones en curso que...

—Comprendo. Por una sucesión de circunstancias que sería un asunto largo de explicar, resulta que dispongo de tres días libres. ¿Qué te parece si voy a verte?

Se quedó de piedra, no se lo esperaba. Pero ¿cómo es que todas estaban tan ociosas?

—Podríamos aprovechar la ocasión para hablar con calma —prosiguió Livia.

—¿De qué?

—De nosotros dos.

—¿«De nosotros dos»? ¿Acaso tienes algo que decirme al respecto?

—No, yo no, pero noto, intuyo, que tú sí.

—Oye, Livia, debo advertirte de que durante el día estaré muy ocupado, no tengo un minuto libre. Solo podremos hablar por la noche. Pero seguro que no me encontraré en las condiciones ideales para...

—¿Para decirme que ya no me quieres?

—No, pero... ¿de qué hablas? Estaré cansado, nervioso...

—Comprendo. No gastes más saliva.

—¿Qué quieres decir?

—Que, como no quieres verme, no voy.

—¡Dios santo, Livia, no he dicho que no quiera verte! Solo quería ser sincero y advertirte de que no podré...

—... O querré...

Y así fue como empezó la trifulca. Duró un cuarto de hora, y Montalbano acabó con la camisa empapada de sudor.

Sin embargo, quizá fue una reacción a la pelea, pero le entró un hambre canina.

En el frigorífico encontró un plato de arroz con marisco, y en el horno, calamares cortados en aros y gambas fritas que solo había que calentar.

Encendió el horno y puso la mesa del porche.

Empezó a comer, tratando de mantener a la debida distancia los pensamientos relacionados tanto con Livia como con Marian. De otro modo se le pasaría el hambre de golpe. Decidió concentrarse en el intento que había hecho Sposito por quitarle de la cabeza que los tunecinos habían huido porque el hombre del pajar lo había reconocido.

Algún motivo tenía que haber.

¿Sposito se había hecho una idea de quién era ese hombre? ¿Sospechaba de quién podía tratarse?

¿Temía tal vez que, si su intuición llegaba a conocimiento de Montalbano, este reaccionara mal? Le dio muchas vueltas al asunto, pero no fue capaz de encontrar una respuesta.

Llegó un momento, sin embargo, en que no pudo seguir evitando pensar en su situación.

Una cosa era segura: Livia le había ofrecido la posibilidad de hablar cara a cara, y él se había echado atrás. Si Marian se enteraba de que se había negado a aclarar las cosas con Livia, sin duda le diría que era un cobarde.

Pero ¿por qué lo dominaba esa indecisión?

¿Acaso no había tenido en los últimos años otras historias con mujeres, sin sentirse tan incapaz como ahora de decidir qué era lo que quería? Aunque, bien pensado, eso no era exactamente así. De las aventuras anteriores, a Livia no le había dicho nada y santas pascuas.

¿Por qué sentía, entonces, que con su historia con Marian no podía hacer lo mismo?

¿Y, antes de hablar con Livia, no sería mejor que hablara seria y personalmente en persona consigo mismo, como diría Catarè?

Al ir a coger la botella para servirse un poco de whisky, empujó con el codo el cenicero, pero consiguió atraparlo al vuelo antes de que cayera al suelo y se hiciera

añicos. Era un cenicero de cristal que le había comprado Livia y que...

Justo en ese momento fue consciente de que jamás podría razonar consigo mismo en esa casa, donde la presencia de los muchos años vividos con Livia llegaba a todos los rincones.

En el cuarto de baño estaba su albornoz, en la mesilla de noche, sus zapatillas; dos cajones de la cómoda estaban llenos de ropa interior y camisetas suyas, medio armario estaba ocupado por sus vestidos...

El vaso en el que estaba bebiendo lo había comprado ella, y también los platos y los cubiertos... Y el sofá nuevo, las cortinas, las sábanas, el perchero, el felpudo de la puerta...

No, esa casa era Livia, y allí jamás conseguiría tomar una decisión libre.

Debía tomarse sin falta al menos veinticuatro horas de permiso y marcharse lejos de Marinella. Pero no era algo que pudiera hacer de inmediato. No podía dejar a medias las investigaciones que tenía entre manos.

Se fue a la cama.

Antes de dormirse, le vino a la mente un personaje que había estudiado en el colegio. Era un cónsul romano, o algo parecido, que se llamaba Quinto Fabio Máximo y cuyo sobrenombre era Cunctator, «el que retrasa».

Él lo ganaba por puntos.

Eran las siete de la mañana cuando lo despertó el teléfono.

—*Dottori*, pido *comprinsión* y *pardón*, dada la matutina hora de la mañana, pero Fazio me ha dicho que lo llame a pesar de la prontitud de la hora y que se prepare.

—¿Prepararme para qué?

—«Prepararse» quiere decir lavarse y vestirse.

—¿Por qué?

—Gallo va a pasar a buscarlo, dado que han *tilifoneado* porque hay un coche calcinado con un cadáver dentro.

Al cabo de media hora, estaba «preparado». Acababa de tomarse la última taza de café cuando llamaron a la puerta.

—¿Por qué te han mandado a ti? Bastaba con darme la dirección y habría ido yo en mi coche.

—*Dottore*, no habría conseguido llegar. Está donde Cristo perdió el zapato.

—¿Dónde es?

—En el barrio de Casuzza.

Montalbano se sintió un poco inquieto. ¿Sería posible que el sueño fuera a hacerse realidad?

Cuando llegaron, vio que el paisaje era idéntico, con la diferencia de que en lugar de un ataúd había un coche calcinado.

El campesino era distinto; mejor dicho, no era un campesino, sino un hombre de

unos treinta años, bien vestido y con pinta de espabilado. A su lado había un ciclomotor. Y en vez de Catarella estaba Fazio.

El aire apestaba a una mezcla de metal, plástico y carne humana asados.

—No se acerque demasiado, que todavía quema —le advirtió Fazio.

El cadáver se adivinaba en el asiento del copiloto: una cosa negra que parecía un gran pedazo de madera chamuscada.

—¿Has avisado al círculo ecuestre? —preguntó a Fazio.

—Ya está hecho.

En esta ocasión, la frase no irritó a Montalbano.

—¿Ha sido usted quien ha llamado? —le preguntó al chico.

—Sí, señor.

—Dígame su nombre.

—Salvatore Ingrassia.

—¿Y cómo ha...?

—Vivo en aquella casa de allí. —La señaló. Era la única en los alrededores—. Y como trabajo en la pescadería, para ir a la ciudad tengo que pasar forzosamente por aquí.

—¿A qué hora volvió a casa anoche?

—Serían como máximo las nueve.

—¿Vive solo?

—No, señor, con una chica.

—¿Y a esa hora, el coche no estaba?

—No, no estaba.

—¿Durante la noche oyó algo anormal? No sé... gritos, un disparo...

—La casa queda un poco lejos.

—Ya lo veo. Pero aquí, de noche, debe de haber un silencio sepulcral y el menor ruido...

—Sí... tiene razón. Hasta las once, puedo asegurarle que no se oyó nada.

—¿Y a las once se fue a dormir?

El chico se sonrojó.

—Digámoslo así.

—¿Cómo se llama su novia?

—Stella Urso.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Tres meses.

La pareja, enfrascada en otras ocupaciones, no habría oído ni el bombardeo de Montecassino.

—¿Cuándo crees que llegarán los del círculo? —le preguntó a Fazio.

—La Científica y el doctor Pasquano estarán aquí dentro de una hora o una hora y media como mucho. Pero dudo que el fiscal Tommaseo consiga llegar por sí solo.

Era cosa sabida que, al volante de un coche, una foca o un canguro serían mucho

más hábiles que el *dottor* Tommaseo. El fiscal siempre chocaba contra un poste o un árbol cuando se desplazaba al lugar de los hechos.

¿Qué podía hacer mientras esperaba? Ingrassia debió de darse cuenta de lo que le pasaba por la cabeza.

—Si quiere venir a mi casa a tomar un café...

—De acuerdo, gracias —contestó el comisario—. Deje aquí el ciclomotor, iremos con el coche oficial.

De camino a la casa, Montalbano le preguntó al chico:

—¿Le ha contado a su novia lo que ha descubierto?

—Sí, la llamé después de telefonarlos a ustedes. Quería venir a pie para verlo, pero le dije que mejor que no.

—Ven a buscarnos en cuanto llegue alguien —ordenó Montalbano a Gallo cuando paró delante de la vivienda.

El interior de la casa estaba limpiísimo y en perfecto orden. Stella era una chica guapa y simpática.

Cuando volvió con el café, el comisario le hizo la misma pregunta que a Salvatore.

—¿Por casualidad oyó anoche gritos, disparos...?

Se esperaba un «no» inmediato, pero Stella, en cambio, se quedó pensativa.

—Oí... una cosa.

—¿Y cómo es que yo no la oí? —preguntó el chico.

—Porque tú te dormiste enseguida después de... —Se interrumpió, ruborizándose.

—Continúe, es importante —la incitó Montalbano.

—Me levanté y fui al baño. Fue entonces cuando oí... un golpe.

—¿Qué golpe?

—Como si a lo lejos el viento hubiera dado un portazo.

—¿Un golpe seco?

—Sí.

—¿Podría haber sido un disparo?

—No entiendo de disparos.

—¿Sabría decirme, aunque sea aproximadamente, qué hora era?

—Puedo decírselo con exactitud, porque antes de ir al baño pasé por la cocina para beber un poco de agua y miré el reloj. Era la una y cinco.

Hablaron de las dificultades que tenía Stella para encontrar trabajo y de que, hasta que lo hallara, no podrían permitirse ni casarse y ni tener hijos.

Luego Gallo fue a buscarlo. Habían llegado los de la Científica y el doctor Pasquano; de Tommaseo, en cambio, no se tenían noticias.

Por suerte, el jefe de la Científica, con quien el comisario no hacía muy buenas migas, había enviado en su lugar al subjefe, Mannarino. Montalbano miró a los de la Científica, que, vestidos como para desembarcar en la luna, trabajaban alrededor de la

carcasa.

—Demasiado pronto para haber encontrado algo, ¿no?

—Y aun así, algo hemos encontrado —dijo Mannarino.

—¿Puedes decírmelo?

—Sí, claro. Un casquillo. Estaba en el suelo de la parte posterior. Disculpa.

Y volvió con sus hombres.

Fazio lo había oído también. El comisario y él se miraron, pero no dijeron nada. Montalbano se acercó al coche donde se encontraba el doctor Pasquano fumando, nervioso. Cuando estaba así, lo mejor era mantenerse alejado de él, pero el comisario no hizo ni caso.

—Buenos días, doctor.

—¡Qué buenos días ni qué leches!

Empezaba bien la cosa.

—¿Qué pasa? ¿Perdió anoche al póquer?

Pasquano era un jugador empedernido, pero la fortuna casi nunca se ponía de su parte.

—No, anoche me fue bien, pero me toca las pelotas tener que esperar a que al fiscal le venga en gana aparecer por aquí.

—Pero *Tomaseo* sería puntual si no se equivocara de camino o no se estrellara contra algo. De hecho, deberíamos compadecerlo.

—Pues no sé por qué. Yo puedo compadecerme de usted, que está al borde de la demencia senil, pero no de alguien todavía joven.

—¿Y por qué estoy yo al borde de la demencia senil?

—Porque presenta los síntomas. ¿No se ha dado cuenta, por ejemplo, de cómo acaba de llamar ahora mismo a *Tomaseo*?

—No.

—*Tomaseo*. Confundir los nombres es precisamente uno de los primeros síntomas.

Montalbano se alarmó. A que iba a resultar que Pasquano tenía razón... ¿No había llamado Livia a Marian?

—Pero no se preocupe... Por lo general, el proceso es largo. Aún tiene tiempo de hacer un montón de gilipolleces.

Teniendo en cuenta que, media hora más tarde, de Tommaseo no había ni rastro; teniendo en cuenta que se le había acabado el tabaco, y teniendo en cuenta, por último, que no sabía qué hacer, a Montalbano se le ocurrió la feliz idea de pedirle a Gallo que lo llevara a la comisaría.

Total, en su caso, quedarse allí era perder el tiempo. Su presencia era absolutamente innecesaria.

Eso sí, no tuvo valor para despedirse de Pasquano, quien, ya fuera del coche, daba cuatro pasos en una dirección y cuatro en la contraria sin parar, deprisa, como un oso enjaulado.

Una vez en la comisaría, como no tenía nada que hacer, se puso a firmar un papel tras otro. No se acababan nunca.

Fazio llegó casi a la una.

—¿Tienes algo que contarme?

—*Dottore*, como ha podido ver, antes de prender fuego al coche quitaron las placas de la matrícula. Pero Mannarino ha conseguido leer el número del chasis. Espero una respuesta de un momento a otro para saber de qué vehículo se trataba y quién era su último propietario. Aunque es posible que sea un coche robado expresamente para el caso.

—¿Han encontrado más casquillos?

—No, señor, solo aquel. Pero Mannarino ha dicho que había huellas de otro vehículo.

—Normal. Si no, ¿cómo iban a salir de allí? ¿A pie? Por lo visto, en ese segundo coche llevaban también los bidones de gasolina para prender fuego al primero. Y, una vez vaciados, se los llevaron. Supongo que para no dejar huellas dactilares. ¿Y Pasquano? ¿Ha dicho algo?

—Que la identificación será difícil, dado el estado del cadáver. De todas formas, a primera vista le ha parecido que el hombre murió como consecuencia de un solo disparo en la nuca, y que tenía las muñecas y los tobillos atados con alambre.

—En resumen, métodos de la mafia.

—Eso parece.

—¿A ti te convence?

—No lo sé... —El móvil de Fazio sonó—. Perdona... —dijo, acercándose el aparato a la oreja—. ¿Diga? —Y se quedó escuchando en silencio—. Gracias. —Colgó y miró al comisario haciendo una mueca—. Me han dado el nombre del propietario del coche.

—¿Quién es?

—Carmelo Savastano.

Montalbano no tardó ni un segundo en digerir la noticia. No era una novedad que

complicara las cosas, quizá incluso las hacía más fáciles.

—Pero ¿Savastano qué tiene que ver con la mafia?

—No lo sé —repitió Fazio.

—De todas formas, eso no significa forzosamente que sea su cadáver.

—No, señor, no significa forzosamente eso.

—¿Savastano tiene familia?

—Sí, señor, su padre, que se llama Giovanni. Pero están peleados y llevan años sin hablarse.

—Deberías ir ahora mismo a su casa. Averiguar si su hijo se rompió en el pasado una pierna o algo así, en fin, si hay algo que pueda ayudarnos con la identificación.

—Voy enseguida —contestó, pero no se movió y adoptó una expresión de duda.

—¿Qué pasa?

—Pasa que, si resulta que es Savastano, debo decirle una cosa de la que me he enterado.

—Pues dímelas.

—¿Se acuerda del chico de esta mañana? El que ha encontrado el coche calcinado.

—Sí, Salvatore Ingrassia.

—Fue con él con quien Savastano tuvo la pelea en la pescadería, por la que los carabinieri se lo llevaron al calabozo.

—¿Y a ti Ingrassia te parece un tipo capaz de hacer una cosa así?

—No, señor. Pero debía decírselo.

Después de comer, Montalbano dio su acostumbrado paseo por el muelle. El cangrejo no estaba y no había enviado un sustituto.

Empezó a pensar.

Si el cadáver era el de Savastano, ponía la mano en el fuego por que Ingrassia no tenía nada que ver con el homicidio. No habría sido tan idiota de matarlo y dejar el cadáver a unos cientos de metros de su casa.

Quien lo había matado, o no sabía nada de la pelea, y en ese caso se trataba de una casualidad, o lo sabía todo y había cometido intencionadamente el homicidio cerca de la vivienda de Ingrassia para despistar a los investigadores.

Savastano no era un mafioso, solo un pequeño delincuente. Entonces, ¿por qué habían utilizado métodos de la mafia?

Para eso había también dos respuestas: o bien Savastano le había hecho un desplante a algún mafioso, o bien la metodología tenía la finalidad de dirigir la investigación en una dirección equivocada.

Supongamos por un momento que a Savastano lo hubieran encontrado muerto en el suelo, en una calle cualquiera, por disparos en la cabeza o en el pecho, en pocas palabras, sin una escenografía mafiosa, ¿de quién habría sospechado de inmediato?

De Di Marta, por supuesto. El único que tenía un verdadero móvil, si había entendido bien todo el asunto del atraco y la violación.

Cuando regresó a la comisaría, Fazio estaba esperándolo.

—El padre de Savastano no ha sabido decirme nada. Llevan tiempo sin hablarse. Es un pobre hombre de bien a quien, por desgracia, le ha salido un hijo delincuente. Pero he encontrado otro hilo del que tirar.

¡Cómo no iba a encontrarlo! ¡Menudo perro sabueso estaba hecho!

—¿Cuál? —preguntó el comisario.

—Mirando entre nuestros papeles, he descubierto que una chica que vivía con él, llamada Luigina Castro, lo denunció hace tiempo por malos tratos.

—Pero ¿no estaba con Loredana?

—Sí, señor, pero cuando Loredana y él rompieron porque ella iba a casarse con Di Marta, Savastano...

—Comprendo. Continúa.

—Cuando apenas llevaban dos meses viviendo juntos, Luigina lo denunció, pero luego retiró la denuncia.

—¿Tienes su dirección?

—Lo tengo todo.

—Ve ya mismo a verla.

Fazio se levantó y salió, e inmediatamente después entró Augello. Montalbano lo miró un poco sorprendido.

—Pero ¿tú no tenías que estar a las cuatro en casa de Valeria Bonifacio?

—Me ha llamado para posponer la cita para esta noche. Me ha invitado a cenar. La cosa se pone interesante.

—¿Te has enterado de lo del coche calcinado?

—Sí.

—Al parecer, pertenecía a Carmelo Savastano, el ex novio de Loredana.

—¿Y es su cadáver?

—Todavía no lo sabemos. —El comisario hizo una pausa, tras la cual le preguntó a Mimì—: Si se confirmara que se trata de Savastano, ¿de quién sospecharías en primer lugar?

—De Di Marta. Es posible que Loredana, a fuerza de golpes, le haya dicho su nombre.

—No hemos hablado con calma del episodio del atraco, y quisiera saber qué piensas tú al respecto.

—En mi opinión, Savastano siguió siendo el amante de Loredana después de su boda con Di Marta. Esa noche, cuando se enteró, quizá por la propia Loredana, de que su marido le había dado dieciséis mil euros, se puso de acuerdo con ella porque necesitaba dinero. Se encontraron, Loredana le dio la pasta y después hicieron el amor de forma violenta para que pareciera una violación.

—¿Y cuál fue, según tú, el papel de Valeria?

—Cubrir a Loredana, quien sospecho que esa noche fue a casa de su amiga, pero se marchó enseguida para reunirse con Savastano. Ahora le preocupa que tú, si descubres la verdad, tengas pruebas de su complicidad. Estoy convencido de que esa es la razón por la que necesita un abogado sin escrúpulos como yo.

En líneas generales, el comisario pensaba lo mismo que Mimì. Pero sobre algunos detalles, y no menores, tenía una opinión completamente distinta.

Hacia las seis regresó Fazio.

—Traigo noticias. La chica, que dejó a Savastano después de denunciarlo, me ha dicho que le faltaban dos dedos del pie izquierdo, que tuvieron que cortárselos hace tiempo porque le cayó encima una caja de hierro y se los aplastó.

—Perfecto. ¡Muy bien, Fazio!

Montalbano no tardó ni un minuto en llamar al doctor Pasquano. Puso el manos libres.

—Doctor, disculpe la molestia, pero...

—La molestia que usted me ocasiona es tanta y de tal envergadura que no hay disculpa que pueda aliviarla.

—Pero ¡qué lenguaje tan elevado emplea cuando se lo propone!

—Gracias. Es usted quien me produce este efecto. El lenguaje elevado me sale instintivamente para poner distancia entre nosotros dos. Intuyo que quiere saber algo sobre el cadáver calcinado, ¿no es así?

—Si me considera digno de tal trato...

—Usted es incapaz de imitar mi lenguaje elevado. Bien pensado, de eso y de cualquier otra cosa. Confirmando lo que le he dicho a Fazio: un solo disparo en la nuca, y tobillos y muñecas atados con alambre. Una ejecución propia de la mafia.

—¿Nada que pueda llevar a una identificación?

—Sí. Dos dedos...

—... Del pie izquierdo amputados —concluyó Montalbano.

Por un momento, Pasquano se quedó sin habla.

—Pero, si ya lo sabía, ¿por qué recontracono tiene que tocarme los cojones? —estalló por fin.

Montalbano colgó y marcó otro número.

—¿Dottor Tommaseo? Me urge hablar con usted. ¿Puedo ir a verlo dentro de media hora? ¿Sí? Gracias.

—¿Qué quiere de Tommaseo? —preguntó Fazio.

—Una autorización para intervenir los teléfonos de Valeria Bonifacio y Di Marta. ¿Tenemos todos los números?

—Sí, señor. También los de los móviles.

—Dámelos, y las direcciones. Luego ve enseguida a darle la mala noticia al pobre padre de Savastano.

Pensaba que tendría que bregar bastante con la Fiscalía antes de obtener permiso para la intervención telefónica, pero en cuanto Tommaseo oyó que había de por medio dos mujeres jóvenes y guapas, y ante la idea de verlas tarde o temprano frente a él, cedió enseguida.

Los ojos le hicieron chiribitas, se relamió los labios. Quiso saber punto por punto cómo se había desarrollado la violación fingida de Loredana.

El comisario, para ganárselo rápidamente, se inventó detalles dignos de una película porno.

A Tommaseo no se le conocía ninguna relación con una mujer; quizá se desfogaba así, interrogándolas.

Con la autorización del fiscal en el bolsillo, se dirigió a la Jefatura Superior y bajó al sótano, donde hacían las intervenciones telefónicas. Tardó un cuarto de hora en pasar todos los controles de acceso e invirtió más de una en asegurarse de que todo el mecanismo se pondría en marcha lo antes posible.

Mientras salía de la Jefatura, se le ocurrió algo para demostrar que el asesinato de Savastano no estaba relacionado con la mafia.

Estuvo cinco minutos paseando y examinando desde todos los ángulos el plan que pensaba llevar a cabo.

Finalmente, se convenció de que aquel movimiento era el correcto y, sobre todo, de que era el único que estaba en su mano efectuar.

Montó en el coche y se dirigió a la sede de Retelibera, la televisión local que dirigía un muy buen amigo suyo, Nicolò Zito. Eran casi las nueve.

—¡*Dottor* Montalbano, qué placer volver a verlo! —exclamó la secretaria—. ¿Viene por Nicolò?

—Sí.

—En este momento está acabando la emisión del telediario. Puede esperarlo en su despacho.

Zito se presentó al cabo de cinco minutos. Se abrazaron, Montalbano le preguntó por la familia, y finalmente dijo:

—Necesito tu ayuda.

—A tu disposición.

—¿Habéis dado ya la noticia del cadáver que ha aparecido dentro del coche calcinado?

—Desde luego. Esta mañana he ido personalmente a hacer el reportaje, pero tú no estabas, ya te habías ido. No he podido entrar en detalles porque nadie ha querido contarme nada.

—¿Quieres una entrevista en exclusiva?

—¡Ya lo creo!

—Entonces, hagámosla ya. ¿Puedes emitirla en el próximo telediario?

—Por supuesto.

—Pero antes tenemos que acordar algunas preguntas.

—Comisario Montalbano, gracias por haber aceptado responder a nuestras preguntas. ¿Qué puede decirnos acerca de ese crimen atroz que ha causado tanta impresión entre la gente?

—Puedo darles el nombre de la víctima. Era un joven de Vigàta, Carmelo Savastano.

—¿Tenía antecedentes?

—Sí, pero por delitos menores: apropiación indebida, resistencia a la fuerza pública...

—¿Cómo lo han asesinado?

—Lo secuestraron, muy probablemente mientras volvía a casa, y lo llevaron al lugar de la ejecución en su propio coche, conducido por uno de los asesinos. Savastano tenía las muñecas y los tobillos atados con alambre, y estaba en el asiento del copiloto. Recibió un solo disparo en la nuca. Luego prendieron fuego al vehículo.

—A primera vista, todo indica que se trata de una ejecución propia de la mafia.

—Yo diría que sí. De hecho, voy a dirigir las investigaciones en esa dirección.

—¿Les constaba que Savastano fuera un peón de la mafia?

—No se lo tome a mal, pero permítame que no responda a esa pregunta.

—¿Podrían haberlo matado por haber cometido algún error o haber desobedecido una orden?

—No lo creo.

—¿Puede explicarse mejor?

—Espero que no sea el primero de una serie de homicidios que reabra la guerra entre familias, como la que ensangrentó nuestra tierra hace unas décadas. Por eso actuaré con todos los medios a mi alcance para reprimirla en sus inicios. Y si es necesario, pediré un aumento extraordinario de plantilla.

Había echado el anzuelo con un buen cebo. Estaba seguro de que algún pez picaría.

Cuando llegó a Marinella, eran las diez y media. Demasiado tarde, seguro que Marian ya lo había llamado.

El hambre que tenía no le permitió siquiera poner la mesa en el porche. Mientras calentaba en el horno unos salmonetes agridulces, buscó en el frigorífico y encontró pasta con alubias, que se comió allí mismo, de pie en la cocina.

Cuando los salmonetes estuvieron calientes, los sacó y los puso en un plato. Luego fue a sentarse en el sillón que estaba frente al televisor, justo a tiempo para ver su entrevista. Volverían a emitirla en el telediario de las doce, tal como le había prometido Zito.

Terminó de cenar, se levantó y salió al porche a fumar. Pero menos de media hora

más tarde volvió a sentarse frente al televisor. A las once y media daban el telediario de Televigàta, la competencia de Retelibera, y quería ver si hacían algún comentario sobre la entrevista.

La locutora que daba las noticias no dijo nada sobre el asunto. Sin embargo, cuando se disponía a despedirse de los telespectadores, en la pantalla apareció una mano con una nota.

La locutora la leyó:

—Acabamos de recibir la noticia de que, en los campos de Raccadali, se ha producido un tiroteo entre la policía y tres inmigrantes que posiblemente hayan logrado escapar al cerco. La policía no lo ha confirmado ni desmentido. Es evidente que se trata de tres inmigrantes vinculados a grupos de la delincuencia local. Parece ser que uno de ellos ha resultado herido. Y esto es todo de momento. Si tenemos más detalles, se los daremos en el telediario de las doce y media.

Montalbano pensó enseguida en Alkaf, Mohamed y el tercer hombre, el que estaba escondido en el pajar.

¿Los dos tunecinos enfrentándose a tiros con la policía? ¿Cómo era posible, si se trataba de ellos, que hubieran llegado a ese extremo?

A las doce sintonizó Retelibera, que volvió a emitir su entrevista. En cuanto a la noticia del enfrentamiento armado, Zito precisó que solo uno de los tres inmigrantes llevaba una metralleta y que había sido él quien había empezado a disparar contra la policía.

La cosa cuadraba un poco más. Alkaf y Mohamed no le habían parecido hombres capaces de disparar, pero el tipo del cobertizo podía estar perfectamente dispuesto a matar.

Fue a acostarse de mala gana, aunque llevó el teléfono a la mesilla de noche por si acaso.

¿Por qué no llamaba Marian?

Se puso a leer, pero se distraía pensando en ella. Tenía que leer dos veces la misma página porque no se enteraba de nada. Al cabo de media hora se cansó, apagó la luz, cerró los ojos e intentó conciliar el sueño.

¿Por qué no llamaba Marian?

¿Y por qué, si se había prometido más de una vez hacerlo, no había llegado a pedirle su número de móvil?

¿Y por qué a ella no se le había ocurrido dárselo?

¿Y por qué...?

¿Y por qué dos más dos no son tres?

La llamada lo despertó tan repentina y bruscamente que, en la oscuridad, no consiguió coger bien el auricular y se le cayó al suelo.

Encendió la luz. Eran las seis de la mañana.

—¿Diga?

—¿El *dottor* Montalbano?

Voz masculina que no reconoció. Estuvo tentado de responder que se equivocaba. Solo quería oír la voz de Marian. Pero enseguida se dio cuenta de que no podía escabullirse.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy el señor Guttadauro, abogado.

De pronto, su cerebro empezó a funcionar con total lucidez.

Guttadauro, hombre melifluo, cortés y peligroso como una serpiente, era el abogado de los Cuffaro, una familia mafiosa. Prácticamente era su portavoz.

El pez había picado el anzuelo. Decidió dejarlo enganchado un poco más. Nunca hay que mostrarse demasiado interesado.

—Señor Guttadauro, disculpe, pero ¿podría volver a llamar dentro de unos diez minutos?

—¡Por supuesto!

El comisario fue a la cocina, preparó café y luego se dirigió al baño, se lavó la cara, volvió a la cocina, se bebió una taza de café y encendió un cigarrillo.

El teléfono sonó.

Lo dejó sonar. Levantó el auricular al décimo tono.

—Dígame, señor Guttadauro.

—Antes de nada, le ruego encarecidamente que acepte mis disculpas por la hora. Sin duda lo he despertado, arrancándolo de los brazos de Morfeo...

—¿Y qué le hace estar tan seguro de que estaba abrazado a Morfeo? —replicó el comisario.

El abogado temió que Montalbano, que tal vez no sabía quién era Morfeo, lo hubiera malinterpretado y se hubiera ofendido por la insinuación.

—No pretendía ni mucho menos... Sin duda usted sabe que Morfeo era el dios del sueño, no un ser humano de carne y hueso.

—Exacto, señor Guttadauro. ¿Quién le dice a usted que estaba durmiendo?

—Mejor así, entonces. Estoy en Punta Raisi y en breve subiré al avión.

—¿Adónde va?

—A Roma. Asuntos rutinarios...

Que sin duda consistían en hablar con algunos honorables parlamentarios complacientes, o con algún alto funcionario que se ocupaba de contratas públicas, conversaciones en las que Guttadauro alternaría promesas y amenazas.

—... Por eso —continuó el abogado—, si no lo llamaba ahora, no podría haberlo hecho hasta pasadas las ocho, y he pensado que entonces quizá ya no lo encontraría en casa. De modo que...

—Podría haberme llamado a la oficina.

—No sé si habría sido oportuno molestarlo en la comisaría. Está usted siempre tan ocupado...

—De acuerdo, le escucho.

—Quería decirle que anoche tuvimos el placer de verlo en televisión y nos quedamos todos maravillados. Parece que está usted muy en forma...

—Gracias.

«Que os den a ti y a los Cuffaro», añadió mentalmente.

—Que Dios le conserve mucho tiempo esa espléndida salud y esa prodigiosa inteligencia que tiene —prosiguió Guttadauro.

—Gracias —repitió Montalbano.

Había que tener paciencia con esa gente que acostumbraba a hablar andándose por las ramas, de forma retorcida como el rabo de un cerdo, nunca explícita. Pero antes o después llegaría al meollo de la cuestión.

—Anoche —continuó el abogado—, estaba con nosotros un viejo campesino que ha trabajado toda la vida para los Cuffaro, de vez en cuando lo invitamos porque nos entretiene mucho contándonos unas historias muy divertidas. ¡Ah, la antigua sociedad campesina ya desaparecida! ¡Esta globalización nos está haciendo perder nuestras sanas raíces!

Montalbano comprendió el juego.

—¿Sabe qué? Me pica la curiosidad. ¿Podría entretenerme usted a mí contándome una de esas historias?

—¡Pues claro, con mucho gusto! A ver... Sí, voy a contarle la de un cazador de leones al que un día sus compañeros de cacería le gastaron una broma. Los amigos habían visto cómo un indígena había matado a un asno y lo había cubierto con la piel de un león. De modo que lo compraron y lo escondieron entre los árboles. El cazador lo vio y, por supuesto, no dudó en dispararle. Luego se hizo fotografiar con el león que creía haber matado. Así que todo el mundo pensó que había sido él quien había matado al león. Sin embargo, no solo no había sido él, sino que el león ni siquiera era un león, sino un asno.

—Muy divertido, es cierto.

—Ya se lo decía yo... ¡No se imagina cuántas historietas de este tipo se sabe nuestro viejo campesino!

—Bien, señor Guttadauro, ahora dígame lo que...

—Lo siento, *dottor* Montalbano, pero justo en este momento han anunciado mi vuelo. Que siga usted bien y hasta pronto.

Montalbano sonrió, satisfecho. La entrevista en Retelibera había resultado ser una buena idea.

Habían tenido que cavilar mucho para inventarse esa historia del león. Quizá era un poco enrevesada, pero conseguía expresar la idea.

Estaba claro que, al hablar de «compañeros de cacería», Guttadauro se refería no solo a los Cuffaro, sino también a los Sinagra, la familia mafiosa rival. Sin duda habían estado intercambiando pareceres sin perder tiempo, consultándose mutuamente si tenían algo que ver con aquello.

La esencia del asunto era que la mafia no había intervenido para nada, que Savastano no era uno de ellos («un asno», había dicho el abogado) y que, por tanto, lo había matado alguien que no pertenecía a la mafia («un indígena», había especificado Guttadauro). De modo que su intuición no le había fallado. Esa llamada confirmaba sus sospechas: alguien había querido presentar ese crimen como cosa de la mafia, cuando en realidad no lo era.

Desde luego, aquella llamada no se la habían hecho como un favor personal, sino simplemente porque sus declaraciones acerca de una posible investigación sistemática los habían alarmado y querían que los dejara en paz.

El asesino de Savastano era, por tanto, un indígena. Traducción del lenguaje cifrado de Guttadauro: «un vigatés que no pertenecía a la mafia».

El comisario llamó a Fazio.

—¿Qué pasa, *dottore*?

Le contó la llamada del abogado.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Fazio.

—A las once quiero a Salvatore di Marta en la comisaría.

—¿Por qué tan tarde? ¿Tiene algo que hacer antes?

—Yo no, tú.

—¿Qué tengo que hacer yo?

—Quiero saberlo todo del tal Di Marta.

—Si es por eso, ya está hecho.

«Un día de estos lo mato», pensó el comisario.

—Entonces que venga a las nueve y media —se limitó a decir—. A las nueve nos vemos nosotros dos y hablamos antes.

Estuvo hasta las ocho y media dando tumbos por casa con la esperanza de que Marian lo llamara.

Pero ¿qué demonios podía haberle pasado? No conseguía explicarse ese silencio.

Incluso pensó en buscar en la guía telefónica el número de la mina de sal del hermano de Marian y llamarlo con una excusa cualquiera para que le diera su teléfono. Pero al final se echó atrás.

Era mejor esperar, pero ella no daba señales de vida. Y cuantos más minutos pasaban, más cuenta se daba de la necesidad que tenía de oír su voz. Esperó tanto que acabó llegando a la oficina a las nueve y veinticinco.

—¿Di Marta paga la cuota a la mafia?

—Sí, *dottore*.

—¿A quién se la paga?

—La calle en la que está el supermercado se encuentra en la zona que controlan los Cuffaro.

—¿Quién es el encargado de cobrar?

—Un tal Ninì Gengo.

—¿Sería posible que Di Marta se hubiera conchabado con él?

Fazio torció el gesto.

—Ninì Gengo no es de los que matan. Es una sanguijuela que cuenta hasta que los Cuffaro decidan que deje de contar.

—Tal vez Di Marta le preguntó a Gengo si conocía a la persona adecuada...

—Es posible. Pero, actuando así, Di Marta acabaría poniéndose en manos de demasiadas personas.

—Es verdad.

—Y además, si Guttadauro ha llamado expresamente a su casa para decirle que ellos no tienen nada que ver...

—Ya, pero ¿podemos fiarnos de la palabra de un abogado cuya única ocupación es servir a los Cuffaro?

Fazio se encogió de hombros. Sonó el teléfono.

—*Dottori*, está *in situ* ese señor que usía dice que es de Marta.

—Que pase.

Di Marta se hallaba en tal estado de nerviosismo que no conseguía permanecer quieto un momento. Cambiaba todo el rato de postura en la silla y movía las manos sin parar, primero se tocaba la punta de la nariz, luego la raya de los pantalones o la corbata... Además, no dejaba de sudar.

—Estoy en apuros, ¿verdad?

Lo había comprendido él solo. Perfecto, así se ahorra un montón de tiempo.

—Desde luego, no se encuentra en una posición favorable.

Los hombros de Di Marta se curvaron como si alguien hubiera puesto sobre ellos una carga pesadísima. El hombre dejó escapar un suspiro tan largo que Montalbano temió que le estallaran los pulmones.

—Señor Di Marta, le ruego que trate de serenarse. Quiero que responda con sinceridad a mis preguntas. Créame, la sinceridad puede serle de gran ayuda. Tenga en cuenta, además, que esta conversación es... cómo le diría... privada, ni siquiera el aquí presente sargento Fazio levantará acta de ella. ¿He sido claro? No estoy autorizado a tomar ninguna decisión. De otro modo, le habría hecho venir acompañado de su abogado.

Otro largo suspiro.

—De acuerdo.

—Dígame, por favor, ¿dónde estaba anteayer a partir de las diez de la noche?

—¿Dónde iba a estar? En casa.

—¿Había alguien con usted?

—No. Loredana sigue ingresada en el hospital, parece ser que le darán el alta mañana.

—Dígame qué hizo desde primera hora de la tarde.

—Estuve en el supermercado hasta la hora de cerrar, luego...

—Un momento. Mientras estaba en el supermercado, ¿recibió en su despacho alguna visita?

—Sí. A un representante de detergentes y a la señora Molfetta, que paga la cuenta que tiene con nosotros a plazos.

—¿A nadie más?

—A nadie más.

—Continúe.

—Después del cierre, cuando ya estaba solo, hice algunas cuentas, fui a ingresar el dinero al cajero de la calle Crispi y me marché a casa.

—¿Qué hora sería?

—Las nueve y media.

—¿No cenó?

—Sí, por la mañana la asistenta me había preparado algo para la noche.

—¿Qué?

—No comprendo.

—¿Qué le había preparado?

Di Marta lo miró, perplejo.

—No... no me acuerdo, la verdad.

—¿Cómo es eso?

—Tenía la cabeza en otra parte.

—¿Y qué hizo después de cenar?

—Me puse a ver la televisión. A las doce estaba en la cama.

Por lo tanto, no tenía a nadie que pudiera declarar que había pasado toda la noche en casa. Y eso era un punto a su favor. No tenía lo que se llama «una coartada comprobable».

—¿Por qué le pegó a su mujer?

La pregunta, hecha a traición, provocó que Di Marta se removiera en la silla. Pero no la contestó.

Montalbano decidió poner a trabajar un poco la imaginación.

—Sabemos que su esposa ha dicho a los médicos que se cayó por la escalera. Está claro que ha querido evitarle una denuncia. Sin embargo, los médicos no la han creído, no han considerado que las heridas sean compatibles con una caída. De modo que han presentado una denuncia. La tengo aquí, en el cajón, ¿quiere verla?

—No.

Había caído en la trampa.

—¿Le pegó usted?

—Sí.

—¿Por qué?

—Después de enterarme de que la habían violado, cuando llegamos a casa, le pregunté por qué no me lo había dicho. Sus respuestas no me convencieron. Incluso llegué a pensar que conocía al atacante y que ella quería, en cierto modo, encubrirlo. Entonces me cegué y empecé a pegarle.

—Así pues, ¿fue solo por rabia?

—Sí.

A Montalbano se le ensombreció el semblante.

—Señor Di Marta, le he aconsejado, por su propio interés, que sea sincero.

—Pero ¡si he sido...!

—No, no lo ha sido. Usted quería que su mujer le dijera el nombre del atacante que supuestamente la había violado, por eso le pegó.

Di Marta se quedó callado. Después pareció tomar una decisión, porque respondió, resuelto:

—Sí.

Montalbano comprendió que, a partir de ese momento, Di Marta colaboraría todo lo que pudiera.

—¿Le dijo el nombre?

—Sí.

—Dígamelo a mí.

—Carmelo Savastano.

—¿Cómo reaccionó?

—Me... eché a llorar. Luego... me di cuenta de lo que había hecho y llevé a Loredana al hospital.

—¿Pensó en vengarse de Savastano?

—Quería matarlo. Y lo habría hecho si alguien no lo hubiera matado antes que yo.

—¿Cómo quería matarlo?

—Disparándole en cuanto diera con él. Desde que Loredana me dijo su nombre, voy a todas partes armado.

Montalbano y Fazio cruzaron una rápida mirada. Fazio se levantó.

—¿Lleva el arma encima?

—Desde luego.

—Levántese despacio con las manos en alto —ordenó el comisario.

Antes de que Di Marta acabara de levantarse, Fazio lo agarró por detrás y le sacó la pistola del bolsillo posterior de los pantalones. El sargento extrajo el cargador del arma.

—Falta una bala. —Se acercó la boca del cañón a la nariz e inspiró—. ¿Ha disparado hace poco? —preguntó.

—Sí —admitió Di Marta—. Como tenía la pistola en el cajón de la mesilla de noche y no la había utilizado nunca, quise probarla para asegurarme de que funcionaba. Ni siquiera la había sacado de la caja...

—¿Cuándo la probó? —preguntó Montalbano.

—La otra noche, en el aparcamiento que está en la parte de atrás del supermercado, cuando todos se habían ido.

—Intente ser más preciso. ¿La misma noche que Savastano fue asesinado?

—Sí.

—¿Tiene permiso de armas?

—Sí.

—Puede volver a sentarse.

Lo curioso era que, a medida que avanzaba el interrogatorio, Di Marta estaba cada vez menos nervioso.

—Retrocedamos un poco en el tiempo. ¿Se siente capaz?

—Lo intentaré.

—Cuando se enamoró de Loredana, ¿ella era empleada suya? ¿Trabajaba como dependienta en su supermercado?

—Sí.

—Nos consta que en esa época era novia de Carmelo Savastano. ¿Lo sabía usted también?

—Sí. Me lo dijo Loredana cuando conseguí... cuando empezamos a intimar. Pero ya no se llevaban muy bien.

—¿Por qué?

—Savastano la maltrataba. Ella venía a desahogarse, a llorar a mi despacho. Le contaré algunos episodios: un día, Savastano escupió en el plato en el que ella estaba comiendo y la obligó a seguir comiéndoselo; en otra ocasión intentó que se prostituyera con uno al que le debía dinero. Y como Loredana se negó, le cortó la ropa con unas tijeras. Ella estaba decidida a dejarlo, pero él la chantajeaba.

—¿Cómo?

—Amenazándola con difundir fotos tuyas comprometedoras. Incluso tenía una especie de películita que habían grabado al principio de ser novios.

—Comprendo. ¿Y ella qué hizo?

—Me convenció para que me encontrara con Savastano.

—¿No tuvo miedo de que al verse a solas con un tipo como él...?

—Claro que tuve miedo. Pero Loredana ya lo era todo para mí.

—¿Fue armado?

—No. Ni siquiera se me ocurrió.

—¿Qué le dijo?

—Fui directo al grano, quería estar el menor tiempo posible con él. Le pregunté cuánto quería por dejar a Loredana y darme el material fotográfico. Sabía que necesitaba dinero porque frecuentaba timbas clandestinas, con bastante poca fortuna.

—¿Dónde se vieron?

—Él me propuso que nos encontráramos en su casa, pero yo le dije que no, que debía ser al aire libre. Quedamos en el muelle.

—¿Aceptó su oferta?

—Sí, después de un breve tira y afloja.

—¿Cuánto le pagó?

—Doscientos mil en efectivo, cien en el momento de la entrega del material y cien la víspera de mi boda con Loredana.

—¿Por qué esperar hasta la víspera de la boda?

—Para tener la seguridad de que durante ese período no importunaría a Loredana. Ella, mientras tanto, se iría a vivir con sus padres. Si a Savastano se le ocurría volver a las andadas, perdería la mitad de la suma pactada, no le convenía. Le dije que, después de la boda, ya me encargaría yo de defender a Loredana.

—¿Cumplieron lo acordado?

—Sí.

—¿Conserva ese material que Savastano le entregó?

—Lo destruí.

—Suponiendo que todo lo que nos ha contado responda a la verdad, ¿qué razón, según usted, puede haber tenido Savastano para atracar y violar a su mujer?

Montalbano se esperaba la respuesta que recibió:

—Creo que ha sido instigado.

—¿Por quién?

—Por Valeria Bonifacio.

—¿Y por qué motivo la señora Bonifacio...?

—Porque me odia. Para hacerme daño. Porque está celosa de que Loredana me quiera.

—Pero ¿tiene una mínima prueba que apoye esa hipótesis?

—No.

Montalbano se levantó. Di Marta también.

—Gracias. No necesito preguntarle nada más —dijo el comisario.

Di Marta estaba más confuso que convencido.

—¿Puedo irme?

—Sí.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Voy a hablar con el fiscal. Será él quien decida el próximo paso.

—¿Y qué hay de la pistola?

—Se queda aquí. Total, ¿usted para qué la quiere? A Savastano ya lo han matado.

Fazio acompañó a Di Marta a la salida. Cuando volvió, Montalbano le preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—*Dottore*, o es increíblemente astuto y está jugando una partida difícil, o es un infeliz que se encuentra con la mierda hasta el cuello. ¿Usía cómo lo ve?

—Pienso exactamente lo mismo que tú. Pero, mientras se aclara el asunto, pongámonos deberes para las vacaciones. Yo voy a Montelusa para hablar con Tommaseo, tú lleva la pistola a la Científica. El proyectil todavía lo tienen ellos, así que podrán decirnos si a Savastano lo han matado con esta arma. Después tendrías que intentar averiguar una cosa más.

—Dígame.

—¿Has oído lo del enfrentamiento armado entre tres inmigrantes y la policía?

—Sí, señor. Y he pensado lo mismo que usted, que igual se trata de los de Spiritu Santo.

—Si le pregunto yo a Sposito algún detalle, seguro que o me contesta mal o no me dice nada. En cambio, si tú hablaras con alguno de tus colegas...

—Comprendo. Voy para allá.

Pero no tuvo tiempo de salir, porque en ese momento entró Mimì Augello.

—No he venido antes porque Catarella me ha dicho que Di Marta estaba aquí. Y ante la duda de si entrar o no, he preferido permanecer fuera.

—Has hecho bien, Mimì.

—¿Queréis saber cómo me fue la cena con Valeria Bonifacio?

—Si no es una historia muy larga... —contestó Montalbano.

—Durante toda la primera parte de la velada, Valeria hizo el papel de santa. Tenéis que creerme, parecía recién salida del paraíso. Compungida, mirada al suelo, blusa cerrada y falda por debajo de las rodillas. Me contó su vida empezando desde la primaria. Me habló de la niña infeliz que había sido porque su padre había tenido un hijo con su amante, lo cual era motivo de continuas discusiones familiares. Al recordarlo, se llevó un pañuelo a los ojos. Quiso hacerme creer que su marido había sido, y continuaba siendo, el único hombre de su vida. Que los muchos meses que no estaba con ella le pesaban, claro, puesto que era una chica de constitución sana y robusta, pero que la privación se veía compensada por el gran amor que sentían el uno por el otro, que los mantendría unidos para toda la eternidad... Lo dijo con estas palabras, os lo aseguro. En resumen, un coñazo de mucho cuidado que se prolongó hasta las once.

—¿Y qué pasó a las once?

—Pasó que, como la televisión estaba puesta, apareciste tú, Salvo. Y ante la noticia de que el muerto era Savastano, se transformó de golpe. Se puso como loca gritando que el asesino era sin duda alguna el marido de Loredana. Yo traté de calmarla, pero fue peor. Le dio un ataque de histeria, rompió un plato, intentó darse un cabezazo contra la pared... Tuve que llevarla al baño a la fuerza, lavarle la cara, meterle la cabeza bajo la ducha. Total, que acabó con la ropa empapada. Quiso cambiarse, pero no podía, le temblaban muchísimo las manos, las piernas no la sostenían, se apoyaba en mí para no desmoronarse... Al final, tuve que quitarle yo la blusa y el sujetador, y ayudarla a ponerse otros secos. Incluso la ayudé con la falda...

—¿Y con las braguitas no?

—No, estaban secas.

—¿Y luego? —preguntaron al unísono Montalbano y Fazio.

—Siento no haber cumplido vuestras obscenas expectativas, porque me enseñó la mercancía, que es de primera calidad, pero esa noche, lo entendí perfectamente, no estaba en venta. Me dijo que necesitaba dormir, y yo le besé la mano como un auténtico caballero y me marché. Voy a verla de nuevo esta noche, y cenaremos juntos otra vez.

—En conclusión...

—En conclusión, es una gran actriz y una grandísima hija de puta, astuta y peligrosa. Interpretó una escena trágica espléndida. Seguro que tenía pensado atacar a

Di Marta, tu aparición en televisión fue de lo más oportuna, y ella pilló la ocasión al vuelo. Conmigo está procediendo de manera gradual. Veremos hasta dónde es capaz de llegar esta noche. Por cierto, Beba se queja de que paso demasiado tiempo fuera de casa. Esta vez no hagas el capullo y dile que es por trabajo. ¿Cómo ha ido con Di Marta?

—Mal para él.

—O sea...

—No tiene una coartada comprobable para el homicidio, y en cambio sí tiene un móvil bastante claro. Ahora voy a ver a Tommaseo, aunque ese seguro que le envía una notificación de imputación. Eso si no le da por ordenar que lo detengan.

Cuando llegó al Palacio de Justicia, se enteró de que Tommaseo se encontraba en una de las salas y estaría ocupado hasta la una.

Había cometido la tontería de no llamar antes y averiguar si podía recibirlo.

Puesto que disponía de tiempo, se dirigió a la Jefatura Superior a ver cómo iba el asunto de la intervención telefónica. En el sótano le dijeron que debía dirigirse a la cabina 12 B.

En ella, un agente hacía crucigramas con los auriculares puestos. A duras penas cabían dos personas, y eso si ninguna de ellas estaba más gorda de la cuenta.

—Soy el comisario Montalbano.

—Agente De Nicola —dijo este, poniéndose de pie.

—No te levantes. ¿Cuándo se ha activado la intervención?

—Esta mañana a las siete.

Se habían dado prisa, no podía quejarse.

—¿Ha habido llamadas?

—Sí. Si quiere oírlas...

—Me gustaría.

El agente lo invitó a sentarse a su lado, le dio otros auriculares, pulsó una tecla en una especie de ordenador, y se puso a escuchar también.

—Diga... —dijo una voz femenina.

—Valè, ¿cómo estás?

—Loredà, corazón, ángel mío, ¿sabes cuándo te darán el alta por fin?

—Mañana sin falta. Han llamado a mi marido para que vaya a la comisaría.

—¿Crees que van a detenerlo?

—No sé cómo acabará esto, pero desde luego no se encuentra en una buena posición. Oye...

—Dime.

—Quería preguntarte... ¿Todo bien?

—¿Te refieres a...?

—Sí.

—Tranquila, todo bien.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Valè, no puedo más, estoy volviéndome loca por tener que estar aquí, sin poder...

—Tranquilízate, por favor. Nada de cometer estupideces. Ten paciencia. Podrás desquitarte de sobra por el tiempo perdido.

—Tengo que dejarte. Ha venido el doctor.

Seguía otra llamada. Una voz masculina, de un hombre bastante joven, llamaba a Valeria.

—Valè, soy yo.

—Pero ¿cómo se te ocurre...?

—Valè, deja que...

—No. Y no llames si antes no te he dado permiso.

Valeria había colgado.

—¿Puedes darme la procedencia de esta segunda llamada?

—Es de un móvil conectado a la centralita de Montereale. No sé decirle más.

—¿Podrías conseguirme un volcado de estas llamadas?

—¿Qué grabadora tiene?

«Demasiado complicado», pensó Montalbano.

—Si me das una hoja, las transcribo. Total, son conversaciones cortas... —dijo el comisario.

—En realidad, la transcripción debería autorizarla la Fiscalía —indicó De Nicola—. Pero... podemos solucionarlo. ¿Le importa que vaya a tomar un café?

—No, no, ve.

—Gracias. Póngase mis auriculares. Y en caso de que oiga sonar un teléfono, pulse primero esta tecla y luego esta otra. Ah, el papel que necesita está ahí, en el cajón.

Por suerte no telefoneó nadie. No quería ni pensar en el lío que habría organizado.

Volvió al Palacio de Justicia, esperó un poco y por fin pudo ver al fiscal.

—Pero ¡si es la una y diez! Es hora de...

—Dottore, se trata de ese caso de las dos chicas, ¿se acuerda?

Le tocó el punto débil.

—¡Cómo no! ¡Cómo no! Mire, lo invito a comer. Así podemos hablar con calma del asunto.

A Montalbano le entraron sudores fríos. Se imaginaba el tipo de restaurante apestoso que frecuentaría el fiscal. Tommaseo era capaz de alimentarse de bayas silvestres y carne de perro.

—De acuerdo... —dijo resignado.

Sin embargo, comió razonablemente bien, no pudo quejarse, aunque se vio obligado a hablar mientras comía, cosa contraria a sus costumbres.

Luego regresaron al despacho del fiscal.

—¿Cómo piensa proceder? —preguntó Montalbano.

—Teniendo en cuenta los horarios de ese Di Marta, a las cuatro mando a dos carabineros al supermercado para que lo detengan. Así seguro que lo encontramos. Los carabineros le darán algo de tiempo para llamar a su abogado y luego me los traerán a los dos aquí.

Montalbano puso cara de no estar muy convencido, y Tommaseo se dio cuenta.

—¿Hay algo que no le parezca bien?

—Si manda a los carabineros al supermercado, alguien informará a la prensa, a las televisiones...

—¿Y qué?

—Como usted vea. Yo solo le advierto de que lo asediarán. ¿Considera necesaria mi presencia?

—Si tiene otra cosa que hacer...

—Entonces, si me lo permite, no estaré presente.

—Ah, oiga, Montalbano, ¿cuándo ha dicho que le dan el alta a la atractiva mujer de Di Marta?

—Mañana.

—Pues mañana mismo la cojo por banda —dijo Tommaseo, relamiéndose los labios como un gato ante la idea de atrapar a un ratón.

Montalbano llegó a la comisaría a las tres y media. Inmediatamente, Fazio apareció en su despacho.

—Les he dejado la pistola a los de la Científica. Más tarde me llamarán para darme una respuesta.

—¿Has hablado con alguno de la Brigada Antiterrorista?

—Sí, señor. Llevaban dos días detrás de nuestros amigos del Spiritu Santo.

—O sea, que eran ellos.

—Sí, señor.

—¿Fueron ellos quienes convirtieron en almacén la casucha medio derruida de la finca? ¿Está confirmado?

—Sí, señor. Al parecer, se dedicaban desde hace tiempo al tráfico de armas con

Túnez. No lo hacían por dinero, sino porque se oponen al gobierno y están preparando una revolución. La orden de Sposito era detenerlos evitando al máximo un enfrentamiento.

—Entonces, ¿cómo es que todo acabó en un tiroteo?

—Los tres hombres estaban escondidos en una cueva, y la brigada acababa de pasar por delante sin darse cuenta de nada, cuando oyeron a su espalda, muy cerca, una ráfaga de metralleta. Respondieron a ciegas, pero los tres hombres consiguieron escapar.

—¿Estás diciéndome que la ráfaga solo la oyeron?

—Sí, señor.

—O sea, que a lo mejor fue algo accidental.

—Así lo creen ellos también. Me dijeron, además, que uno de los prófugos está herido. Encontraron bastante sangre.

En cuanto Fazio salió del despacho, Montalbano se puso a firmar papeles. Quería irse pronto de la oficina para llegar a Marinella como máximo a las ocho, y así evitar que le pasara lo mismo que el día anterior, porque estaba convencido de que Marian lo había llamado y no lo había encontrado en casa.

Fazio volvió hacia las seis y media.

—No coincide.

—¿El qué?

—El estriado del cañón de la pistola de Di Marta con las marcas del proyectil extraído de la cabeza de Savastano. En resumen, que lo mataron con otra pistola del mismo calibre, una siete sesenta y cinco, pero no con la suya.

Eso era un punto a favor de Di Marta.

—¿Lo sabe el fiscal?

—Ni idea.

Un poco más tarde, entró Augello para decirle que se iba.

—¿No es pronto para cenar?

—Tengo que pasar antes por casa y cambiarme de traje.

—¿Vas a ir de punta en blanco?

—Pues claro. Y pienso ponerme una buena colonia.

—¿Cómo se llama?

—¿La colonia? *Virilité*.

—¿Y sigues estando a la altura de ese perfume?

—No puedo quejarme.

Iba a levantarse para irse, cuando sonó el teléfono directo. Era Zito.

—¿Puedo ir a verte dentro de veinte minutos?

—¿Para qué?

—Quería que me concedieras una entrevista...

—¿Sobre qué?

—Pero ¿cómo? ¿No lo sabes?

—No, ¿qué pasa?

—Tommaseo ha detenido a Di Marta.

Maldijo para sus adentros, no por la detención, sino por la petición de una entrevista. ¿Cómo decirle que no a Zito cuando este le había hecho tantos favores? Por otro lado, igual le hacía llegar tarde otra vez, y Marian...

—De acuerdo, pero intenta venir lo antes posible.

Telefoneó inmediatamente al fiscal.

—¿*Dottor* Tommaseo? Soy Montalbano. Me he enterado de que...

—Sí, hay indicios, y graves. Dejándolo libre corremos el peligro de que destruya pruebas. Además, podría volver a agredir a su mujer.

—¿Sabe que los de la Científica han examinado la pistola que le incauté a Di Marta y que no...?

—Sí, me informaron de ello mientras realizaba el interrogatorio. Pero eso no altera el cuadro general.

—Hagamos una cosa rápida y así la emito en el telediario de las nueve y media — dijo Zito, entrando con el cámara.

—Si consigues despacharla en un cuarto de hora, te doy un beso en la frente — dijo Montalbano.

En cinco minutos estuvieron preparados.

—Comisario Montalbano, gracias por su amabilidad. Bien, tenemos al asesino de Carmelo Savastano. Enhorabuena al fiscal Tommaseo y a usted. Se han dado prisa.

—Ante todo, debo aclarar que ni el fiscal Tommaseo ni yo pensamos que haya sido Di Marta el ejecutor material del homicidio. En todo caso, lo encargó.

—El fiscal ha dicho que el móvil ha sido la venganza. Pero no ha querido hacer más declaraciones.

—Si el fiscal se ha limitado a decir eso, desde luego no seré yo quien añada nada.

—Pero ¿el móvil ha sido únicamente ese?

—Si lo ha dicho el fiscal...

—Corre el rumor de que Di Marta ha hecho matar a Savastano por celos.

—No tengo nada que decir acerca de eso.

—¿Usted interrogó a la mujer de Salvatore di Marta, que actualmente se encuentra ingresada en el hospital a causa de una caída?

—Sí.

—¿Puede decirnos si la señora...?

—No.

—Pero ¿tienen pruebas concretas contra él?

—Pruebas, todavía no. Indicios sólidos, sí.

—¿Es cierto que usted incautó una pistola propiedad de Di Marta?

—Sí.

—Dicen que la Policía Científica, después de haberla examinado, ha descartado que se trate del arma homicida. ¿Lo confirma o lo desmiente?

—Lo confirmo. No es el arma homicida. De todas formas, quisiera señalar que nosotros consideramos que Di Marta es quien lo encargó; por consiguiente, el hecho de que su pistola no sea la que se utilizó para matar a Savastano es irrelevante.

—Entonces, ¿la investigación continúa en busca del autor material del delito?

—Por supuesto. Pero se trata como mínimo de dos personas.

—Gracias, comisario Montalbano.

Cuando despejaron el despacho, miró el reloj. Maldijo para sus adentros: eran las ocho y media pasadas, y aún tenía que hacer algo importante.

Llamó a Augello al móvil.

—¿Dónde estás?

—En el coche. Voy camino de casa de Valeria.

—¿Te has enterado de que Tommaseo ha detenido a Di Marta?

—Sí. Lo he oído en las noticias de las ocho.

—Quería decirte que a las nueve y media emitirán otra entrevista mía en Retelibera. Mira a ver cómo reacciona esta vez Valeria.

—No hay problema. Esa tiene siempre encendido el televisor.

El comisario se apresuró a coger el coche y volvió lo más rápido que pudo a Marinella.

Oyó que el teléfono sonaba cuando él abría ya la puerta, pero consiguió descolgar el auricular a tiempo.

—¿Diga? —dijo con la respiración entrecortada.

—Hola, comisario, ¿has echado una carrera?

Oyó sonar campanas, pajaritos cantando, un concierto de guitarras y estallidos de fuegos artificiales. En pocas palabras, un guirigay que lo dejó medio sordo.

—Sí, acabo de llegar. Quiero... quiero que me lo des todo, y ya mismo.

Marian soltó una risita.

—Encantada, pero ¿cómo?

—No, perdona, ¿qué has entendido? Quería decir que me dieras todos tus números de teléfono.

—¿No los tienes?

—No, y siempre se me olvida...

—Vale. Te doy el móvil y el de casa de mis padres.

Montalbano los apuntó en un papel.

—¿Por qué no me llamaste anoche?

—Después te lo cuento. Fue una mala idea que más tarde se confirmó como un verdadero error.

—¿Podrías ser más... precisa?

—Ahora tengo que salir. ¿Puedo llamarte hacia las doce?

—Claro.

—Entonces hasta luego, comisario.

Montalbano tenía más hambre que un lobo de la estepa siberiana.

Se lanzó con una especie de aullido interior a la búsqueda del tesoro, o sea, de lo que le había preparado Adelina. Abrió el frigorífico con tanto ímpetu que a punto estuvo de quedarse con la puerta en la mano.

Lo que vio allí era para ponerse a dar saltos de alegría y entonar himnos de agradecimiento. Dos platos como dos soles vangoghianos resplandecían con luz propia: arroz con alcachofas y guisantes de primero, y atún con salsa de tomate de segundo.

Mientras calentaba la comida, fue a abrir el ventanal del porche y se encontró con la sorpresa de que había empezado a caer una lluvia fina, ligera, aunque no hacía nada de frío. Podría cenar fuera.

La llovizna hacía que el olor del mar fuera más intenso. Lo aspiró, llenándose los pulmones.

Y la arena mojada de la playa despedía también un olor delicioso.

Y el suave ruido de las gotas sobre el tejado era como una música lejana que...

Pero ¿qué mosca le había picado?

¿Cómo era posible que, de buenas a primeras, disfrutara de la lluvia, cuando siempre lo había puesto de mal humor? ¿Era un cambio propio de la edad, que lo volvía más comprensivo? ¿O se debía, cosa bastante más probable, al efecto que Marian causaba en él?

Decidió no ver la entrevista que le había hecho Zito y que estaban emitiendo en ese momento.

Acabó de poner la mesa, esperó a que el arroz estuviera bien caliente y se lo llevó fuera. Se comió hasta el último grano y el último guisante. Luego pasó al atún, que tuvo la misma acogida que el arroz.

Después quitó la mesa, cogió el tabaco y un cenicero, y volvió a sentarse en el porche.

Nada de whisky, quería tener la mente lúcida.

Sacó del bolsillo la hoja con la transcripción de las conversaciones telefónicas y se puso a estudiarlas.

Lo primero que saltaba a la vista, con la evidencia de una mancha de tinta negra sobre una hoja de papel en blanco, era que ni Valeria ni Loredana cruzaban una sola palabra acerca del asesinato de Carmelo Savastano. ¡Y no es que en aquel momento hubiera pasado mucho tiempo desde la noticia de la identificación del cadáver!

Tal vez ya habían tenido ocasión de comentarlo en una llamada anterior a la intervención telefónica, pero en cualquier caso parecía que las dos chicas evitaban hablar de un asunto tan relevante como aquel. Como si lo hicieran a propósito, como si se hubieran puesto de acuerdo para no hablar de eso.

Algo muy extraño, sin duda.

Salvo que se probara lo contrario, Savastano, además de haber mantenido una larga relación con Loredana como novio cruel y dominante, la había atracado y violado. El propio hecho de que ahora ella estuviera ingresada en el hospital era, en cierto sentido, consecuencia de su relación íntima con el asesinado.

Entonces, ¿cómo podía ser que de la boca de la chica no saliera ni una palabra sobre él, ya fuera para insultarlo o para compadecerlo? El final de Savastano había sido horrible, un «¡pobrecillo!» o un «¡se lo tenía merecido!» debería haberle salido del corazón.

En cambio, nada.

¿Y cómo era posible que Valeria Bonifacio, que ante Mimì quería parecer la gran acusadora de Di Marta, no comentara nada sobre el hecho de que el marido de Loredana hubiera sido citado en la comisaría? ¿No debería haber deseado que de la comisaría lo enviaran directamente a la cárcel?

Demasiadas omisiones, demasiados silencios.

Había, además, algo absolutamente incomprensible: las preguntas de Loredana, que quería saber si todo iba bien y que rabiaba por tener que seguir en el hospital sin poder...

¿Sin poder hacer qué?

Y, finalmente, la respuesta de Valeria, que la tranquilizaba diciéndole que podría desquitarse de sobra. ¿Qué significaba eso?

¿Desquitarse con quién?

En cualquier caso, estaba claro que Valeria era la única intermediaria entre su amiga y algo que Loredana echaba muchísimo en falta.

La segunda conversación quizá era mejor dejarla a un lado. Resultaba imposible sacar nada en claro.

Aun así, cuando había oído la conversación telefónica, el tono de voz de Valeria le había parecido revelador.

Su reacción inmediata transmitía entre sorpresa y miedo. Mejor dicho, abarcaba tanto la sorpresa como el miedo.

Había dicho: «¿Cómo se te ocurre?», pero se había interrumpido, no había terminado la frase, había estado casi a punto de continuar, probablemente para añadir «telefonar».

«¿Cómo se te ocurre telefonar?».

Por tanto, estaba claro que aquel hombre y Valeria habían llegado en algún momento a un acuerdo: que él no debería llamarla a su casa durante cierto período de tiempo. Sin embargo, el tipo no había respetado el pacto.

Pero, teniendo en cuenta que en el momento de la llamada Valeria estaba sola en casa, como era habitual, y por lo tanto nadie podía oírla hablar con aquel hombre, ¿por qué no quería mantener una conversación telefónica con él?

Si fuera simplemente un amante, sin duda no habría tenido problemas para hablar. Así que no era un amante.

¿Quién era, entonces?

Y sobre todo, ¿por qué temía que alguien la oyera hablando con él? Su marido estaba lejos... Loredana estaba en el hospital...

Entonces, ¿quién?

A que iba a resultar que Valeria había supuesto que le intervendrían el teléfono...

De ser así, eso significaba que el contacto con ese hombre representaba un posible peligro para ella.

La misión de Mimì se volvía cada vez más decisiva.

A las once y media sonó el teléfono. Era Livia.

—Me voy a la cama. Solo quiero darte las buenas noches.

Parecía que estuviera resfriada.

—¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes fiebre?

—No creo. No sé... No me había pasado nunca.

—Pero ¿qué notas?

—Desde que me he despertado esta mañana, tengo todo el rato ganas de llorar.

Aquello lo impresionó. Livia no era una mujer de lágrima fácil.

—Y no me apetece hablar. Solo quiero irme a dormir. Voy a tomarme un somnífero. Perdona.

—Perdóname tú, Livia.

Le salió del corazón. La culpa era toda suya. Pero Livia dijo algo que él no esperaba.

—Tú no tienes que pedir perdón por nada. No tienes nada que ver con esto, nuestra situación actual no tiene nada que ver con esto.

—Pero, entonces, ¿qué es?

—Ya te lo he dicho, no lo sé, no lo entiendo. Siento como la amenaza de un

vacío, de una pérdida irreparable. Pero mía, personal. Es un poco como cuando me enteré de que mi madre tenía una enfermedad incurable. Una cosa así. Pero no quiero entristecerte. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Montalbano, sintiéndose un canalla.

Y lo era. Pero no podía hacer nada para remediarlo.

Cogió el teléfono, lo llevó al dormitorio, fue al baño y luego se metió en la cama.

Estaba boca arriba, mirando el techo sin conseguir dejar de pensar en Livia, cuando poco antes de las doce sonó el teléfono. Fue como si un golpe de viento barriera cualquier pensamiento que no se refiriera a Marian.

—Hola, comisario.

—Hola. ¿Cómo va con Lariani?

—¿Qué quieres que te diga? Hoy me ha llamado por fin para decirme que, casi con toda seguridad, pasado mañana podrá enseñarme dos lienzos.

—Esperemos que esta vez sea la definitiva.

—Esperémoslo, porque yo, perder así los días...

—¿Me explicas por qué no me llamaste ayer?

Marian soltó una risita.

—¿Por qué te ríes?

—Porque a veces adoptas conmigo el tono inquisitivo de comisario.

—No me he dado cuenta, no pretendía...

—Ya lo sé. ¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Verás, resulta que, después de hablar contigo, se me hace difícil no seguir pensando en ti. Con una intensidad cada vez mayor. Y cuanto más pienso en ti, más irresistibles se vuelven las ganas de estar contigo. Y al no poder, me vuelvo cascarrabias, me distraigo fácilmente y no consigo dormir. Así que se me ocurrió hacer un experimento y no te llamé. Pero fue peor, claro. O sea que aquí me tienes, hablando contigo desde Milán. Créeme, no puedo más, estoy volviéndome loca por estar aquí sin poder...

Fue como una iluminación.

—¡Hostia! —se le escapó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marian, sorprendida.

—¡Acaba la frase, acaba la frase!

—¿Qué frase?

—La que estabas diciendo, eso de que no podías más, que estabas volviéndote loca por estar ahí sin poder...

—Pero ¿has perdido la cabeza?

—Por favor, te lo ruego, te lo suplico: ¿sin poder hacer qué?

Hubo una pausa.

Cuando habló, la voz de Marian era gélida, y su tono de pitorreo:

—Abrazarte, tonto. Besarte, imbécil. Hacer el amor contigo, idiota.

Y cortó la comunicación.

¡Había utilizado exactamente las mismas palabras que Loredana! ¿Era posible que Loredana se encontrara en una situación parecida a la de Marian?

Pero ahora tenía que reparar de inmediato el daño ocasionado.

Llamó a Marian al móvil. No lo cogió. La llamó al teléfono fijo. No contestó nadie; quizá lo había desconectado. Después de llamar tres veces más al móvil, por fin Marian respondió.

Le costó media hora larga hacer las paces.

Luego, Marian le deseó buenas noches con su acostumbrado ronroneo amoroso.

Y él pudo dormir en paz.

Al llegar a comisaría, Mimì y Fazio estaban esperándolo.

—Vengo a informarte —dijo Augello.

—Te veo fresco como una rosa. ¿Cómo es que Valeria no te exprimió? —quiso saber el comisario.

—Todavía no he llegado tan lejos.

—¿Y hasta dónde llegaste?

—Hasta convencerla para que volviera a exponer la mercancía y me permitiera constatar que era fresca probándola de forma superficial. Me declaré perdidamente enamorado de ella y dispuesto a cualquier cosa.

—Comprendo. ¿Cómo reaccionó ante mi entrevista?

—Estoy seguro de que fue después de escucharte cuando accedió a que probara la mercancía. Pero hubo un momento, cuando yo intentaba comprarla, en que me paró los pies y me preguntó si estaba dispuesto a correr un gran peligro por ella.

—¿Dijo exactamente eso?

—Tal cual: «correr un gran peligro».

—¿Y tú qué respondiste?

—Que por ella estaba dispuesto a dar la vida.

—¿Había música de fondo?

—¡Ya lo creo! La de la televisión.

—¡A saber qué está tramando! —intervino Fazio.

—Seguro que hoy, después de comer, me lo revela —dijo Augello—. Me espera a las cuatro. Se ve que la cosa se alargará.

La reunión se disolvió.

—¡Ah, *dottori!* ¡Ah, *dottori, dottori!*

Cuando Catarella entonaba esa letanía, estaba seguro de que era por algo relacionado con el «*siñor jefe superior*», como él lo llamaba.

—¿Ha llamado el jefe superior?

—Sí, *signor*. ¡Está en la línea!

Montalbano imaginó a Bonetti-Alderighi transformado en un cuervo posado sobre un cable de teléfono.

—Pásamelo.

—¿Montalbano?

—Dígame, señor jefe superior.

—¿Podría venir a verme enseguida?

—El tiempo que tarde en llegar.

Montó en el coche y se puso en marcha. Por lo general, cuando el jefe superior lo convocaba era para echarle, con razón o sin ella, solemnes rapapolvos, así que durante todo el viaje se conminó a mantener la calma le dijera lo que le dijese.

El jefe superior lo recibió enseguida.

No debía de encontrarse muy bien, porque tenía la misma tez pálida que en su sueño, cuando lo vio levantándose del ataúd. Y por si fuera poco, se mostraba de lo más amable.

—Querido Montalbano, siéntese. ¿Cómo está?

Bonetti-Alderighi jamás le había preguntado tal cosa. ¿Acaso se acercaba el fin del mundo?

—No puedo quejarme. ¿Y usted?

—No muy bien, pero ya pasará. Lo he molestado para preguntarle si, además del caso Savastano, tiene otras investigaciones en curso.

—No, ninguna.

—Esa investigación, respóndame con franqueza, ¿podría dirigirla el *dottor* Augello?

—Desde luego.

—Bien. Como quizá usted ya sabe, el *dottor* Sposìto y toda la Brigada Antiterrorista están ocupados buscando a tres tunecinos que se esconden en nuestra provincia. Están implicados en un caso de tráfico de armas. Es un territorio demasiado grande y esta mañana, antes de ir a ayudar a sus hombres, el *dottor* Sposìto ha venido a pedirme refuerzos. Pero no sé de dónde sacarlos. Yo creo que sería suficiente si usted, con dos de sus hombres... Se trata solo de unos días.

Quedaba claro que el jefe superior ignoraba lo metido que había estado Montalbano en aquel caso.

—Por mí no hay ningún problema.

—Se lo agradezco. Antes de hablar con el *dottor* Sposìto, quería saber cuál era su disponibilidad. Estoy seguro de que, cuando le informe, el *dottor* Sposìto se alegrará.

Bonetti-Alderighi se levantó y le tendió la mano con una sonrisa.

Montalbano salió aturdido del despacho, seriamente preocupado por el estado de salud del señor jefe superior.

Y decidió que, una vez perdido, lo mejor era echarse al río. Así que bajó al sótano. Dentro de la cabina 12 B, De Nicola continuaba haciendo crucigramas.

—Buenos días. ¿Alguna llamada?

—Sí. Una a las ocho del marido, otra a las ocho y media de una señora que quería un donativo para obras de beneficencia, y a las nueve otra de la señora Bonifacio a la señora Di Marta.

—Quisiera oír esta última —señaló el comisario, poniéndose los auriculares.

—*Loredà, tesoro mío, ¿a qué hora te dan el alta?*

—*A las doce.*

—*Voy yo a buscarte en coche. No me acabo de creer que podamos volver a estar juntas.*

—*Yo tampoco acabo de creérmelo. ¡Qué maravilla! Oye, no te enfades, ¿le has dicho que salgo?*

—*No, no se lo he dicho.*

—*¿Por qué?*

—*Porque por ahora es mejor así.*

—*Pero yo...*

—*Te he dicho que es mejor así. Y no me hagas repetirlo un millón de veces. ¿Te has enterado de lo de tu marido?*

—*Sí. Tengo un televisor en la habitación.*

—*He conocido a uno que puede sernos bastante útil. Estoy trabajándomelo bien.*

—*¿Quién es?*

—*Un abogado. Se llama Diego Croma.*

—*¿Cómo has dicho?*

—*Diego Croma.*

—*Me parece que lo conozco. ¿Y por qué crees que puede sernos útil?*

—*Te lo explico cuando nos veamos. Hasta luego.*

—*¿Tengo que ir a tomarme un café?* —preguntó sonriendo De Nicola.

El comisario lo miró desconcertado.

—*¿Esta no necesita transcribirla?*

Montalbano se acordó y le sonrió.

—No, gracias.

Apenas habían malgastado cuatro palabras para comentar la detención de Di Marta. Y Loredana se encontraba frente a un muro en cuanto insinuaba querer recuperar el contacto con alguien. Al parecer, Valeria era la que decidía, y se lo negaba una y otra vez.

No pasó por la comisaría, fue directamente a comer a la *trattoria* de Enzo. Después dio el paseo hasta el final del muelle y se sentó sobre la roca plana. El cangrejo, en

cuanto lo vio, se metió bajo el agua. Por lo visto, no le apetecía jugar. Igual los cangrejos también tenían sus días malos...

Ya era evidente que en el centro de la investigación sobre el homicidio de Savastano había que situar a Valeria Bonifacio. Y quizá estaba equivocándose de método con ella, dejándolo todo en manos de Mimì. Tenía que poner también en acción a Fazio.

Volvió a la oficina.

—¡Ah, *dottori!* Ha *tilifoneado* el *dottori Sposato* para decirle que si usía quiere llamarlo urgentemente él está esperándole.

—Catarè, ¿no será por casualidad el *dottor Sposito*?

—¿Y yo qué he dicho?

—Está bien. Llámalo y pásamelo.

—¿Montalbano?

—Dime. El jefe superior me ha citado y estoy...

—Te llamo precisamente por eso. Le he dicho al jefe superior que no es buena idea.

—No entiendo...

—Le he dicho al jefe superior que quizá no me había explicado bien, que necesito hombres.

—¿Y yo qué soy? ¿Un caballo?

—Montalbà, necesito mano de obra, no a alguien como tú.

—Comprendo. No quieres que te toque las pelotas.

—Pero ¡qué dices! Ni se me había pasado por...

—¿Tienes miedo de que te quite el mérito de la posible detención?

—¡Vete a tomar por culo! Sea como sea, no te quiero a ti, ¿está claro?

—Clarísimo.

Sposito pareció reconsiderar su postura:

—Disculpa, Montalbano, pero las circunstancias...

—Vete a tomar por culo tú ahora.

No consideraba a Sposito tan mezquino. ¿Y qué significaba eso de «las circunstancias»?

Había algo, en cualquier caso, que no lo convencía. Él lo había provocado aposta, pero Sposito no había picado.

Por un momento pensó en llamar a Bonetti-Alderighi para que le diera una explicación, pero al final decidió no hacerlo.

Quizá era mejor así. Se ahorraría largas caminatas campo a través bajo la lluvia y el sol. Seguro que incluso habría tenido que comer en casa de algún pastor cordero en salsa o sangre frita, cosa que se negaba a meterse en la boca.

Mandó llamar a Fazio.

Cuando el sargento llegó a su despacho, le hizo leer las dos transcripciones de las intervenciones telefónicas y le relató el contenido de la llamada que había escuchado

aquella misma mañana.

—¿Qué te parece?

Fazio hizo en esencia las mismas observaciones que él, y concluyó que Valeria Bonifacio estaba metida hasta el cuello.

—Entonces debes intervenir tú, Fazio. Ya me trajiste algo de Valeria Bonifacio, pero es muy poco. Tenemos que indagar en su vida, saberlo todo, absolutamente todo, de ella.

—No será fácil, pero voy a intentarlo.

—Empieza ya mismo.

—Ah, quería decirle una cosa. Mañana el supermercado de Di Marta vuelve a abrir.

—¿Estaba cerrado?

—Sí, señor.

—¿Y quién va a ocuparse de él?

—A través de su abogado, Di Marta ha firmado un poder general en favor de su mujer.

—¿Tiene más propiedades?

—Está forrado, *dottore*. Tiene comercios, casas, terrenos, barcos pesqueros...

Hacia las siete apareció Augello.

—¿Alguna novedad?

—Sí. Como te dije, a las cuatro he ido a casa de Valeria. Me ha recibido con un salto de cama que al andar dejaba entrever braguitas y sujetador.

—En traje de batalla.

—Exacto. Pero, como tiene las dosificaciones muy medidas, no me llevó al dormitorio. Nos quedamos en el sofá haciendo todo lo que se puede hacer sin llegar a lo principal. Tiene un control increíble, siempre consigue pararme a tiempo.

—Pero ¿te ha dicho algo?

—Salvo, tienes que creerme, es una verdadera artista. Me ha mencionado que hay de por medio un paquete que va a darme, pero que no es para mí. Cuando le he preguntado a quién tenía que llevárselo, se ha echado a reír. Me ha explicado que no tendré que entregárselo ni enseñárselo a nadie, sino dejarlo en un sitio sin que nadie me vea. Me ha asegurado que, si me descubren, correré un gran peligro. Entonces le he preguntado qué habrá en el paquete, y ella me ha contestado que es mejor que no lo sepa. Aun así, le he dicho que lo haré.

—¿Y cuándo te dará el paquete en cuestión?

—Me ha dicho que no lo tiene ella. Que pedirá que se lo lleven esta noche.

—¿Y vas a ir a cenar?

—No, mañana a comer. Hoy tiene que salir después de cenar.

—Quizá para que le entreguen el paquete.

—Eso no lo sé.

A las ocho en punto, Montalbano salió de la comisaría y se fue sin perder tiempo a Marinella. Hacía una noche más que buena para cenar fuera. Abrió el frigorífico y se quedó paralizado en el acto.

No por lo que había visto dentro, pues en realidad no tuvo tiempo de fijarse siquiera en qué le había preparado Adelina, sino por lo que le había venido de pronto a la mente y dejado pasmado.

Pero ¿dónde tenía la cabeza? ¿Qué tenía dentro de la mollera?

Preguntas una y otra retóricas, porque sabía perfectamente qué tenía dentro de la mollera y dónde tenía la cabeza: en Milán, con Marian.

Por eso había hecho una tontería como una casa, peor aún, ¡como un rascacielos!

¿Y qué podía hacer ahora para repararla? Solo había una solución. Ir personalmente en persona, como diría Catarella.

Así que debía avisar enseguida a Marian. La cual, al ver que era él quien llamaba, se mostró sorprendida:

—Hola, comisario. ¿Cómo es que...?

—Perdona, pero quería saludarte.

—¿Dónde estás?

—En casa, pero voy a salir.

—¿Y adónde vas?

—Tengo un poco de trabajo nocturno.

—¿Volverás muy tarde?

—No tengo ni idea.

—Entonces, ¿no puedo llamarte hacia las doce?

—No creo que me encuentres.

—Qué pena... ¿Tienes prisa?

—Sí.

—Entonces, hasta mañana, comisario.

—Hasta mañana.

Preparó café mientras se cambiaba de prisa para ponerse unos pantalones con un montón de bolsillos, dentro de los cuales metió el móvil, el tabaco, un libro, un encendedor, una linterna, una petaca con whisky y un termo pequeño, después de haberlo llenado de café recién hecho. Después se puso una chaqueta de cazador, se encasquetó en la cabeza una gorra y se colgó en bandolera unos prismáticos nocturnos.

Luego se preparó dos bocadillos, uno de salami y otro de queso *provolone* — ¡menos mal que Adelina había comprado provisiones!—, y se los guardó, junto con media botella de vino, en los bolsillos de la chaqueta.

Salió de casa, subió al coche y regresó a Vigàta.

Destino: via Palermo, 28.

Valeria Bonifacio le había dicho dos cosas importantes a Augello: que esa noche le entregarían el paquete y que, después de cenar, tendría que salir de casa.

Lo lógico habría sido mandar que alguien la siguiera para ver con quién se encontraba. Pero, perdido como estaba en pensamientos sobre Marian, no había dado esa orden. Así que le tocaba a él hacer lo que no le había dicho a otro que hiciera.

Via Palermo parecía pertenecer a otro mundo; prueba de ello era que no había dificultades para aparcar donde uno quisiera. Paró el coche enfrente de la casa, pero al otro lado de la calle. Había luz en dos habitaciones, señal de que Valeria aún no había salido.

Sacó un bocadillo, el de *provolone*, y se lo comió. En vez de quitarle el hambre, le abrió más el apetito. Por consiguiente, el bocadillo de salami corrió la misma suerte que su compañero. Se acabó el vino y encendió un cigarrillo.

Pasado un cuarto de hora, y viendo que no sucedía nada, arrancó y, marcha atrás, desplazó un poco el vehículo hasta llegar junto a una farola. Desde aquella posición, las ventanas de las dos habitaciones se veían menos, de través, pero se veían.

Sacó el libro que había cogido, de un autor llamado Bolaño que le gustaba bastante, y se puso a leer a la luz de la farola, levantando de vez en cuando la mirada para ver si la situación había cambiado.

A las once y media, las luces de las ventanas se apagaron. Montalbano cerró el libro y lo dejó en el asiento de al lado, preparado para ponerse en marcha.

Pasaron diez minutos sin que ocurriera nada. Empezó a pensar que Valeria quizá se había acostado, en cuyo caso habría hecho un mal negocio perdiendo tiempo y sueño. Claro que quizá había ido a buscar el coche. Pero ¿dónde narices lo tenía?

No recordaba si, en su visita a la casa, había visto un garaje en la parte de atrás.

Entonces vio salir un coche por la calle paralela, pero estaba demasiado oscuro para distinguir a la persona que iba al volante. Por suerte, en ese momento otro automóvil que pasó bastante deprisa lo iluminó con los faros: no cabía duda, era Valeria.

No circulaba deprisa, de modo que al comisario le resultó fácil seguirla. Si se ponía a correr, seguro que no sería capaz de ir tras ella. Valeria tomó la carretera que llevaba a Montereale, y pasó por delante de Marinella.

¿Qué había dicho De Nicola? Que la llamada que Valeria había interrumpido era de un número de Montereale.

Pero no llegaron a la localidad. A menos de medio kilómetro de las primeras casas, Valeria giró a la derecha y se metió en un camino sin asfaltar. Era una noche casi sin luz de luna. Montalbano apagó los faros y, maldiciendo, la siguió a cierta distancia.

No distinguía nada, y temía ir a parar de un momento a otro a una cuneta o una

acequia.

De repente, dejó de ver los faros del automóvil de Valeria. Se había parado. Habría sido muy peligroso continuar acercándose con el coche, ya que el ruido habría despertado sus sospechas. Entrevió una especie de abrevadero a mano izquierda, se desvió hacia allí y escondió el vehículo. Luego siguió a pie, dirigiéndose hacia el lugar donde se había detenido Valeria.

Después de unos diez minutos andando, vio una zona más clara delante de él. Era una explanada que acababa en una cantera. El coche de Valeria estaba parado allí, pudo ver los pilotos rojos de los faros posteriores.

Fue entonces cuando oyó el ruido de otro automóvil que estaba llegando. Se apartó rápidamente del camino para esconderse detrás de un gran árbol.

El segundo coche se detuvo al lado del de Valeria, que mientras tanto había bajado y era iluminada de lleno por los faros. Las luces de posición del segundo coche permanecieron encendidas. Ahora, al lado de Valeria había un hombre. Se pusieron enseguida a hablar, sin saludarse previamente. Montalbano podía oír sus voces, pero no entendía lo que decían.

Los dos eran siluetas de las que no se distinguían las caras. El hombre, eso sí, debía de medir como mínimo un metro ochenta. Probó con los prismáticos nocturnos, pero no le fueron de mucha ayuda.

No le quedaba otra que acercarse andando a ciegas y tratando de hacer el menor ruido posible. La aproximación no fue fácil: tropezó dos veces con raíces, y metió la pierna izquierda en un hoyo lleno de agua, mojándose hasta la rodilla. Todo ello sin poder desahogarse maldiciendo en voz alta.

Al final, empezaron a llegarle algunas frases, no porque él hubiera avanzado mucho, sino porque ellos habían levantado la voz.

—Pe... ¿cómo... te ocu...? —dijo el hombre.

—Escú... me... —replicó Valeria.

—No te la... daría ni aun... la pi... ras de... dillas.

—Pero ¿no... mprendes que si la... y la policía... cuenta... Marta... con... nado para siem... y tú... vía... bre?

—¿Y si al final... se tuer...? ¿Cómo es... fías... ese a... gado?

—... ento que... puedo fiarme.

—¡Déjate de presentimie...! ¿... tás loca? Además, la... tirado al mar.

Y en ese preciso momento, Montalbano estornudó.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Valeria.

Montalbano estornudó otra vez.

El hombre, sin decir una palabra, estaba ya en el coche y salió huyendo.

Tercer estornudo.

Ahora era Valeria quien escapaba. Fueron catorce estornudos seguidos que lo dejaron aturdido. Debía de tratarse de alguna hierba a la que era alérgico. O tal vez era el efecto del litro de agua fría que llevaba dentro del zapato izquierdo. Menos mal

que ninguno de sus hombres estaba viéndolo mientras se cubría de vergüenza. Deshizo el camino andado, llegó al coche y volvió a Marinella. Estaba claro que el hombre no estaba de acuerdo con el plan de Valeria. Y no tenía la menor intención de darle lo que ella quería. O en todo caso ya no podía dárselo. ¿Una cosa que habría podido condenar para siempre a Di Marta? Pero ¿quién era ese hombre? ¿Quizá el mismo con el que Valeria no quería hablar por teléfono?

Y hablando de teléfono, ¿cómo se las había arreglado Valeria para llamarlo y citarlo en la cantera? No había utilizado ni su móvil ni el teléfono de casa, eso seguro.

Lo primero que hizo al llegar a la comisaría fue intentar hablar con De Nicola. No fue empresa fácil, le costó Dios y ayuda, pero al final consiguió tenerlo al otro lado de la línea.

—Te robaré solo unos segundos. ¿Valeria Bonifacio ha hecho o recibido llamadas desde las seis y media de la tarde de ayer en adelante?

—Me parece recordar que ha hecho solo una. Pero si tiene la paciencia de esperar un momento, voy a comprobarlo.

—Compruébalo con calma y dime el contenido. Espero.

Tuvo que contar hasta 658.

—Hola...

—Dime, De Nicola.

—Valeria Bonifacio llamó desde el teléfono fijo, a las dieciocho cincuenta, a una tal Nina, para decirle que la necesitaba porque había tenido que invitar en el último momento a unas personas a cenar y Nina tenía que ayudarla a preparar las cosas. Tuvo que insistir, porque esa tal Nina al parecer no se encontraba bien. Quería decirle también que esta mañana, a las ocho, ha hecho una larga llamada a un tal Diego Croma, cuyo número de móvil es...

—No importa. Gracias.

¿Por qué había llamado a las ocho a Augello? Quizá se debía al hecho de que el hombre al que había visto no se había mostrado de acuerdo con lo que ella tenía en mente.

Pero lo importante era que el motivo por el que había dicho que necesitaba a esa tal Nina era falso. No había habido ninguna cena, así que la presencia de Nina debía de obedecer a otro motivo. Y tal vez habían hablado en clave.

Mimì Augello se presentó a las nueve y media y, por la cara que traía, parecía de lo más desilusionado.

—Me ha plantado —soltó mientras se sentaba en la silla.

—¿Valeria te ha plantado?

—Esta mañana me ha llamado a las ocho y me ha tenido media hora al teléfono.

Me ha dicho que la historia entre nosotros acababa aquí, que no se sentía capaz de seguir adelante, que no quería hacerle esa faena a su marido, que era una mujer honrada... Lo ha hecho tan bien que un poco más y me convence de que lo que decía era verdad. Total, que no ha habido manera de hacerla cambiar de idea.

—Mimì, me parece que, si las mujeres empiezan a dejarte, es que estás perdiendo facultades —dijo el comisario con un poco de mala leche.

—Sí, ya... —asintió, desconsolado, Augello.

—Buenos días a todos —saludó Fazio.

—¿Te has enterado de la noticia? —le preguntó Montalbano—. Valeria ya no quiere saber nada de nuestro *dottor* Augello.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Mimì se disponía a contestar, pero el comisario lo detuvo levantando un brazo.

—Yo responderé.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Mimì.

—¿Y por qué razón?

—Porque te lo pasas en grande burlándote de mí.

—Te aseguro que la explicación es totalmente favorable para ti.

—En ese caso, habla.

—Valeria ha roto con el aquí presente don Juan porque su cómplice no ha querido darle el paquete que habría querido entregarle a Mimì.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Augello.

Entonces Montalbano les contó la aventura de la noche anterior, omitiendo, por supuesto, el nimio detalle de los estornudos. Con ello, consiguió que la sonrisa volviera al rostro de Augello.

—O sea, que me ha plantado porque ya no le sirvo.

—Y no porque hayan fallado tus dotes de seducción, puedes consolarte pensando eso —respondió Montalbano—. Mientras tanto, haz memoria, ¿te ha hablado Valeria en algún momento de una tal Nina?

—¿Nina? No, nunca —respondió Augello.

—Puede que se trate del nombre de su asistenta —intervino, pensativo, Fazio.

—Infórmate. Pero, antes, dinos qué has averiguado.

—Poca cosa. La tal Valeria tiene conocidos, como es natural, pero una sola amiga, Loredana. Si alguna vez va al cine, va con ella. Si tiene que ir a Montelusa para comprarse un vestido o un par de zapatos buenos, lo hace acompañada de su amiga. No se separan nunca. Parecen talmente hermanas siamesas.

—¿Ningún hombre?

—Una señora anciana, pero dotada de buena vista, que vive en la casa que queda casi enfrente y está de la mañana a la noche en una silla de ruedas delante de la ventana, me ha contado que, hasta hace dos meses, iba a verla un hombre tres veces por semana, siempre después de comer. Desde entonces no ha vuelto a aparecer. Según ella, se pelearon, y armando un buen escándalo. La última vez que el hombre

la visitó, y cuando ya se marchaba, Valeria se asomó a la ventana y se puso a dar voces, insultándolo y ordenándole que no volviera nunca por allí.

—¿De qué edad era ese hombre? —preguntó Montalbano.

—Era joven. Como mucho, veinticinco años.

—Quizá se trate de un amante —sugirió Augello.

—Le pregunté a la señora si le parecía que podía serlo —dijo Fazio—, pero me contestó que no le dio esa impresión.

—¿Y cómo puede saberlo? ¿O es que llega a ver el interior de la otra casa?

—No, pero a veces Valeria salía con él y lo acompañaba al coche. No se despedían, a entender de la señora, como dos amantes.

—En ese caso, quizá sea un pariente.

—No tiene. Ni hermanos ni primos.

—A mí —dijo Montalbano—, lo que más me llama la atención de todo es la regularidad.

—¿En qué sentido? —preguntó Augello.

—Parece ser que iba tres veces por semana, y siempre después de comer. Era una especie de cita fija. —Hizo una pausa y miró a Fazio—: ¿Te dijo también qué días eran?

—Sí, señor: lunes, miércoles y viernes.

Fue entonces cuando al comisario se le ocurrió una idea.

—¿Podrías volver a hablar con ella?

—Sí, señor.

—Entonces, pregúntale si cuando iba ese hombre a casa de Valeria estaba también Loredana. Explícale cómo es, alta, morena... Mimì —prosiguió, dirigiéndose a Augello—, todavía necesitaré tu cara bonita.

—Dime.

—Hoy Loredana volverá a abrir el supermercado. Hasta ahora ha permanecido cerrado porque no había nadie que pudiera encargarse de él, y casi con toda seguridad ocupará el puesto de su marido. Así que, a partir de ahora, mañana y tarde tendrá que estar forzosamente allí.

—¿Y...?

—Tienes que ir a verla.

—¿Con qué excusa?

—Le cuentas que estás desesperado, que quieres suicidarte, que has comprendido que sin Valeria eres un hombre acabado. Y que por eso le suplicas que interceda ante su amiga.

—¿Y si se niega?

—Si se niega, al menos habrás conseguido que Loredana sepa algo de ti. Tal vez eso pueda servirnos más adelante.

—Voy ahora mismo.

—No, es demasiado pronto, déjala que se oriente. Preséntate lloroso cuando abra

esta tarde, a las cuatro. Nos vemos los tres aquí a las cinco. Ánimo, muchachos, que quizá estemos cerca de la solución.

Nada más sentarse en la roca plana, después de haber comido y bebido con ganas, se dio cuenta de que esta vez le esperaban dos cangrejos. Igual eran hermanos.

«Valeria no tiene ni hermanos ni hermanas».

Quizá los cangrejos sí lo eran, hermano y hermana. ¿Cómo se puede distinguir un cangrejo macho de un cangrejo hembra?

Mientras les tiraba piedrecillas, le pareció que había un detalle que se le escapaba.

Era algo que había dicho alguien referente a Valeria. Una cosa que entonces no le había parecido importante, pero que quizá sí lo era. Sin embargo, no conseguía recordarla.

Fazio y Augello llegaron, puntuales, a las cinco.

—Explícanos cómo ha ido tu encuentro con Loredana, Mimì.

—Se ha acordado enseguida de mí. He podido hablar con ella unos diez minutos en el despacho de dirección. Me ha dicho que estaba al corriente de mi historia con Valeria porque su amiga se la había contado con todo detalle. También me ha dicho que era la primera vez, desde que se había casado, que Valeria sentía simpatía por otro hombre. Yo he hecho un poco de teatro, hasta se me han escapado un par de lagrimitas. Total, que la he conmovido y me ha prometido que hablaría con ella.

—¿Cómo habéis quedado?

—Me ha pedido mi número de móvil. Me dirá algo.

—¿Y tú? —le preguntó Montalbano a Fazio.

—He vuelto a hablar con la señora. *Dottore*, ha acertado. Cuando ese hombre iba a casa de Valeria, Loredana estaba siempre.

—¿Le has preguntado qué aspecto tenía?

—¿El chico? Sí, señor, me ha dicho que medía como mínimo metro ochenta, y que iba siempre con el mismo coche.

—¿Te ha dicho la matrícula o la marca?

—No, señor, en la matrícula ni se fijó, y de marcas no entiende ni papa. Solo me ha dicho que el coche era de color gris metalizado.

—Estoy casi seguro de que el coche de la otra noche era gris metalizado —dijo Montalbano—. No cabe duda de que se trata del mismo chico que iba a verla. A menos que Valeria se relacione exclusivamente con hombres de metro ochenta de altura.

—Me he enterado de otra cosa —continuó Fazio—. Su asistente se llama Nina. Aunque no se trata de una verdadera asistente; fue su ama de cría, ya que su madre se quedó sin leche a causa de un disgusto...

—¿Y eso quién te lo ha contado?

—El vendedor de la única tienda de fruta y verdura que hay en toda la via Palermo, y adonde Nina va a hacer la compra.

La historia que acababa de oír de que la madre de Valeria se había quedado sin leche a causa de un disgusto fue lo que le hizo recordar a Montalbano el detalle que se le escapaba mientras estaba sentado en la roca plana.

De pronto, recordó que quien había dicho aquella cosa que ahora le parecía importante era Augello.

—Mimì, cuando viniste a informarme de tu primer encuentro con Valeria, me parece que dijiste que te había contado su vida.

—Sí.

—Ahora no me acuerdo bien, pero ¿no dijiste que te había hablado de su familia?

—Sí, me dijo que su infancia había sido infeliz por culpa de su padre, que tenía una amante con la que había tenido un hijo.

—¡Exacto, eso mismo! ¿Te dijo si lo había tenido antes de que ella naciera?

—Sí, cuatro años antes.

—Por lo tanto, Valeria tiene un hermanastro.

—Si todo eso es cierto...

—¿Te dijo si su padre lo había reconocido?

—No, eso no me lo dijo.

Fazio ya se había levantado.

—Voy corriendo al registro civil, tenemos todo el sistema informático averiado. La oficina cierra a las cinco y media, puede que aún llegue a tiempo.

—No acabo de entender por qué le das tanta importancia a ese hermanastro —dijo Augello.

—Mimì, está más claro que el agua que Valeria lleva una doble vida. O al menos hay una amplia parte de su vida que, por el momento, quiere que permanezca en secreto a toda costa. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

—Si la historia del paquete que quería darte hubiera salido bien, seguro que habríamos conseguido descubrir algo. Pero, dado que las cosas no han ido como deberían, por ese lado no lograremos averiguar nada más. Así que cualquier camino es bueno. Igual ha seguido relacionándose con su hermanastro.

Continuaron hablando de Valeria, hasta que Fazio volvió al cabo de media hora con cara de decepción.

—Según consta en el registro, en Vigàta solo existe un Bonifacio varón, Vittorio, que tiene cincuenta años y es el padre de Valeria. O sea, que Vittorio no reconoció a su hijo ilegítimo, que debió de ser registrado solo con el apellido de la madre.

—Hablando de madres, ¿cómo se llama la de Valeria? —preguntó Montalbano—. Quizá a través de ella...

—Se llamaba Agata Tessitore, pero murió hace tres años...

—Estamos en un callejón sin salida —dijo Mimì.

Pero el comisario le había hincado el diente al hueso, y no pensaba soltarlo.

—Voy a hacer un intento desesperado —dijo—. Aunque debo decir que una vez me funcionó.

Marcó un número con la línea directa y puso el manos libres.

—Diga... —respondió una mujer.

—Adelì, soy Montalbano.

—¿Es usía, *duttù*? Dígame. ¿Qué pasa?

—Necesito una información. ¿Tú conoces a una mujer mayor que va a atender la casa de una señora que se apellida Bonifacio?

—No, *siñor*.

—Esa mujer mayor se llama Nina.

—¿Nina Bonsignori?

—El apellido no lo sé.

—*Duttù*, yo conozco a una vieja que compra el *piscado* donde lo compro yo, y que siempre habla de su *siñura*, me marea contándome lo lista, lo buena y lo guapa que es, dice que la crio ella, que fue su ama de cría...

Había dado en el blanco.

—¡Esa es! —Y, después de haber dirigido una mirada triunfal a Mimì y a Fazio, añadió—: ¿A esa señora la llama Valeria?

—Sí, *siñor*.

—¿Cuándo volverás a ver a Nina?

—Seguro que mañana por la mañana, como de costumbre, a las siete y media en la lonja de *piscado*.

—Ahora te digo lo que tienes que preguntarle, pero tiene que parecer que es simple curiosidad, como si no te importara mucho. En cuanto sepas algo, me llamas a Marinella para contármelo.

—¿No puede *espirar* hasta que vaya a su casa más tarde?

—No, necesito saberlo enseguida. —El comisario colgó y miró a Fazio—: Mañana por la mañana, en cuanto tenga ese apellido, te llamo, te lo digo y vas corriendo al registro civil.

Llegó a Marinella casi a las ocho y media, y apenas le había dado tiempo a entrar cuando sonó el teléfono.

—Hola, Salvo.

Era Livia. Hablaba despacio y en voz baja, como si le costara respirar.

—¿Te encuentras mejor?

—No, peor. Hoy ni siquiera me he sentido capaz de ir a trabajar. Me he quedado en casa.

—Pero ¿tienes fiebre?

—No, ni una décima. Pero es como si la tuviera.

—¿No podrías explicarme mejor lo que...?

—Salvo, siento dentro de mí una angustia continua, agobiante. Por más que me esfuerce, y créeme cuando te digo que lo intento, no consigo encontrar el motivo, pero es así. Es como si fuera a pasarme de un momento a otro algo muy malo.

Montalbano se sintió embargado por una inmensa pena. Se la imaginó sola, despeinada, con los ojos enrojecidos por el llanto, andando desconsolada de una habitación a otra... Las palabras que dijo le salieron del corazón:

—Oye... ¿quieres que vaya a Boccadasse?

—No.

—A lo mejor puedo ayudarte un poco.

—No.

—Pero ¿por qué?

—Estaría insoportable.

—Pero ¿no puedes seguir así, sin hacer nada!

—Si mañana estoy igual, iré al médico, te lo prometo. Ahora me voy a dormir.

—Espero que lo consigas.

—Con somníferos, sí. Buenas noches, Salvo.

Montalbano tenía la boca seca y el corazón encogido. Se sentó en la butaca y encendió el televisor. Zito estaba dando el telediario.

—... Hoy finalizaba el plazo para ratificar la detención de Salvatore di Marta por parte del juez de primera instancia, el *dottor* Antonio Grasso. Pero el *dottor* Grasso ha solicitado un nuevo plazo de cuarenta y ocho horas para decidir. Es legítimo, pues, suponer que los indicios que la Fiscalía consideró suficientes para emitir la orden de detención no han sido considerados tan claros y probatorios por parte del juez.

»Pasamos a continuación a otra noticia. Prosigue la búsqueda de los tres inmigrantes que hace unos días protagonizaron un enfrentamiento armado con las fuerzas del orden en la zona de Raccadali. Se ha descubierto una casa de campo abandonada en la que los tres hombres habían encontrado refugio provisional, y donde se han hallado trapos ensangrentados que confirman la noticia de que uno de ellos había sido seriamente herido. El *dottor* Sposito ha declarado que el cerco en torno a los tres hombres se estrecha cada vez más, y que su captura es ya cuestión de días.

»Nos ha llegado hace unos momentos la noticia de que el consejo municipal de...

Montalbano se puso a buscar una película. No tenía ni pizca de hambre: la llamada de Livia había hecho que se le pasara. Encontró una de espionaje y la vio entera, aunque no entendió nada.

Apagó el televisor y salió al porche. No tenía ganas ni de tomarse un whisky. Se sentía muy triste por Livia.

Volvió a pensar en ella en su casa de Boccadasse. La pena, la ternura y la compasión que le inspiraba ahora hacían que se le formara un nudo en la garganta. Se identificaba con ella, porque estaba sufriendo la misma soledad que había sufrido él hasta la llegada de Marian.

Aun así, entendió que Livia había acertado negándose a que fuera a verla a Boccadasse. ¿Qué consuelo habría podido darle? ¿Habría sabido abrazarla y acariciarla como antes?

¿Con simples palabras? No, sus palabras no solo no habrían estado a la altura, sino que habrían sonado a falso. Porque no se puede vivir años y años con una persona, conociéndola por dentro y por fuera, sin advertir que en esa persona se ha operado un cambio. Y sin duda Livia había notado ese cambio en él.

Esta vez, sin embargo, parecía que su relación con Montalbano no tenía nada que ver; es más, había insistido en precisar que su malestar no estaba provocado por eso.

Entonces, ¿qué podía haberle pasado? ¿A qué se debía esa angustia que la había invadido de improviso? ¿Una broma perversa de la edad?

Lo que más lo desconcertaba era que Livia no era una mujer histérica o propensa a caer en depresiones repentinas, a dejarse llevar por fantasías y cambios de humor. Más bien todo lo contrario. Su virtud principal era la concreción, el tener siempre los pies en el suelo. Si ahora estaba así, el motivo debía de ser muy serio. Y todo aquello podía acabar muy mal si no se descubría pronto el origen de ese trastorno.

No, no podía abandonarla en un momento así. Habría sido una doble cobardía.

Y casi como si hubiera oído sus pensamientos, Marian lo llamó. Porque, mientras

el teléfono sonaba, Montalbano tuvo la certeza absoluta de que al otro lado de la línea estaba Marian. Alargar el brazo le costó un gran esfuerzo, le pareció que el auricular pesaba una tonelada.

—Diga... ¿Quién es?

—Hola, comisario, ¿cómo estás? Te noto la voz rara.

—Estoy... cansado. Muy cansado.

—Lo de anoche debió de ser duro.

—Sí... Fue muy duro... ¿Y a ti cómo te va?

—Lariani me ha hecho una llamada de lo más misteriosa. Me ha dicho que ha de ser muy cauto con esa gente con la que está tratando. Le he preguntado la razón de esa cautela, pero no ha respondido. Solo ha dicho que necesita un día más.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Que se lo concedía. Pero he tomado una decisión. Le doy de plazo hasta mañana por la noche. Si no da señales de vida o vuelve a retrasarlo, lo dejo.

—Explícate mejor.

—Lo dejo, abandono, me olvido de todo.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio.

—Pero ¿no es un buen negocio?

—¡Ya lo creo que lo es!

—Entonces, ¿por qué abandonar cuando estás a punto de conseguirlo?

—Salvo, quizá todavía no lo has entendido.

—¿El qué?

—Que estar un minuto, un solo minuto lejos de ti, me cuesta mucho. Que estarlo un día entero tiene un precio altísimo para mí, y que me resulta imposible seguir pagándolo. Y no hay absolutamente ninguna razón que me obligue a soportar este sufrimiento. ¡Al infierno Pedicini, Lariani y compañía! ¡Son unos ladrones!

—Pero ¿qué dices?

—¡Sí, unos ladrones! Me han robado un pedazo de felicidad. Y mi felicidad tiene prioridad sobre cualquier otra cosa. ¿Me he explicado?

Antes de contestar, Montalbano tuvo que dejar pasar unos segundos. Se sentía completamente arrollado por el ímpetu de Marian.

—Te has explicado a la perfección... —dijo por fin.

Pero una pregunta daba vueltas en su cabeza: ¿por qué Lariani actuaba así?

—De modo que —prosiguió Marian en el mismo tono de antes—, como estoy más que convencida de que a lo largo de mañana no se resolverá nada, pasado mañana cojo el primer avión y vuelvo a Vigàta. Por la noche podremos cenar juntos.

—Comprendo tus razones, pero creo que no debes precipitarte. Teniendo en cuenta que estás a punto de concluir este asunto, un día más o un día menos... —dijo Montalbano *Cunctator*, «el que retrasa».

Marian levantó la voz.

—¡Salvo, no pienso seguir permitiendo que me estafen, que me roben ni un minuto más de vida contigo! ¿Quieres entenderlo o no? No te pongas a hacerlo tú también. Y en cualquier caso, no te hagas ilusiones: ahora que te he pillado, no te dejaré escapar.

Nunca la había oído tan decidida.

—Está bien —dijo.

Marian cambió de tono.

—Perdona si... Pero estoy furiosa. Me siento como si estuviera a punto de estallar. He reflexionado y me he dado cuenta de que he sido una tonta aceptando la propuesta de Pedicini. Debería haber dicho que no, aunque se tratara de alejarme un solo día.

—Bueno, cálmate —dijo Montalbano—. Si no, no pegarás ojo.

—Para eso tengo el remedio.

—Oye, no tomes somníferos que...

—No tengo la menor intención de hacerlo. Mi somnífero eres tú.

—¿Yo?

—Sí, tú eres mi excitante y mi somnífero. Dame las buenas noches como si estuviera a tu lado.

—Buenas noches —dijo Montalbano obedientemente, deseando que Marian estuviera de verdad junto a él.

Eran las ocho y cuarto, y acababa de salir de la ducha cuando el teléfono sonó.

—*Dottori*, soy Adelina.

—¿Qué me cuentas?

—He hablado con Nina Bonsignori. A esa no hace falta tirarle de la lengua para que hable de su *siñura*. La cual, por cierto, la ha llamado al móvil mientras ella estaba *cuntándome* todo lo habido y por haber.

—¿Nina tiene móvil?

—Sí, *siñor*, ahora todos tenemos.

—Continúa.

—Me ha dicho que la amante del padre de la *siñura* Valeria se llama Francesca Lauricella.

Montalbano colgó y llamó a Fazio para darle la información.

Cuando estuvo preparado para salir, marcó el número de Livia, que contestó con voz adormilada.

—Pero ¿qué hora es?

—Las nueve. Siento haberte despertado.

—No dormía. Pero estoy todavía en la cama y no tengo ganas de levantarme. ¿Para qué has llamado?

—Para saber cómo estás. Me tienes preocupado.

—Estoy igual. Pero no te preocupes, por favor. Hablamos esta noche.

¡Se le encogía el corazón solo de oírla! ¡Y hasta qué punto sentía haberse vuelto avaro en palabras sinceras, auténticas y generosas para dedicarle a ella!

Para ir a la comisaría, tenía que pasar forzosamente por delante de la galería de Marian. Ese día se dio cuenta de que un capullo había escrito sobre la persiana metálica, con espray verde y rojo, la palabra «¡ladrones!». Sin explicarse muy bien por qué, recordó que Marian había llamado así a Lariani. Le habría gustado conocerlo en persona, pero había una manera de saber algo más acerca de él. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Menuda cabeza tenía últimamente!

En la oficina, Fazio y Mimì estaban esperándolo.

—Bueno, ¿qué?

Fazio sacó del bolsillo un papel. El comisario lo previno:

—Comprendo que esta vez los datos del registro civil son importantes, pero ahórrame la retahíla. Dime solo cómo se llama ese chico.

—Se llama Rosario Lauricella, y tiene veinticinco años —dijo Fazio con sobriedad, guardándose el papel en el bolsillo.

—¿Dónde vive?

—En Montereale. Y añadido que en el carnet de identidad consta que mide un metro ochenta y uno. Ah, y hay otra cosa importante.

—Luego me la cuentas. Quiero telefonar primero a Tommaseo para decirle que ya no necesito tener controlados los teléfonos de Valeria y Loredana.

—Espere —dijo Fazio—. ¿Y si por casualidad Valeria llama a Rosario?

—No lo hará. Ya sé cómo se pone en contacto con él.

—¿Cómo?

—Con el móvil de la asistenta. Eso es lo que hizo la noche que quería verlo en la cantera. Y para hablar con Loredana, ahora puede hacerlo en persona.

Montalbano llamó a Tommaseo, y después le dio la palabra a Fazio.

—*Dottore*, yo a ese tal Rosario no lo conozco, pero sé quién es.

—¿Y quién es?

—El representante de la familia Cuffaro en Montereale. Pese a que es muy joven, parece que se fían bastante de él.

No se lo esperaba. Se quedó mirando a Fazio con la boca abierta.

—Pero... ¡me parece imposible que el homicidio de Savastano sea cosa de la mafia! —dijo cuando se recuperó.

—¿Por qué? —intervino Augello—. ¿Porque te lo dijo Guttadauro? Igual te tomó el pelo.

Montalbano negó con la cabeza, pensativo.

—No —dijo por fin—. Estoy convencido de que Guttadauro era sincero.

—¿Entonces...?

El comisario se quedó en silencio. Luego se levantó, se acercó a la ventana, dejando que su mirada se perdiera en un punto lejano, volvió atrás, se sentó, y finalmente volvió a mirar al sargento y al subcomisario, que lo observaban perplejos:

—Muchachos, ya lo entiendo todo.

—Pues si no te importa explicárnoslo... —dijo Mimì.

—Que quede claro: es una reconstrucción que aún no se sustenta en ninguna prueba, está basada solo en la lógica. Parto del supuesto de que, después de la boda de Loredana con Di Marta, Carmelo Savastano continuó asediando a la chica, aunque ella no le dijo ni palabra a su marido por miedo a su reacción.

—¿Quería volver a llevársela al catre? —preguntó Mimì.

—Quizá. O, mejor dicho, también. Pero estoy convencido de que sobre todo le sacaba dinero chantajeándola. Es probable, incluso, que no hubiera entregado todo el material filmado. ¿Os acordáis de que Di Marta nos contó que quería prostituirla con un tipo? Tal vez llegó a hacerlo, y Savastano la filmó.

»Como es natural, Valeria, su amiga del alma, está al corriente de la situación. Rosario Lauricella, el hermanastro de Valeria, va a verla de vez en cuando, y algunas veces encuentra allí a Loredana. Y resulta que la chica y el tal Rosario se enamoran y se hacen amantes. Valeria pone a su disposición una de las habitaciones, y se ven allí cada dos días. Finalmente, Rosario acaba enterándose de la situación de Loredana con Savastano. Creo que fue Valeria quien lo puso al corriente...

—¿Por qué Valeria? —preguntó Fazio.

—Porque la considero la más inteligente de todos. Además, creo que, cuando decidió hablar del asunto con su hermanastro, ya tenía en mente un plan. Un plan que consistía en librarse al mismo tiempo de Savastano y de Di Marta. Dos meses antes de ponerlo en práctica, Valeria toma la precaución de fingir que se pelea con Rosario. Aparentemente, rompe del todo sus relaciones con él. Y es tan prudente que, como sabe que es un hombre de los Cuffaro, cuando necesita hablar con él utiliza el móvil de su asistenta.

—¿No te dije que era una artista? —comentó Mimì.

—Así llegamos al momento crucial. La noche que, al llegar a casa de Valeria, Loredana le dice que lleva en el bolso dieciséis mil euros para ingresar en el banco. Valeria telefona entonces a la asistenta para decirle que llame a Rosario y le diga que vaya enseguida a via Palermo. Rosario sale de Montereale, deja el coche en las inmediaciones y recorre un trecho del camino a pie, sin que nadie lo vea. Lo único que tiene que hacer ahora es simular la violación con Loredana, dejándole huellas visibles. Luego coge el dinero y se larga. El resto ya lo sabéis. La conclusión es que todos nosotros creemos que el responsable fue, de un modo u otro, Savastano, y quien más convencido está de ello es Di Marta, que así acabará convirtiéndose en el sospechoso número uno del homicidio que todavía está por cometerse.

—Pasa al segundo episodio —dijo Mimì.

—Cuando Loredana le comunica a su amiga que le ha dado a su marido el

nombre de Savastano, Valeria informa a Rosario. Él, que sin duda vigila los movimientos de Savastano desde hace tiempo, lo espera con un cómplice, entrada la noche, a la salida del garito que frecuenta; lo secuestra, se lo lleva al campo, le dispara y prende fuego al coche. Quiere hacer creer que se trata de un crimen de la mafia, pero ha errado en sus cálculos, porque no ha tenido en cuenta que la mafia se desmarcaría del asunto.

—¿Y la historia del paquete? —preguntó Mimì.

—Ahora llego a esa parte. Valeria acaba dándose cuenta de que no hay pruebas contra Di Marta. Es preciso, pues, que nosotros tengamos una a mano, pero debe ser a prueba de bomba. Entonces se le ocurre pedirle a Rosario la pistola con la que ha matado a Savastano, limpiarla para eliminar las huellas, meterla en una caja y dártela a ti, Mimì.

—¿Y qué se supone que tenía que hacer yo con ella?

—Esconderla en el despacho de Di Marta, en el supermercado, y después mandar una carta anónima a la policía. Nosotros iríamos a hacer un registro y la encontraríamos. Eso habría condenado a Di Marta. Pero resulta que a Rosario no le gusta la idea, no se fía y, además, asegura que ha tirado el arma al mar. Cosa que seguramente es verdad, no creo que sea tan idiota como para haber conservado la pistola.

—Nos has contado una novela preciosa —dijo Augello—, pero ¿cómo podemos convertirla en realidad?

—Ahí está el quid de la cuestión —dijo Montalbano—. De momento, no tengo la menor idea. Nos vemos más tarde, porque, si me permitís, ahora tengo que hacer una llamada personal.

En cuanto Fazio y Mimì salieron del despacho, llamó a la Jefatura Superior de Milán y, tras identificarse, dijo que quería hablar con el subjefe superior Attilio Strazzeri.

Después del curso de formación, habían seguido siendo amigos, y en una ocasión Montalbano le había hecho un gran favor. Esperaba que Strazzeri se acordara.

—¡Salvo, qué alegría! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

—No puedo quejarme. ¿Y tú?

—Bastante bien. ¿Necesitas algo?

—Attì, ¿no serás por casualidad amigo del que se ocupa ahí de robos de cuadros, falsificaciones de obras de arte y ese tipo de cosas?

—Amiguísimo. Más que hermano. Soy yo mismo.

Montalbano dejó escapar un suspiro de alivio. Con Strazzeri podía hablar libremente.

—Quería saber algo sobre un marchante, suponiendo que hayas oído hablar de él. Se llama Gianfranco Lariani.

No hubo respuesta.

—Hola... —dijo Montalbano.

Nadie chistó al otro lado de la línea. Dominado de pronto por el complejo de huérfano, le entró pánico y empezó a gritar como un loco:

—¡Hola...! ¿Me oyes...? ¡¡Hola...!!

—Tranquilo, tranquilo... —contestó Strazzeri—. Estoy aquí.

—¿Y por qué no dices nada?

—Porque tu pregunta me ha pillado por sorpresa.

¿Qué tenía de sorprendente?

—Pero ¿lo conoces o no?

—Oye, Salvo, apunta este número, es el de mi móvil. Llámame ahí dentro de cinco minutos.

El comisario apuntó el número. Estaba un poco desconcertado por la curiosa reacción de Strazzeri. Volvió a llamar.

—Soy Montalbano.

—Perdona, Salvo, pero antes tenía gente alrededor. Ahora estoy solo y puedo hablar. Conozco a Lariani. ¿Qué quieres saber?

—Si es de fiar.

Strazzeri se echó a reír.

—¡Sí, justo eso! Fue detenido hace años y condenado. Y era reincidente. Es especialista en exportación de obras de arte robadas.

El mundo entero, con todos sus océanos y continentes, y los hombres y animales que lo habitaban, cayó sobre la cabeza de Montalbano. Un sudor helado lo cubrió desde el pelo de la cabeza hasta la punta de los pies. Intentó hablar y le fue imposible.

—Hola... ¿Estás ahí? —preguntó esta vez Strazzeri.

—Sí —se esforzó en articular Montalbano—. ¿Y cómo... cómo lo hace?

—¿Para exportarlas? Emplea diferentes métodos. El más ingenioso es el del doble lienzo. Una pintura de valor medio, exportable, cubriendo el lienzo robado, perteneciente a nuestro patrimonio artístico.

Con una seguridad del noventa y nueve por ciento, el cuadro que le entregaría a Marian también tendría un segundo lienzo escondido tras el primero. Ella, la pobre, sin saber nada, lo pagaría y se lo llevaría a Pedicini, el cual lo metería en su barco y adiós muy buenas.

—Llevamos algún tiempo vigilándolo —prosiguió Strazzeri—. Creemos que está organizando una operación importante. En general, trabaja con un cómplice, cuya tarea es ganarse la confianza de un marchante, un coleccionista o un galerista de

provincias, y luego...

—¿Pedicini? —lo interrumpió Montalbano.

Se hizo el silencio. Amenazado de nuevo por el miedo al abandono, el comisario estaba a punto de empezar a dar voces como un desesperado cuando Strazzeri tomó la palabra:

—¡Ah, no! ¡A mí no me la das! Querido colega y amigo, si después de unos años de silencio me llamas y me sales nombrándome a Lariani y Pedicini, la conclusión que saco es que tienes algo que decirme. Yo te he dicho lo que querías saber, ahora te toca hablar a ti.

Montalbano se lo jugó todo a cara o cruz. En un abrir y cerrar de ojos, concluyó que la única manera de sacar a Marian de aquel embrollo era hacerla colaborar con Strazzeri. A cambio, podía pedirle a su amigo que no diera su nombre.

—¿Y si te presento la cabeza de Lariani en una bandeja de plata? —preguntó—. ¿Podemos hacer un trato que quede entre nosotros dos?

—Habla —respondió Strazzeri.

El comisario se lo contó todo. Hicieron un trato. Y luego Strazzeri le indicó lo que tenía que hacer.

—Ahora mismo llamo a Marian.

—Salvo, ¿qué pasa? —preguntó ella, alarmada.

—Que estabas a punto de meterte en un lío de mucho cuidado. Lariani es un granuja, ha estado en la cárcel.

—¡Dios mío!

—Oye, voy a darte un número de teléfono. Es el de Attilio Strazzeri, jefe superior en Milán, un amigo mío de confianza. En cuanto colguemos, lo llamas y te pones a su disposición. ¿De acuerdo?

—Pero ¿qué va a pasarme?

Le temblaba la voz, estaba al borde de las lágrimas.

—No te pasará nada. Tranquila, no van a detenerte, ni siquiera saldrá tu nombre a relucir. Simplemente tienes que quedar con Strazzeri y hacer lo que él te diga. Un beso. ¡Telefonéale inmediatamente! Y llámame a mí esta noche. Toma nota del número.

Se lo dictó, hizo que se lo repitiera y colgó. Ahora se sentía un poco mejor.

Sintió la necesidad imperiosa de salir y pasear un rato para que se le pasara el susto. Pero antes se acercó al despacho de Fazio.

—Convoca para las cuatro y media a Valeria Bonifacio. Avisa también a Augello. Nosotros tres nos vemos en mi despacho a las cuatro.

Dejó el coche en el aparcamiento y echó a andar sin dirigirse a ningún sitio en particular, al azar. Nunca se había puesto a deambular por el pueblo a esa hora de la mañana. Se detuvo delante de la tienda de ropa para hombres más elegante de toda Vigàta. Necesitaba algunas camisas, pero el precio de las que estaban en el escaparate lo ahuyentó.

De pronto, se encontró ante la persiana metálica de la galería con la pintada «¡ladrones!». La miró.

Si no hubiera sido por esa pintada...

A su lado, se paró un guardia municipal que lo conocía.

—¿Se ha enterado, comisario? Esta mañana hemos pillado al que pintaba con espray verde.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—Un infeliz que no está bien de la cabeza. Se llama Ernesto Lo Vullo. Ha puesto perdido medio pueblo: la fachada de la iglesia, el monumento a los Caídos...

—¿Qué le va a pasar?

—O paga una multa de trescientos cincuenta euros, o lo denunciemos y se pasa unos cuantos días en el calabozo. Pero ¿de dónde va a sacar el dinero? Es un muerto de hambre que a veces pide limosna.

Montalbano se despidió del guardia y salió disparado hacia el ayuntamiento. Preguntó a qué departamento tenía que ir. Y allí, ante la mirada atónita y maravillada del empleado, pagó con un cheque la multa impuesta a Ernesto Lo Vullo y reanudó su paseo.

Se paró a mirar el escaparate de una tienda que se llamaba Vigàta Electrónica. Había expuestos algunos ordenadores, cosas que se llamaban iPod, iPad e iPid, y grabadoras que parecían teléfonos móviles...

Una grabadora... De pronto, se le ocurrió cómo pillar a Valeria Bonifacio.

Entró y compró una. El dependiente quería explicarle cómo funcionaba, pero Montalbano le aconsejó que no se molestara en hacerlo, total, no entendería nada ni aunque se lo explicara el inventor en persona. Le dijo que la quería sin caja, y se la guardó en un bolsillo junto con el manual de instrucciones. Pagó y decidió que se había hecho la hora de ir a comer.

En la *trattoria* de Enzo comió desganado. Su cabeza estaba en Milán, con Marian.

Estaba seguro de haber hecho lo que debía. Aun así, hasta que el asunto se solucionara no podía estar seguro de nada. Quería llamarla, pero tenía miedo de que su llamada llegara en un momento inoportuno. Habría dado cualquier cosa por estar a su lado en esos momentos.

Salió de la *trattoria* a las tres, pero no tenía ganas de dar el acostumbrado paseo por el muelle. Ya había andado bastante por ese día. Regresó a la comisaría.

Se detuvo delante de Catarella y sacó la grabadora.

—¿Tú sabes cómo funciona?

—Por supuestísimo, *dottori*.

—¿Y qué hay que hacer luego para escuchar las grabaciones?

—*Dottori*, o la conecta al ordenador o necesita unos cascos.

El dependiente no le había dicho nada de los cascos.

—¿Puedes ir a comprarme un par a una tienda que se llama Vigàta Electrónica?

Catarella miró el reloj.

—Abren dentro de media hora, *siñor*.

—¿Cuánto valen?

—Con treinta euros es suficiente. Le elijo los mejores.

—Los quiero a las cuatro y cuarto como máximo —dijo Montalbano dándole el dinero.

La reunión con Augello y Fazio empezó a las cuatro en punto. Le tocaba hablar a él.

—Escuchadme bien. He decidido tenderle una trampa a Valeria Bonifacio. Creo que no hay otra forma de conseguir que se delate. La trampa consta de tres movimientos. Primer movimiento: Valeria llega y nos encuentra a Fazio y a mí; yo hablo con ella durante unos cinco minutos. Segundo movimiento: tú, Mimì, llamas a la puerta y entras; te presento como el subcomisario Augello; hablamos del paquete, y ella dice que quería darte una sorpresa y que en el paquete había un regalito. Llegados a este punto, paso al tercer movimiento.

—¿Y en qué consiste?

—No te lo digo.

—¿Por qué?

—Porque creo que es mejor que reacciones espontáneamente.

La puerta del despacho se abrió con un ruido semejante al de una bomba al impactar contra la pared.

—Me ha... resbalado la mano —dijo avergonzado Catarella, parado en el umbral.

Fazio lo miró mal, Montalbano, con rabia, y Augello, echando chispas por los ojos.

Paralizado por semejantes miradas, Catarella, que llevaba una caja en la mano, no se movió.

—Pasa.

—Los ca... ca... ca...

—Déjalos encima de la mesa y vete.

Montalbano abrió la caja, sacó los cascos y retiró el plástico, los metió en un cajón y tiró la caja a la papelera.

—Forman parte de la trampa —explicó.

—Quiero saber con precisión cuándo debo entrar —dijo Augello.

—En cuanto Catarella nos diga que Valeria ha llegado, te vas a tu despacho, cuentas hasta quinientos, y entonces llamas a la puerta.

En ese momento sonó el teléfono.

—*Dottori*, está *in situ* la señora *Benefaccio*.

—Es ella, ha llegado antes de hora —dijo Montalbano.

Mimì se levantó y se fue.

—Hazla pasar, Catarella.

Valeria estaba imponente. Se había peinado y maquillado con esmero, y llevaba

un vestido ceñido. Estaba sonriente. Sin embargo, aunque nada revelaba su nerviosismo, debía de corroerla la preocupación por aquella convocatoria.

—Siéntese, señora Bonifacio —dijo el comisario.

Valeria se sentó en el borde de la silla y le sonrió también a Fazio. Luego dirigió una mirada interrogativa a Montalbano, ladeando un poco la cabeza. Era la imagen de la inocencia personificada.

—Como quizá sepa, dado que el juez todavía no ha podido ratificar la detención de Salvatore di Marta, el fiscal ha solicitado unas indagaciones suplementarias. No creo que tengamos nada más que descubrir, ya está todo claro, pero aun así debemos cumplir las órdenes.

Valeria se relajó visiblemente, se acomodó mejor en la silla.

—Yo le he dicho todo lo que tenía que decirle.

—No lo pongo en duda. Ha sido sincera y leal conmigo, y yo actuaré del mismo modo con usted. Así que responda tranquilamente a mis preguntas.

—De acuerdo.

—¿Conoce a un abogado llamado Diego Croma?

Valeria sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo, una especie de sacudida eléctrica, pero se rehízo.

—Sí, pero no veo qué...

Como si hubieran cronometrado el tiempo, en ese momento se oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo el comisario.

Entró Mimì Augello sonriendo. Fue impresionante ver cómo cambiaba la expresión de Valeria. En un instante se tornó esquiva, sombría, ceñuda. Estaba esforzándose en comprender qué significaba la presencia del abogado.

—Le presento al subcomisario *dottor* Augello —dijo Montalbano.

La reacción de Valeria los pilló a todos desprevenidos: su rostro se relajó de nuevo, y volvió a sonreír como si nada.

—Hola. ¿Qué necesidad tenías de presentarte con un nombre falso? Me habrías gustado igual aunque seas policía.

Mimì, confuso, no replicó. Montalbano, mentalmente, no pudo más que felicitarla. ¡Qué gran mujer! Tenía una sangre fría excepcional. Con alguien como ella había que ir con pies de plomo.

—¿Me contará ahora qué debería haber contenido ese paquete que usted tenía intención de darle al *dottor* Augello, y que este tendría que haber escondido a su vez en un lugar que no especificó?

Valeria rio.

—Pero ¿qué imagina que podría contener? Un collarcito. Quería darle una sorpresa a Loredana, y que lo encontrara cuando fuese al despacho del supermercado.

—¿Por qué cambió de idea?

—Porque no quería seguir teniendo relación con el señor Croma, o el *dottor*

Augello, ahora ya no sé cómo llamarlo. Nuestra amistad estaba tomando un cariz demasiado... íntimo, y preferí cortar.

Montalbano había previsto esa explicación. Solo faltaba pasar al tercer movimiento, el decisivo.

—Señora Bonifacio, nos consta que la otra noche, pasadas las doce, se reunió con un hombre.

—Hace meses que no salgo de noche.

—Le informo de que, desde hace unos días, sus teléfonos están intervenidos y...

Valeria se agarró a aquello como a un clavo ardiendo.

—Le reto entonces a que me ponga la grabación de la llamada en la que se supone que me cité con ese hipotético...

—No puedo ponérsela porque usted utilizó el móvil de su asistenta.

El golpe dio en el blanco, pero Valeria sabía encajar bien los golpes y era capaz de devolverlos inmediatamente.

—Usted delira, eso no es verdad. Y en cualquier caso, mi asistenta jamás lo reconocería, ni aunque la sometieran a tortura.

—Le advierto que sabemos con absoluta certeza que se encontró con un hombre.

—Y aunque lo hubiera hecho, no me parece que eso sea un delito. También he estado con el señor Croma. ¿No es cierto, abogado?

—No, no es un delito. En absoluto. No obstante, quiero hacerle una pregunta. ¿Recuerda por qué motivo usted y ese hombre se vieron obligados a interrumpir precipitadamente su conversación en la cantera y marcharse cada uno en su coche?

—¿Cómo voy a recordarlo, si no estaba allí?

—Entonces voy a refrescarle yo la memoria. En las inmediaciones, alguien estornudó.

Valeria se quedó pálida. Fazio y Augello se miraron, estupefactos. Montalbano continuó:

—Ese alguien era yo. Estornudé catorce veces seguidas. ¿Quiere oírlas?

Sacó la grabadora del bolsillo, y la puso sobre la mesa. Luego abrió el cajón para coger los cascos y tendérselos a Valeria.

—Antes de la serie de estornudos, podrá escuchar, grabada, toda su conversación. Usted quería la pistola con la que aquel joven, siguiendo el plan urdido por usted, había matado a Carmelo Savastano. Su intención era meterla en una caja y hacer que el aquí presente *dottor* Augello la escondiera en el despacho de dirección del supermercado. En cuanto la encontrásemos allí, con toda certeza Di Marta sería condenado.

Valeria no pestañeó. Se había convertido en una estatua blanca como el yeso. Una estatua que, sin embargo, vibraba ligeramente.

—Por supuesto —prosiguió el comisario—, también hemos identificado al hombre. Se llama Rosario Lauricella, su hermanastro y amante de Loredana di Marta. Usted había puesto generosamente a disposición de los dos una habitación de su casa

para sus tres citas semanales. Y fue en esa habitación donde se consumó la falsa violación de Loredana.

Valeria estaba como la cuerda de un arco tensada al máximo. El comisario decidió hacer que se rompiera.

—¿Sabe una cosa? Rosario le mintió. Le dijo que se había deshecho de la pistola tirándola al mar, pero no era cierto. La hemos encontrado en su casa hace dos horas, cuando hemos ido a detenerlo. Ante una prueba tan evidente, se ha venido abajo y lo ha confesado todo. Nos ha dicho que ha sido usted quien urdió todo el plan. Por eso la...

No pudo terminar. Valeria se puso en pie y trató de arañarlo dirigiendo hacia su cara unos dedos como garras. Montalbano se apartó, mientras Fazio y Augello la sujetaban.

—¡El muy cabrón! ¡El muy imbécil! ¡Le había dicho que me diera a mí la pistola! Pero ¡él no sabe hacer otra cosa que matar y follar! ¡Y ahora nos ha jodido a todos!

Daba coces a diestro y siniestro como una mula. Dejó a Mimì fuera de combate de un rodillazo en los huevos.

Al oír el ruido, acudieron Gallo y otro agente, que por fin consiguieron reducirla. Se la llevaron al calabozo echando espuma por la boca, maldiciendo como una condenada y acusando a Loredana de haberlo tramado todo.

Fazio, Augello y el propio comisario tardaron un cuarto de hora en ordenar el despacho, que la furia de Valeria había dejado patas arriba.

—Felicidades —dijo Augello.

—Hay una cosa que no me cuadra —comentó Fazio—. Comprendo el interés de Loredana, y también el de Rosario, pero no acabo de entender qué ganaba con todo esto Valeria.

—La verdad es que yo tampoco —dijo Augello.

—Como mínimo —respondió Montalbano— hay un interés económico. Si hubieran condenado a Di Marta, Loredana se habría convertido en la heredera única de sus bienes. Y sin duda habría recompensado generosamente a su amiga por haber ideado el ingenioso plan que la había librado de su marido, convirtiéndola en una mujer rica y brindándole la posibilidad de disfrutar a sus anchas con su amante. Y además, estoy convencido de que en la amistad de Valeria por Loredana hay una especie de amor no correspondido. Odia a Di Marta simplemente porque consiguió a Loredana comprándola. Sabía que con ese marido mucho mayor que ella Loredana sufría. Con tal de verla feliz, habría hecho lo que fuera. Pero no creo que estas cosas las confiese nunca.

—Por cierto —dijo Fazio—, ¿cuándo piensa levantar acta de la confesión?

—Hazlo ahora mismo —dijo Montalbano—. Y acompáñalo tú también, Mimì. Si le dejamos tiempo de calmarse y pensar, esa es capaz de cambiar las cartas encima de la mesa. Después, Mimì, acércate a ver a Tommaseo, le entregas la confesión y le pides una orden de detención para Loredana y otra para Rosario Lauricella.

—Montereale no es nuestro territorio —observó Augello.

—Entonces, se la pasas a los de persecución de prófugos o a la Brigada Móvil, mira a ver qué te dice Tommaseo.

Los dos hombres salieron. El comisario miró el reloj. Las cinco y media. Un récord.

¿Qué estaría haciendo Marian a esa hora?

Esperó hasta las nueve, cada vez más nervioso. ¿Por qué Mimì y Fazio no daban señales de vida? ¿Y si entretanto Marian lo llamaba a Marinella y no lo encontraba allí?

¿Habría puesto Tommaseo alguna pega?

El primero en regresar fue Augello.

—Tommaseo se ha portado de maravilla. No ha perdido ni un minuto en extender las dos órdenes de captura. Fazio se ha encargado de detener a Loredana. Yo les he echado una mano a los de la Móvil.

—¿Habéis cogido a Rosario?

—No. Parece que se ha dado a la fuga.

—Hay una posible explicación. Valeria ha debido de advertirle, con el móvil de la asistente, de que la habíamos citado aquí y él, por si las moscas, ha preferido desaparecer.

—Será difícil echarle el guante —dijo Augello—. Siendo un hombre de los Cuffaro, lo protegerán.

—¿Eso crees?

En ese momento apareció Fazio.

—¿Cómo ha ido con Loredana?

—La he pillado en el supermercado.

—¿Ha armado follón?

—No, señor, en parte porque no le he dicho que tenía una orden de detención, sino que el fiscal Tommaseo quería verla inmediatamente. Ella ha llamado a la encargada, le ha dicho que se ocupe de cerrar a la hora debida y me ha acompañado. No creo siquiera que los clientes se hayan dado cuenta. Sin embargo, he tenido la impresión de que ella se lo esperaba.

—Quizá Valeria también le había dicho que la habíamos citado aquí.

—Ha sido un buen día —dijo Fazio.

—Sí. Y os estoy agradecido. Pero ahora, si me lo permitís, me voy a Marinella. Se ha hecho tarde.

Salió disparado hacia casa y, cuando llegó a la puerta, oyó sonar el maldito teléfono. Fue a sacar las llaves, que solía llevar en el bolsillo izquierdo de la americana, y no las encontró.

El teléfono dejó de sonar.

Maldiciendo y sudando, buscó en los otros bolsillos. Nada.

El teléfono empezó a sonar otra vez.

Abrió la puerta del coche, miró dentro. Ni rastro de las llaves. Seguro que se le habían caído en el despacho, al sacar la grabadora.

Se le ocurrió intentar una cosa. Bajó a la playa, dio la vuelta a la casa, entró por la cancela del porche y empujó la cristalera. Estaba bien cerrada por dentro.

El teléfono, como si quisiera pitorrearse de él, se puso a sonar de nuevo.

Volvió sobre sus pasos a toda prisa, subió al coche y se dirigió a Vigàta conduciendo como si se hubiera bebido una cuba de vino. En el trayecto, estuvo a punto de provocar diez accidentes y cuatro peleas mortales, aparcó y, nada más entrar en la comisaría, Catarella le cerró el paso.

—¡Ah, *dottori!* ¡Menos mal que está aquí! ¡Virgen santa, el tiempo que llevo llamándolo por *tilífono!*

—¿Eras tú el que llamaba?

—Sí, *signor*.

Montalbano dejó escapar un suspiro de alivio... ¡No era Marian!

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque quería advertirle haciéndole la advertencia de que se había dejado las llaves aquí, en la oficina.

—Disculpa, Catarè, pero, si sabías que me había dejado las malditas llaves, ¿cómo crees que iba a arreglármelas para contestarte desde el teléfono de mi casa?

—Perdóneme, pero ¿cómo iba yo a saber que usía estaba imposibilitado para contestarme?

Montalbano se rindió.

—Está bien, dame las llaves —dijo.

Una vez en casa, se prometió no ir a ver lo que le había preparado Adelina antes de tener noticias de Marian.

Fue a sentarse en el porche. Eran casi las diez menos cinco. Decidió esperar hasta las diez; si a esa hora Marian no lo había llamado, la telefonaría él.

El teléfono sonó justo en ese momento. Era Livia. No pudo evitar sentirse un poco decepcionado.

—¿Cómo estás? —le preguntó enseguida.

—No lo sé...

—¿Qué significa eso?

—Salvo, como te dije, sentía una angustia opresiva, oscura, un peso insoportable. Pero, hacia las seis de esta tarde, la angustia ha desaparecido de golpe.

—¡Por fin!

—Espera. Inmediatamente después, ha sido sustituida por una especie de resignación, como... como si ya no hubiera nada que hacer, como si lo que temía ya hubiera sucedido irremediablemente. Y todo eso acompañado de una sensación dolorosísima de vacío irreparable. Igual que cuando has pasado un duelo, sí, eso es... Solo me faltaba llorar. Y no he hecho otra cosa. Pero llorando he sentido... una especie de consuelo.

—Y a pesar de que me lo habías prometido, no has ido al médico, claro.

—No creo que haya ya ninguna necesidad.

—¡Venga! ¿Estás en esas condiciones y no...?

—Créeme, Salvo, lo superaré, lo intuyo. Con esfuerzo, con dolor, pero lo superaré. Ahora te dejo. No me apetece hablar, me canso. Solo tengo ganas de estar tumbada en la cama. Hablamos mañana.

Pese a todo, se quedó algo más tranquilo. Había percibido en la voz de Livia una nota nueva que era esperanzadora.

Ya eran las diez y diez. Ardía de impaciencia, no podía esperar más y llamó a Marian al móvil.

Estaba nervioso y se equivocó dos veces marcando el número. A la tercera, acertó por fin.

—Comisario mío, en este momento iba a llamarte.

—¿Cómo estás?

Se dio cuenta enseguida de que había utilizado las mismas palabras que al hablar con Livia.

—Ahora estoy bien. De verdad. Después del miedo que me has metido en el cuerpo esta mañana...

—Perdona, pero...

—No te lo estoy recriminando, Salvo. Al contrario.

—Venga, cuéntame.

—Strazzeri es una persona realmente exquisita. Ha hecho que me sienta a gusto.

—Cuéntamelo todo con pelos y señales.

—Cuando lo he llamado, ha tenido la amabilidad de venir a mi casa. Me ha pedido que se lo contara todo, hasta el más mínimo detalle, y, después de pensárselo un poco, me ha dicho que llamara a Lariani dándole un ultimátum: o me decía algo definitivo antes de las seis de la tarde, o lo dejaba correr.

—¿Y cómo ha reaccionado Lariani?

—Ha bromeado un poco, me ha reprendido por mi impaciencia y al final me ha dicho que me llamaría él a las seis.

—¿Y lo ha hecho?

—Sí. Me ha citado mañana a las once en su casa. Me enseñará el lienzo que dice que ha encontrado, aunque Strazzeri asegura que se lo habrá entregado la persona que lo tenía escondido...

—¿Has informado a Strazzeri?

—Pero ¡si estaba conmigo cuando he recibido la llamada!

—¿Cómo habéis quedado?

—Mañana a las once iré a casa de Lariani sola. Si me enseña el lienzo bueno, o sea, el trucado, Strazzeri me ha explicado todo lo que debo hacer para no despertar sospechas. Simplemente tengo que apretar el botón de un buscaperonas que llevaré en el bolsillo. Entonces ellos irrumpirán en el piso. Un agente se encargará exclusivamente de sacarme de allí enseguida.

—Pero, en el juicio, ¿cómo justificarán tu presencia?

—En el informe, Strazzeri pondrá que soy un agente infiltrado cuya identidad no puede revelar.

—Perfecto, ¿no?

—Eso me parece a mí también.

Pero a Montalbano lo asaltó de pronto una duda.

—Aun así... ¿crees que podrás enfrentarte sola a Lariani?

—Sí, tranquilo.

—¿No te parece arriesgado?

—Strazzeri y sus hombres estarán cerca. A la menor señal de peligro, no tengo más que apretar el botón.

—Oye, por favor, en cuanto te saquen de allí, mándame un mensaje con el móvil.

—De acuerdo... Salvo, no te preocupes, con tal de salir de esta, seré valiente y decidida. Y gracias por haberme salvado, comisario mío. Pero ¿cómo se te ocurrió pensar que Lariani no era lo que parecía?

Montalbano le contó el episodio de la pintada en la persiana metálica.

—¡Y ese tal Pedicini! —dijo Marian—. ¡Parecía tan respetable! ¡Qué manera tan inteligente de ganarse mi confianza! ¡Ha invertido una fortuna!

—Por lo visto, el cuadro que tú ibas a traerle de Milán tiene un valor incalculable. Pero Marian ya estaba pensando en otra cosa.

—Hay un vuelo para Palermo mañana a las cinco de la tarde. ¿Cenamos juntos por la noche? ¿Estás libre?

—Creo que sí.

—Comisario mío, cuento las horas que faltan. Qué contenta estoy. Y mañana por la noche lo estaré todavía más. ¿Te va bien a las nueve en tu casa?

—Me va perfecto.

—Y si por casualidad me retraso, ¿juras que me esperarás?

—Te lo prometo.

Cuando colgó el teléfono, se dirigió a la cocina cantando la marcha triunfal de *Aida*. Decidió jugar un poco: cerrar los ojos y adivinar lo que le había preparado Adelina por el olor. El frigorífico olía a vacío. Abrió el horno, y las fosas nasales se le llenaron de inmediato de un doble y exquisito aroma. Tardó poquísimos en distinguir uno de otro: *tagliatelle* con ragú boloñés y berenjenas a la parmesana. ¿Se podía pedir más a la vida?

Comió en el porche, sin prisas. Había decidido que vería el telediario de las doce. Cuando terminó de cenar, quitó la mesa, encendió el televisor y se sentó en la butaca con el paquete de tabaco al alcance de la mano. Vio una ristra de anuncios, luego apareció la cabecera del telediario y a continuación Zito.

—Empezamos con una noticia que nos ha llegado después del telediario de las diez, motivo por el cual no hemos podido dársela antes. El juez Antonio Grasso no ha confirmado el arresto de Salvatore di Marta por el homicidio de Savastano. Al mismo tiempo, se ha sabido que el fiscal Tommaseo no recurrirá y, por lo tanto, Di Marta ha sido puesto inmediatamente en libertad. El *dottor* Tommaseo, no obstante, ha querido precisar que se seguirá investigando a Di Marta. Pero, dadas las circunstancias, está claro que, si las indagaciones posteriores no aportan pruebas claras de su culpabilidad, al final se retirarán todos los cargos contra él y la investigación quedará estancada.

»Se ha producido otra noticia importante, aunque todavía no tenemos ninguna confirmación oficial. Corre el rumor de que la búsqueda de los tres inmigrantes que se inició hace varios días ha tenido una conclusión parcial. Parece ser que dos de ellos ya han sido detenidos. Se niegan a responder a las preguntas de los investigadores, encerrados en el más absoluto mutismo. Del tercero, armado con una metralleta y presuntamente herido, no se sabe nada. En cuanto tengamos noticias más concretas sobre este asunto, que a nuestro entender presenta algunas particularidades un tanto oscuras, no dejaremos de informarles.

»Un accidente mortal se ha producido hacia las cuatro de la tarde en la carretera provincial...

Montalbano apagó el televisor. O sea, que aún nadie sabía que la investigación sobre el homicidio de Savastano había sido cerrada. Tommaseo había dado muestras de una gran habilidad diciendo que Di Marta todavía era sospechoso; se trataba claramente de una maniobra para que Rosario bajara la guardia, y hacerle dar algún paso en falso.

Recordó en ese momento las palabras de Mimì, lo que había dicho sobre lo difícil que sería atraparlo, porque contaba con la protección de los Cuffaro. La cuestión era que los Cuffaro aún no sabían la verdad. Pero... Sí, había una manera de ponerlos al corriente.

Sonrió ante la idea. Miró el reloj. Las doce y veinte. Demasiado pronto. Debería

esperar como mínimo hasta la una para llamar. Dio algunos tumbos por la casa, antes de decidir darse una ducha y prepararse para la noche.

Cuando se acercó al teléfono, el reloj marcaba la una y diez. Consultó el número y marcó.

—Diga... ¿Quién es? —contestó una voz masculina soñolienta e irritada.

—¿Hablo con el señor Guttadauro?

—Sí, pero ¿quién es usted?

—Soy Montalbano.

El tono de voz de Guttadauro cambió súbitamente.

—¡Queridísimo comisario! ¿A qué debo...?

—Disculpe que lo llame a esta hora, sin duda lo he despertado, pero, como tengo que salir de viaje, me he dicho que llamarlo al amanecer habría sido peor.

—¡No, por favor, nada de disculpas! ¡Ha hecho muy bien!

El abogado se moría de curiosidad por saber el motivo de aquella llamada, pero no quería tomar la iniciativa. Y Montalbano le dio cuerda.

—¿Cómo está?

—Bien, bien. ¿Y usted?

—No puedo quejarme, pero desde hace unos días tengo un molesto prurito.

Educadamente, Guttadauro no le preguntó dónde le picaba.

—Me ha dicho que se va de viaje —dijo, en cambio—. ¿Adónde va?

—Me tomo unos días de vacaciones, ahora que la investigación del caso Savastano ha concluido.

—¿Cómo que concluido? —dijo Guttadauro, sorprendido—. Pero, si siguen investigando a Di Marta, aunque lo hayan puesto en libertad, eso significa claramente que la investigación no...

—Abogado, me asombra usted, ¡con toda la experiencia que tiene! Le ruego que me crea, si le digo que ha concluido es que ha concluido.

—¿Y quién se supone que es el asesino?

—¡Ah, no, señor Guttadauro, eso es secreto!

—Pero ¿no podría...?

—Abogado, ¿está de broma?

—No insisto, no insisto. Pero, entonces...

—Entonces, ¿qué?

Guttadauro estaba a punto de perder el control.

—No, quería decir...

—Dígame, lo escucho.

Montalbano estaba disfrutando de lo lindo. Guttadauro no pudo seguir dominándose.

—Entonces, ¿para qué me ha llamado?

—¡Ah, sí, ya no me acordaba! —respondió el comisario, y se echó a reír.

—¿De qué se ríe? —preguntó Guttadauro, nervioso.

—¿Se acuerda de la historia que me contó el otro día? La de los cazadores de leones. Pues fíjese que justo esta noche han vuelto a contármela, pero con considerables variantes.

—¿Cuáles?

—La primera de todas es que los cazadores se encontraban en una zona donde estaba prohibido cazar leones.

—¿Y qué implica eso?

—Implica que un cazador novato, muy joven, de Montereale, uno recién incorporado al grupo y no un indígena cualquiera, como era en su versión, decidió matar a un león por su cuenta y riesgo, a espaldas de los demás cazadores, y después presenta el asunto de manera que la culpa recaiga en sus compañeros y no en él. ¿Me he explicado?

Guttadauro hizo una pausa antes de responder. Estaba tratando de comprender el significado de las palabras del comisario. Cuando por fin lo consiguió, se limitó a decir:

—¡Ah!

—Pero ¿me he explicado? —repitió Montalbano.

—Se ha explicado perfectamente —contestó con brusquedad Guttadauro.

—En tal caso, solo me falta desearte un buen sueño reparador.

Asunto zanjado. Seguro que Guttadauro ya estaba al teléfono para avisar a los Cuffaro de que Rosario Lauricella había cometido un error. Ahora el destino del chico estaba sellado.

Si no se entregaba a la justicia, sus antiguos amigachos lo ejecutarían.

Montalbano fue a acostarse y se durmió en cuanto tocó la cama.

El sonido del teléfono lo hizo emerger de un auténtico abismo. Encendió la luz: eran las seis de la mañana. Cogió el auricular.

—¿Montalbano? Soy Sposito.

Se quedó sorprendido. ¿Qué quería de él a aquella hora?

—Dime.

—¿Puedes estar preparado dentro de media hora?

—Sí, pero...

—A las seis y media paso a buscarte.

Y cortó la comunicación. Montalbano se quedó perplejo mirando el auricular en su mano. ¿Qué había pasado? No ganaría nada haciéndose preguntas, lo mejor era prepararse, y de prisa. Abrió la ventana. Miró el cielo.

La mañana sería voluble y caprichosa. Y tal vez por ello, debido a un efecto de contagio, aquel día su humor sería también, como poco, inestable.

Fue a darse una ducha. A las seis y media estaba a punto. Un minuto después, llamaron a la puerta. Abrió. Frente a él había un agente que lo saludó. Salió, cerró la

puerta, Sposìto lo invitó a sentarse a su lado, en el asiento de atrás. El agente se puso al volante y arrancó.

—¿Qué pasa? —preguntó Montalbano.

—Prefiero no decirte nada hasta que hayamos llegado —respondió Sposìto.

¿Era algo relacionado con los tunecinos que, según decían, habían detenido el día anterior? Y en caso afirmativo, ¿por qué Sposìto lo metía a él por medio, después de haber hecho de todo para mantenerlo al margen?

Dejaron la carretera provincial. Primero tomaron una pista solo apta para tractores, y luego caminos de tierra tan estrechos que apenas pasaba un coche; el cielo había cambiado del rosa claro al gris, y luego del gris al celeste pálido, para acabar quedándose en un blancuzco nevoso que difuminaba los contornos y confundía al más pintado. Mientras recorrían el último trecho, Montalbano se había dado cuenta de adónde se dirigían.

—¿Vamos al barrio de Casuzza? —preguntó.

—¿Conoces el sitio? —preguntó Sposìto.

—Sí.

Había estado dos veces allí. La primera en sueños para ir a ver un ataúd, y la segunda en la vida real para ir a ver un coche calcinado con un cadáver dentro. ¿Qué le haría ver Sposìto esta vez?

Cuando llegaron, Montalbano se quedó helado.

Exactamente en el mismo sitio donde había estado el ataúd del sueño, había ahora uno de verdad, clavado al que había soñado. Un ataúd de esos para muertos de tercera clase, los más pobres, de madera tosca sin siquiera una capa de barniz.

Una punta de tela blanca asomaba por debajo de la tapa a medio encajar.

A cierta distancia, había otro coche oficial con tres agentes y un automóvil negro de esos que se utilizan para los transportes fúnebres. Los dos empleados paseaban fumando al lado del vehículo.

Reinaba un silencio total. Montalbano apretó los dientes. ¿Acaso estaba viviendo una especie de pesadilla? Dirigió una mirada interrogativa a Sposìto. Este le pasó entonces un brazo por encima de los hombros con un gesto afectuoso y lo llevó aparte.

—Dentro de esa caja está uno de los tres tunecinos. He recibido la orden de trasladar el cadáver a Túnez. Pero antes de hacerlo he querido que lo vieras. No era un traficante de armas, era un guerrillero. Ha muerto debido a la herida recibida en el enfrentamiento armado con mis hombres. Algo fortuito, puedo asegurártelo. Lo seguía desde hacía tiempo, lo sabía todo de él, pero no había manera de cogerlo. Cuando lo veas, comprenderás por qué no quise que te metieras en el caso. Fue él quien te reconoció aquel día, mientras estaba apostado en el pajar. Te miraba con unos prismáticos.

El destello de luz que lo había deslumbrado.

Confusamente, Montalbano empezó a comprender, pero se negó a continuar

comprendiendo. No lograba moverse. Sposito lo empujó despacio hacia el ataúd.

—Venga —lo animó—. Tienes que verlo, Salvo.

El comisario se agachó, con el pulgar y el índice de la mano derecha cogió la tela y la sacó un poco más. Eso le permitió ver que había dos letras bordadas en ella: una F y una M entrelazadas.

Notó que las piernas le fallaban, cayó de rodillas.

F y M. François Moussa. Esas iniciales las había mandado bordar él mismo en seis camisas que le había regalado a François cuando cumplió veintiún años. La última vez que lo había abrazado.

—¿Quieres verlo? —le preguntó Sposito al oído.

—No.

Prefería que el último contacto con François siguiera siendo ese destello de luz que por una fracción de segundo los había unido.

Y si quería acordarse de él de vez en cuando, le bastaría con aquella ocasión en que, siendo un niño de diez años, se había escapado de la casa de Marinella. Livia, que ya lo consideraba como un hijo suyo, había dado la voz de alarma, y él lo había perseguido por la playa hasta darle alcance y detenerlo. Y habían hablado. François quería estar con su madre, Karima, que había muerto. Aquel día Montalbano le contó que también él se había quedado huérfano de madre siendo todavía más pequeño que François, y le reveló cosas que nunca le había dicho a nadie, ni siquiera a Livia. Y desde aquel momento se habían entendido.

Luego, con el paso de los años, se había producido el distanciamiento, el desapego...

No tenía nada más que hacer o decir delante de aquel ataúd. Se levantó, apoyándose en el brazo de Sposito.

—¿Puedes pedir que me lleven a casa?

—Claro.

—Oye, ¿ha venido ya Pasquano?

—Sí.

—¿Ha podido establecer la hora de la muerte?

—Aproximadamente a las seis de la tarde de ayer.

—Gracias por todo —dijo Montalbano, subiendo al coche.

Las seis de la tarde... «Y hacia las seis, la angustia ha desaparecido de golpe y ha sido sustituida por una especie de resignación, como... como si ya no hubiera nada que hacer...».

Livia había padecido, sin saberlo, la agonía y la muerte de François en el alma y en la carne, como si se tratara de un hijo engendrado por ella misma. Ese hijo que él, por egoísmo, por miedo a la responsabilidad, no había querido que adoptaran. Cuánto había sufrido Livia por eso. Pero él se había mantenido firme en su negativa.

Y ahora sabía al fin lo que debía hacer. Con su muerte, François los unía a Livia y a él más que si estuvieran casados.

Cuando llegó a Marinella, telefoneó a la Jefatura Superior y pidió diez días de vacaciones. Tenía tantos acumulados que estuvieron encantados de concedérselos. Después, reservó un billete en el primer vuelo para Génova, que salía a las dos de la tarde. Por último, llamó a Fazio, le dijo que Livia no se encontraba bien y que iba a pasar unos días con ella. Sentado en el porche, se fumó unos cuantos cigarrillos seguidos pensando en François. Luego se levantó, se secó los ojos con la manga y fue a preparar tranquilamente la maleta.

Esa misma noche, a las nueve, Marian llamó insistentemente a la puerta de Marinella, sin saber que nunca más se abriría para ella.

Nota

Esta novela es pura invención. Por consiguiente, los nombres de los personajes y las situaciones ni pueden ni pretenden corresponder a nombres de personas reales ni a situaciones en las que se hayan encontrado durante su existencia. Pese a esta advertencia, que repito concienzudamente al final de todas mis novelas, de vez en cuando aparece alguien que cree identificarse con un personaje y en ocasiones amenaza con recurrir a la vía legal. Quizá es que no se siente satisfecho con su realidad.

A. C.



ANDREA CAMILLERI (Porto Empedocle, Sicilia, 6 de septiembre de 1925): guionista, director teatral y televisivo y novelista.

Entre 1939 y 1943 estudió en el bachiller clásico Empedocle di Agrigento donde obtuvo, en la segunda mitad de 1943, el diploma. En 1944 se inscribió en la Facultad de Letras, pero no continuó los estudios, y comenzó a publicar cuentos y poemas. Se inscribió también en el Partido Comunista Italiano.

Entre 1948 y 1950 estudió Dirección en la Academia de Arte Dramático Silvio d'Amico y comenzó a trabajar como director y libretista. En estos años, y hasta 1945, publicó cuentos y poemas, ganando el «Premio St. Vincent». En 1954 participó con éxito en un concurso para ser funcionario en la RAI, pero no fue empleado por su condición de comunista. Entró a la RAI algunos años más tarde.

En 1957 se casó con Rosetta Dello Siesto, con quien tuvo tres hijas. En 1958 empezó a enseñar en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma. Durante cuarenta años fue guionista y director de teatro y televisión. Camilleri se inició con una serie de montajes de obras de Luigi Pirandello, Eugène Ionesco, T. S. Eliot y Samuel Beckett para el teatro, y como productor y coguionista de la serie del comisario Maigret de Simenon para la televisión italiana, así como las aventuras del teniente Sheridan, que se hicieron muy populares en Italia.

En 1978, debutó en la narrativa con *El curso de las cosas* (*Il corso delle cose*), escrito diez años antes y publicado por un editor pagado: el libro fue un fracaso. En 1980 publicó en Garzanti *Un hilo de humo* (*Un filo di fumo*), primer libro de una serie de

novelas ambientadas en la ciudad imaginaria siciliana de Vigàta, entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX.

En 1992 retomó la escritura luego de doce años de pausa publicando *La temporada de caza* (*La stagione della caccia*) en Sellerio Editore: Camilleri se transformó en un autor de gran éxito y sus libros, con sucesivas reediciones, han vendido un promedio de 60 000 mil copias cada uno.

En 1994 se publicó *La forma del agua* (*La forma dell'acqua*), primera novela de la serie protagonizada por el Comisario Montalbano (nombre elegido como homenaje al escritor español Manuel Vázquez Montalbán). Gracias a esta serie de novelas policiacas, el autor se convierte en uno de los escritores de más éxito de su país. El personaje pasa a ser un héroe nacional en Italia y ha protagonizado una serie de televisión supervisada por su creador.